

La calle 9

Pedro Calzadilla Álvarez



La calle 9

1.^a ed., Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

1.^a ed. digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

© Pedro Calzadilla Álvarez

© Fundación Editorial El perro y la rana

Ilustración de portada

Antonio Pérez

Edición y corrección

Mari Stella Paredes

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4655-2

Depósito legal: DC2020000054

La calle 9

Pedro Calzadilla Álvarez

*En reconocimiento y homenaje a la rebeldía, coraje y entrega
de un puñado de jóvenes mujeres en el combate contra la
dictadura de Pérez Jiménez, durante los años 50 del siglo XX
en las calles y barrios de la parroquia El Valle, en Caracas.
A Lory, Lilly, Nany, Yolanda, Carmencita, María Luisa,
Elena, Chela, Gladys, Raquel, María y muchas otras.*

Capítulo I

MARISABEL Y MANUEL EN CARACAS

Mientras en la capital se precipitaban los acontecimientos que finalmente dieron al traste con la experiencia democrática del presidente Medina Angarita, en un intrincado lugar de la cordillera del Interior, una pareja de jóvenes, Manuel y Marisabel, apasionadamente enamorados se vieron forzados, por una amarga circunstancia, a abandonar la placidez y el encanto de una existencia bucólica de la que disfrutaban en Las Marías, hacienda enclavada en el desagadero sur de ese formidable sistema montañoso de la costa venezolana, situada relativamente cerca de una pequeña población de nombre San Miguel de Orituco, y emprender inesperadamente la conquista de la capital. La llegada de la pareja a El Silencio, en pleno centro de Caracas, se produjo en medio de los tumultuosos acontecimientos que sacudían al país, en horas de la tarde del 20 de octubre de 1945.

La pareja de enamorados se bajó del taxi que los había conducido desde Santa Teresa del Tuy hasta las cercanías de la Plaza O'Leary de El Silencio, nuevo centro nervioso de la actividad comercial de la capital. El urbanismo, con una hermosísima fuente central con esculturas de Narváez, había sido inaugurado unos dos meses atrás por el depuesto presidente Medina Angarita.

Para los dos jóvenes, acostumbrados al ambiente de sosiego, de armonía, que prevalecía en la hacienda Las Marías, el impacto fue tremendo. De aquella sensación de inmutable paz, y sobre todo de

aquel silencio quebrantado sólo por el canto de los pájaros, el ruido de las hojas movidas por el viento y el confuso y permanente murmullo de las aguas de la quebrada, de repente encontrarse sumergidos en lo que para ellos seguramente era el caos: gente corriendo de un lado a otro, cientos de autobuses descargando y montando pasajeros alineados en larguísimas filas y, sobre todo, la enorme cantidad de vehículos con sus incesantes corneteos y chorros de humo, circulando en todas direcciones. Y para colmo, soldados con sus armas prestas correteando a los transeúntes.

En esos primeros años, la urbanización El Silencio fue habilitada como estación terminal de la mayoría de las líneas de transporte que atendían las parroquias caraqueñas. Allí, la tarde de ese día, las miles de personas que a toda prisa se dirigían a las paradas de los autobuses para retornar a sus hogares se mostraban impacientes, lanzando angustiosas miradas en todas direcciones. Los más temerosos se apresuraban a salir rápidamente del lugar, desconcertados ante los sorprendentes acontecimientos que estremecían la capital. En el país no se habían producido cambios de Gobierno de forma violenta desde 1908, año en el que el general Juan Vicente Gómez desconoció a su compadre Cipriano Castro y se autoproclamó Presidente con apoyo militar, es decir, habían pasado casi 40 años sin que se produjera un golpe de Estado. Así que, para la inmensa mayoría de la gente, lo que estaba ocurriendo era algo verdaderamente insólito, casi incomprensible.

Los más audaces, o más bien los más curiosos, intrigados por los graves sucesos, comenzaron a aglomerarse en las bocacalles que dan a los edificios del sur, hasta que de pronto apareció un camión militar del cual se bajaron una veintena de soldados con sus fusiles al hombro y peinillas en mano, que inmediatamente comenzaron a avanzar amenazadores hacia los grupos de curiosos, quienes observando la actitud poco amistosa de los hombres de verde, comenzaron a correr dispersándose por todas las calles aledañas. Manuel y Marisabel, que se encontraban formando parte de uno de esos grupos, se quedaron paralizados por la sorpresa, sin saber qué hacer. Una patrulla de

tres soldados avanzó hacia ellos y ante la inminencia de una posible agresión, un joven, que también se había detenido cerca de ellos, esperando a ver qué actitud tomaban los soldados, de pronto les gritó a todo pulmón:

—¡No se queden parados! Corran, vénganse por aquí.

Y los tres salieron huyendo, encabezados por el inesperado protector. Al momento de iniciar la carrera, a Manuel se le cae el sombrero. Se detiene e intenta regresar a recogerlo, no se imaginaba su cabeza sin esa prenda que había usado desde que era un niño, no se resignaba a abandonar su viejo sombrero. El nuevo amigo, dándose cuenta del peligro, lo agarra por el brazo y le dice:

—Ni se te ocurra, los soldados te agarrarán.

Manuel, vacilante, no se decide, pero allí interviene Marisabel:

—Déjalo, Manuel, en la ciudad no lo necesitarás.

Ante la advertencia de su amada, Manuel pensó para sus adentros:

—Ella tiene razón. De todas formas, si no me acostumbro puedo regresar a Las Marías... Mejor dicho, puedo comprar otro.

Y Marisabel, tal vez adivinando los pensamientos de Manuel, le dijo:

—Junto con el sombrero dejemos el pasado, no podemos volver atrás, el futuro es nuestro... y sin sombrero.

Mientras tanto, los soldados avanzaban amenazantes. Hasta ese momento, los jóvenes no habían percibido el peligro y, ante el alerta del desconocido, siguieron corriendo por la calle que conduce a Quinta Crespo. Después de correr dos cuadras, con sus escasas pertenencias a cuestas, imitando a su protector pararon la carrera en la esquina sur de la plaza Miranda y éste, asesando, les explicó:

—Si no corremos, nos hubieran caído a peinillazos. Los militares están muy nerviosos por los enfrentamientos de ayer, no permiten que se formen aglomeraciones. Prohibieron los grupos de más de tres personas.

—Gracias por ayudarnos —le dijo Marisabel—, pero como no estábamos haciendo nada malo, pensamos...

El joven, nervioso, la interrumpió.

—Sí, pero no hay tiempo de pedir ni dar explicaciones. La situación está muy peluda, lo mejor es mantenerse al margen. Yo al menos voy directo para mi casa. ¿Ustedes, dónde viven? Podemos irnos juntos.

En esta oportunidad, fue Manuel quien intervino tratando de aclarar la situación:

—Apenas estamos llegando del interior, no tenemos dónde ir, pensábamos buscar una pensión por acá cerca. El chofer del libre que nos trajo nos dijo que aquí, en la parroquia San Juan, había varias. Al menos para dormir esta noche.

—Ni se les ocurra quedarse aquí —les aconsejó en forma muy amistosa—, por estos lados ocurrieron ayer choques armados y dicen que hubo varios muertos. —Y luego de una pequeña pausa, continuó diciendo—En El Valle, cerca de donde yo vivo, hay una señora que tiene una pequeña pensión. Si quieren, se vienen conmigo y les indico dónde es. Ella siempre tiene cuartos disponibles.

Los jóvenes amantes se vieron las caras, intercambiaron un gesto de aprobación y aceptaron el ofrecimiento.

—Está bien, iremos con usted, gracias de nuevo —dijo la muchacha.

Los tres se enrumbaron hacia el bloque 7, lugar donde funcionaba la parada final de los autobuses de El Valle.

—Permítanme presentarme, mi nombre es Juan Ramón Peña. Para servirles.

—Yo me llamo Manuel Bandres y ella es Marisabel Fernández.

—¿Ella es su esposa? —preguntó ingenuamente Juan Ramón.

Manuel tartamudeó, no encontraba qué decir. Marisabel salió en su ayuda y, con mucha firmeza, pero con un dejo de picardía, respondió:

—Sí, sí, soy su esposa.

Ya próximos a subir al autobús, Manuel propuso:

—Mejor tomemos un libre, nosotros estamos muy cansados. Además... venimos de lejos y traemos bastante equipaje.

Media hora más tarde, el taxi avanza lentamente por la calle 1 de Los Jardines de El Valle. Las sombras de la noche ya comienzan a copar todos los espacios.

De pronto, se oye la voz de Juan Ramón:

—Párate, aquí es.

Del vehículo descienden los jóvenes, y Juan Ramón se dirige a la entrada y toca la puerta.

—Buenas noches doña Inés, le traigo a estos amigos que quieren una habitación.

Rápidamente la aludida respondió:

—¿Cómo? Tú lo sabes bien Juan Ramón, yo no acepto parejas, esta es una pensión familiar.

—No doña Inés, espere, ellos están casados.

La dueña cambió la cara y dijo:

—Eso es otra cosa, pasen adelante.

Luego de instalarse en la habitación, Marisabel, embargada por la emoción, se abrazó a Manuel y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Contigo me siento muy segura, ahora veo el futuro con optimismo. Quiero olvidar ese pasado bochornoso y rehacer mi vida a tu lado, construir un hogar, reanudar mis estudios, ayudar a mi familia y a todos los seres queridos que dejamos atrás.

La respuesta de Manuel no se hizo esperar:

—Estamos y seguiremos juntos, los dos saldremos adelante.

Capítulo II

DE LAS INTRINCADAS SELVAS DE GUATOPO A LA ESQUINA DE PUNTA BRAVA

Transcurre el año 1949. Hoy ha sido un día bastante caluroso, con un ambiente cargado de humedad. En la tarde, el cielo ha permanecido encapotado y está comenzando a oscurecer. Ya son un poco más de las seis.

Un viejo Chevrolet, casi todo recubierto de polvo, recorre lentamente la avenida principal de la urbanización Los Jardines en dirección a El Valle. Aminora la marcha entre las calles 1 y 2, y entra al estacionamiento de la farmacia Los Jardines. Manuel maniobra con bastante habilidad y prontamente consigue estacionar el vehículo muy cerca de la salida, deja el motor encendido y hace sonar la corneta una vez, un toque corto.

El sonido de la corneta es la señal que pacientemente espera Marisabel, y al oírlo, dinámica, toma su cartera y el paraguas y se apresura a salir. Como siempre, risueña, se despide del dueño y de la otra empleada de la botica:

—Buenas tardes doctor Lares. Adiós Lucrecia, hasta la próxima.

La joven hace turnos en la farmacia dos o tres veces a la semana, los días que se lo permite el horario de clases de la facultad de Medicina. El propietario, condescendiente, le permite cierta flexibilidad en los días y en las horas, conciliándolos con el horario de sus clases en la Universidad Central de Venezuela, la UCV.

Ha cumplido su guardia de tres horas y está ansiosa por llegar a

su hogar y estrechar en sus brazos a su bebé de apenas nueve meses. Sale de la botica apuradita, cubriéndose boca y nariz con un pañuelo blanco, intentando protegerse de las nubes de polvo levantadas por los vehículos que circulan raudos por la polvorienta avenida. Las copiosas lluvias caídas la noche anterior trasladaron, hasta la arteria principal, grandes volúmenes de barro desde las laderas de los cerros situados al oeste, donde familias pobres, venidas de diversos rincones del país, acondicionan cientos de minúsculas e irregulares terrazas para edificar sus precarias viviendas. El reverberante sol, que iluminó la mañana de hoy, transformó la materia fangosa transportada por las aguas en el polvillo amarillento que ahora lo cubre todo, y oscurece más la avenida Principal del urbanismo.

Al verla descender los tres escalones que separan la edificación del pequeño estacionamiento, Manuel, presuroso, se lleva el cigarrillo de tabaco negro a la boca, le da una última y larga chupada y lo catapulta hacia la calle embarrialada, haciendo un arco con los dedos. Por miramiento con su compañera, procura no fumar cuando ella lo acompaña en el vehículo. De la misma manera procede cuando están en el hogar. Su adicción es tan grande, que si no puede reprimir el deseo de encender el cigarro, sale al patio, a la calle o al descampado que hay detrás de la casa donde viven, nunca lo hace dentro del inmueble.

Ella llega risueña, abre la puerta y se sienta pegadita a su lado, y él, amoroso, la recibe con un cálido beso en los labios. Sintiéndose amada, hace un pequeño mohín con los labios que ilumina su rostro, y lo retribuye con su amplia y cautivante sonrisa. De pronto se pone seria, mirándolo a la cara, y sin preámbulos da rienda suelta a la preocupación que ha invadido su mente durante casi toda la tarde; tajante interroga a su marido:

—Mi amor, ¿qué has oído tú?... Parece que las cosas están muy malas.

—Hay algunos rumores... —responde con cierto desdén al momento de poner en marcha el vehículo, tratando de mostrar poca preocupación por ese tema. Manuel conoce muy bien las inquietudes y

la pasión por la política que inflaman el alma de su esposa. Intencionadamente hace una prolongada pausa de varios segundos, intentando cortar la conversación sobre ese asunto. Pero Marisabel no cede, se remueve en su asiento y, expectante, se queda mirándolo fijamente a la espera de que Manuel complete la frase dejada en suspenso. Al momento de salir del estacionamiento y entrar en la oscurecida avenida, con fingido desinterés deja salir lentamente tres palabras:

—Bolas... puras bolas.

A Marisabel no le hace gracia la respuesta, se impacienta, se remueve en su asiento y con vehemencia le argumenta:

—Pero mi amor, no pueden ser sólo rumores, algo serio debe estar pasando. Te informo que al menos la mitad de los clientes que entraron esta tarde a la farmacia hicieron comentarios sobre la difícil situación que atraviesa el país y las múltiples fórmulas que circulan para salir de la crisis. Además, mi amor, como dice el refrán, cuando el río suena... algo muy grave debe estar pasando. Aunque, en fin de cuentas, ¿qué podemos hacer nosotros? ...

Cuando iba a continuar argumentando, Manuel muy hábilmente la interrumpe con presteza.

—Eso que acabas de decir me parece correcto... Ahí sí es verdad que tienes toda la razón: nosotros no podemos hacer nada, es asunto de militares.

Marisabel al darse cuenta de que había cometido el error de sacarle un leño a la hoguera al darle argumentos a Manuel, titubea un tanto, se repone, y vuelve al ataque con mayor ímpetu.

—Está bien, es verdad que no tenemos cómo influir en los acontecimientos, pero al menos estaremos prevenidos ante cualquier situación peligrosa que pueda presentarse. Los rumores hablan de enfrentamientos entre los integrantes de la Junta Militar: que si Delgado Chalbaud pidió la renuncia a los otros miembros; que si esta noche habrá un nuevo golpe de Estado... en fin, son muchos los comentarios, y algo grave debe estar pasando. —Se calla por segundos, y de nuevo arremete— Menos mal que mañana es viernes y en la noche,

como tú sabes, tengo reunión del Comité. Abrigo la esperanza de que Ramiro nos informe cuáles de tantos rumores son ciertos.

*

Ahora la pareja vive a una cuadra de la plaza Bolívar de El Valle, pero cuando precipitadamente abandonaron la hacienda de café y emigraron a Caracas, a donde llegaron hace ya cerca de cinco años, arrendaron durante tres meses una habitación en la pensión de doña Inés Piñango, en la calle 1 de Los Jardines. Allí se mantuvieron confinados en el pequeño espacio de una estrecha habitación. Todo cambió cuando una tarde, al regresar de su trabajo, Manuel, con una cara de satisfacción imposible de disimular, agarró a su compañera suavemente por los hombros y mirándola a los ojos le dijo:

—Mi amor, te traigo una buena noticia: vengo de ver una casita cerca de la iglesia de El Valle. Cuando tú puedas, iremos los dos. Si te gusta y nos ponemos de acuerdo con el propietario, la alquilaremos y podremos mudarnos, si todo marcha bien, la próxima semana.

A Marisabel le brillaron los ojos al tiempo de esbozar una dilatada sonrisa, como ocurría invariablemente cuando deseaba expresar su contento. Y con un rápido movimiento, lo estrechó en sus brazos y le dijo:

—¡Qué alegría mi vida! Por fin podremos organizarnos en nuestro propio hogar, gracias a Dios.

—Es una casa pequeña, pero tiene tres habitaciones —aclaró Manuel, adelantándose al bombardeo de preguntas que presentía.

—¿Y dónde queda?

—Está situada en Punta Brava, cerca de la plaza Bolívar de El Valle. Así se llama la esquina. Es un lugar muy tranquilo y nada tiene que ver con ese absurdo nombre. —Y sonriendo, casi inmediatamente agregó— A quién se le ocurriría llamarla así, ese nombre es más apropiado para una turbulenta y peligrosa costa de mar.

Dos semanas después, ya la pareja se encontraba instalada en su nueva residencia y meses más tarde se trajeron a la madre y el hermano

menor de Marisabel a vivir con ellos desde San Miguel de Orituco, el pueblo natal de la familia Fernández.

La esquina de Punta Brava ni es punta ni es brava, más bien se podría decir que es un recoveco, apenas un reducido espacio con cinco o seis modestas viviendas. Es una de las dos esquinas de la parte posterior de la iglesia de El Valle. Pero eso sí, es un lugar muy especial, pues a pocos pasos tiene la iglesia y la plaza Bolívar de la parroquia. También están muy cerca las paradas de autobuses, un modesto cine de barrio, abastos, farmacia y varias tiendas. En síntesis, es un lugar ideal para que viva una familia cristiana de escasos recursos.

La casa en la que ahora viven está construida en la cortísima calle que comienza en la plaza, da la vuelta alrededor del templo y sale de nuevo al punto de donde arrancó, la plaza, y allí remata. Al lado del inmueble en cuestión, en la propia esquina Punta Brava, la calle se transforma en una estrecha vereda de tierra, paso obligado a un reducido e insólito mundo rural: de un lado una pequeña vaquera y, más adelante, al otro lado del camino, estrechas veguitas del río El Valle, en donde varias familias portuguesas hacen milagros para cultivar hortalizas en las orillas fangosas del riachuelo. Más al noreste, al otro lado del río, sobresaliendo por sus altas y hermosas espigas, retazos de antiguos tablones de caña de azúcar.

Por el mismo camino de tierra, torciendo a la izquierda, se encuentra el pequeño redondel construido en gran parte con desechos de maderas de embalaje, donde los miembros de la peña taurina Rafael Cavalieri realizan todas las tardes sus primeros trasteos. A su lado, la imponente torre de transmisión de Radio Caracas, ambas a muy corta distancia de la carretera que conduce de El Valle a Caracas, cuyo primer sitio poblado es La Bandera.

Sin embargo, para Manuel, lo más atractivo del lugar es la existencia de un bosquecito en el lado oeste de la vivienda, conformado por una ceiba de enorme copa y cuatro cedros de tallos muy elevados, que sobreviven al lado de viejos paredones derruidos, vestigios de lo que en otros tiempos seguramente fue la casa señorial del propietario de la hacienda cañera. Son estos, terrenos sin construcciones recientes,

que nadie se explica cómo han sobrevivido a la desenfrenada voracidad terrófaga de los urbanizadores de estos agitados tiempos.

Manuel, quien aún conserva inmaculado su sencillo espíritu campesino, no desperdicia oportunidad para refugiarse en estos sombreados espacios, en *Las Ruinas* como las llaman los vecinos, y alimentarse con los recuerdos de su inolvidable hacienda Las Marías. Pero también lo hace para saciar la incontenible sed de saber que lo embarga y lo transforma en un verdadero adicto a la lectura y fanático del estudio. Estas infinitas ansias de saber lo acompañaban desde los días en que doña Elvira, su madre adoptiva, le enseñó las primeras letras. Se hizo asiduo lector de todo escrito que cayera en sus manos, incluyendo libros de texto que apenas comprendía. Y su afición se profundizó cuando su hermanastro José Luis Ramírez, propietario de la hacienda Las Marías, lo suscribió a la revista *Mecánica Popular*, que todos los meses le enviaban desde San Miguel.

El primer diciembre que la joven pareja estuvo de inquilina en la casa de Punta Brava, fueron recompensados gratamente: a partir del 16 y durante todos los días subsiguientes hasta el propio día de Navidad, tuvo lugar, como ocurre todos los años en esa iglesia y sus calles aledañas, una añeja y bonita tradición venezolana: las misas de aguinaldo. En horas de cada madrugada, en medio de la neblina decembrina y próximos a aparecer los primeros fulgores del alba, cientos de parroquianos y visitantes se juntan en la iglesia, en la plaza y en sus alrededores con motivo de las ceremonias religiosas, que además de las consabidas misas, incluyen la actuación de parrandas de aguinalderos, quienes en sus estrofas ofrendan al Niño Dios con motivo de su nacimiento. Mientras dentro del templo se realizan los ritos cristianos, en la plaza y en las calles circundantes se reúnen cientos de hombres y mujeres, y sobre todo de niños, patinadores. Es un espectáculo único, digno de presenciar: las calles copadas por una multitud desplazándose en todas direcciones sobre patines, en medio del enorme bullicio de la gente, a lo que se añade el atronador ruido que producen los fuegos artificiales y el roce de las ruedas metálicas de los patines contra el pavimento.

Esta iglesia, construida bajo la invocación de Nuestra Señora de la Encarnación de la parroquia El Valle, es un hermoso templo con extenso pasado colonial, y en sus archivos se encuentran registros de nacimientos, bautizos y matrimonios asentados desde el año 1672. Todavía hoy conserva pisos de baldosas antiguas, un cancel elaborado en cedro amargo, un órgano de fuelle y muchas otras reliquias del período colonial.

La presencia de la pareja en Caracas se remonta al día en que Marisabel, en compañía de Manuel, en aquel momento su novio, huyeron luego de un infortunado suceso, con la esperanza de reiniciar sus vidas; y en el caso de la joven, hacer realidad su sueño de estudiar medicina, lo que consiguió venciendo no pocos obstáculos, y eso sí, con mucha voluntad. Luego de varios intentos fallidos, pudo inscribirse en la Universidad Central de Venezuela, donde muy pronto despuntó como una excelente estudiante.

El clima de gran incertidumbre política prevaleciente en el país, a raíz del derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos, acaecido el 24 de noviembre de 1948, estimula en los estudiantes liceístas y universitarios un activismo que se expresa en casi diarias manifestaciones de repudio a la dictadura militar que gobierna a raíz de ese golpe de estado. La Universidad Central de Venezuela, en estos últimos años como centro aglutinador del pensamiento progresista del país, capitaliza ese descontento juvenil y en sus espacios florece con enorme vitalidad la protesta estudiantil. Esta circunstancia facilitó a Marisabel, al poco tiempo de iniciar sus estudios, entrar en contacto con jóvenes revolucionarios, quienes apreciaron en la joven arraigadas preocupaciones sociales y, rápidamente, la integraron a actividades contestatarias en las que participó con verdadero entusiasmo. Trascurridos algunos meses, Ramiro, un compañero de los cursos superiores de la escuela de medicina Luis Razetti, con quien ya había tenido sugestivos intercambios de opiniones políticas, la invitó a adherirse a una célula de la Juventud Comunista. La propuesta no la tomó desprevenida, pues ya antes le había hecho insinuaciones en

el mismo sentido. Al principio tuvo momentos de indecisión, pero más pudo su rebeldía y fogosidad que la prudencia que le aconsejaba más bien mantenerse al margen y cuidar de su bebé. Así finalmente aceptó, transformándose prontamente en una ejemplar y muy activa militante. Para Marisabel, el mayor obstáculo para hacerse militante comunista fue vencer la obstinada resistencia de Manuel, quien en un principio le combatió la idea argumentando, con sobrada razón, la desatención en que colocaría a su pequeño hijo José Manuel, con pocos meses de nacido. Pero conociendo la acerada voluntad de su compañera, y persuadido de que sería inútil tratar de convencerla de lo contrario, Manuel consintió a regañadientes. Desde entonces, la muchacha forma parte del Comité de Base N° 5 de la Juventud Comunista de la parroquia El Valle.

Marisabel Fernández, después de esos cinco años de vivencias en Caracas, había experimentado una notable transformación. De aquella desprevenida, desinformada y aparentemente débil jovencita que había llegado a la capital compungida y temerosa, quedaba muy poco. Las dificultades, las privaciones y los retos enfrentados en compañía de Manuel para encarar las nuevas condiciones de su vida, habían hecho de ella una persona más alerta, más precavida, menos incauta. En lo que no había cambiado ni pizca era en la fortaleza de su carácter y en los inquebrantables principios religiosos inculcados a través de los años por la prédica constante de su madre. En casi todas las reuniones del comité, Ramiro, responsable político de la célula donde militaba, como parte del programa de formación marxista de los militantes, frecuentemente, antes de la reunión, hacía una corta presentación de un tema teórico y luego promovía la discusión de sus aspectos sustantivos. Pero cuando los asuntos tratados tocaban la cuestión religiosa, Marisabel sostenía con gran firmeza su apego a algunos dogmas de la iglesia católica. Aceptaba de buen grado los planteamientos que coincidían con sus valores cristianos, tales como las ideas referidas a la igualdad social, a la fraternidad y a la protección de los más débiles, pero disentía y se mostraba intransigente al

abordar el asunto de la existencia de Dios. Múltiples veces se batió sola contra todos sus camaradas, defendiendo la existencia de un ser supremo ordenador de toda la vida entre los seres humanos. Al regresar de las reuniones, Marisabel invariablemente compartía con Manuel, en el lecho, las informaciones que recibía y le refería los candentes debates producidos en esas ocasiones. Cuando las circunstancias lo permitían analizaban e intercambiaban puntos de vista, hasta que ambos quedaban rendidos por el cansancio.

Marisabel y Manuel arribaron a Caracas en días de mucha turbulencia en la capital, con escaso equipaje pero cargados de ilusiones, huyendo del infortunio y tratando de rehacer juntos sus vidas en la gran ciudad. Marisabel había sido acosada sexualmente y finalmente violada en la plantación cafetalera Las Marías por un lujurioso joven vecino de San Miguel de Orituco, quien se encontraba de visita en el fundo por invitación de su propietario. La hacienda, donde la joven se desempeñaba como maestra rural, está situada en las laderas meridionales de la cordillera del Interior, en las cercanías de la mencionada población. Manuel Bandres, para el momento del suceso, su novio, laboraba como mecánico de las instalaciones donde se procesaba el café; era hijo bastardo del difunto dueño de la plantación y era, en esencia, un campesino, pues había nacido y vivido toda su existencia en la hacienda.

Al momento de la llegada de la pareja a la capital, el 20 de octubre de 1945, dos días después del derrocamiento del presidente Medina Angarita, en el país se vivían momentos de gran efervescencia política. La misma tarde de su arribo a la capital, por azar, vinieron a parar a la pequeña pensión de doña Inés Piñango, situada en la calle 1 de Los Jardines, en donde, después de varios meses de privaciones y de difícil adaptación a la nueva realidad, consiguieron enrumbar sus vidas y formalizar su unión conyugal en la jefatura civil de la parroquia y en la iglesia parroquial de El Valle.

La pareja había abandonado un pequeño paraíso, donde desenvolvían sus quehaceres en una placentera coexistencia con la naturaleza,

cobijados por una exuberante vegetación y compartiendo el buen vivir con seres humanos sencillos, bondadosos y sinceros; rodeados de animales silvestres y en las proximidades de un riachuelo saltarín y rumoroso, la quebrada Las Marías. Salieron de ese armonioso ambiente, donde ella cumplía sus funciones de maestra con amorosa entrega y Manuel laboraba eficientemente en el procesamiento del café producido por la hacienda, para enfrentar, de buenas a primeras, el estruendoso y agitado discurrir de la vida en la capital. De la monotonía y morosidad del medio rural pasaron a la velocidad, la agitación y la ansiedad constantes que se tornan cotidianidad en muchas de las personas que hacen vida en los espacios metropolitanos.

Capítulo III

LA MUERTE DE MIGUEL ÁNGEL

Doña Inés Piñango camina a lo largo del amplio corredor de su pensión, nerviosa, dirigiendo la mirada cada cierto tiempo el viejo reloj de pared del comedor. No puede ocultar la ansiedad que la embarga, sus nervios están alterados, deseando que el tiempo transcurra con rapidez para llevarle la inquietante novedad a Marisabel. Después de meditarlo durante toda la mañana, al final tomó la decisión: le comunicará la desagradable noticia. Eso sí, irá al mediodía, a la hora en que abandona la farmacia, para evitarle contratiempos con su dueño.

El periódico había llegado a sus manos muy temprano en la mañana y, como era noticia de primera página y desplegada, de inmediato relacionó la trágica novedad con Marisabel. Luego de largas horas de incertidumbre, despejó sus dudas y decidió visitarla y ponerla al tanto de lo acontecido. Lo último que haría en su vida era causarle la más pequeña aflicción a una persona a la que había llegado a querer como a una hija. Armándose de mucho valor se dispuso a salir hacia la farmacia, se había convencido de que se trataba de un deber de madre.

En las primeras horas de la mañana hubo mucho viento frío con ráfagas de lluvia, el ambiente estaba bastante húmedo, pero cercano ya el mediodía escampó un poco, por lo que doña Inés no aguantó más, tomó el paraguas y el periódico que había colocado sobre la mesa y encaminó sus pasos hacia la avenida Principal. Ya faltaba

menos de media hora para que su amiga finalizara su guardia en la farmacia.

Desde el mismo momento en que en un lejano anochecer del mes de octubre de 1945, Marisabel y Manuel llegaron a las puertas de su pensión, doña Inés sintió una fuerte corriente de simpatía hacia la pareja, y especialmente hacia la muchacha. Ese inicial y espontáneo afecto se fue acrecentando con los días y más aún desde el instante en que, en un arranque de extrema confianza, Marisabel la hizo confidente, con bastantes detalles, de los penosos momentos vividos en la hacienda Las Marías, en ocasión de la violación de que había sido objeto.

Para doña Inés, una viuda de 67 años sin hijos, el convivir amorosamente durante varios meses con Marisabel y Manuel fue una experiencia única, y una bonita oportunidad para volcar sobre la joven pareja todo el amor de madre reprimido durante toda su vida. Con su esposo, quien había muerto hacía más de 15 años, no pudo tener hijos. Cuando los jóvenes le anunciaron que alquilarían una casa para vivir en Punta Brava, la invadió una inmensa tristeza imposible de ocultar. En los días previos a la mudanza lloró a escondidas y durante la despedida rompió en llanto inconsolable, como si su propia hija la estuviera abandonando. El amor de las dos mujeres era recíproco, y gracias a ello continuaron manteniendo esa estrecha relación, alimentada además con las continuadas visitas de Marisabel a la pensión de su nueva amiga y protectora, y las no menos frecuentes incursiones de doña Inés a la botica donde la joven hacía guardias como asistente de farmacia.

Al llegar frente al establecimiento, se detuvo vacilante, faltaba un poco menos de media hora para que Marisabel concluyera su turno. Sin embargo, se sobrepuso a sus reparos y se decidió a entrar en el momento que hubiera pocos clientes. Marisabel, al verla, salió a su encuentro, como siempre con expresivas muestras de contento.

—Marisabel, hija mía, perdóname por venir a interrumpir tu trabajo. —Se adelantó a decir, tratando de justificar su presencia.

—Lo contrario, es un placer y un privilegio que Ud. nos visite doña Inés.

—Sin embargo, la noticia que te traigo te puede revivir viejas heridas —le dijo compungida al momento de mostrarle la última página del periódico que hasta ese momento había mantenido doblado debajo del brazo.

Marisabel palideció al oír aquella extraña confesión y, de inmediato, sin saber por qué pensó en su madre. Alarmada, preguntó:

—¿Qué pasó doña Inés?

—No... no te asustes hija, no se trata de tus seres queridos. Es una noticia publicada hoy en Últimas Noticias y que creo tienes que saber. Tarde o temprano te enterarás por otras vías. —Y diciendo esto le alargó el tabloide que traía en la última página un titular en dos líneas de gruesos caracteres a cinco columnas: "*Muerto de tres balazos joven comerciante en San Miguel de Orituco*". Y abajo, en el extremo derecho, una llamada: "*Más información en la página 12*".

Con gran desasosiego, Marisabel tomó el periódico, releyó el titular y en seguida buscó la página interior con el resto de la información. De esa forma se enteró de la muerte de su compañero de estudios en el bachillerato, Miguel Ángel Bertoni. Enseguida palideció, y en vertiginosa secuencia como en una película, desfilaron por su mente las escenas más intensas del drama vivido hacía cinco años, como consecuencia de la agresión de aquel irresponsable. Un sin número de contradictorias ideas se agolparon en su cerebro, pero la nobleza de su alma le impidió sentirse alegre por el deceso de aquel miserable que había mancillado su honor y quien, además, estuvo a punto de causarle una desgracia mayor si Manuel, su novio en aquel momento, no hubiese atendido su ruego y declinado su intención de retarlo a un duelo a muerte.

En el cuerpo de la noticia se detallaban las circunstancias del infausto suceso, ocurrido en los predios de la gallera del pueblo, en el sitio identificado como La Playera. El tabloide continuaba informando:

“El victimario declaró, al momento de ser detenido por el policía de guardia en el coso, haberle disparado para vengar la deshonra que le había ocasionado la víctima al seducir a su esposa, y con ella la desgraciada destrucción de su hogar. El agresor fue conducido a los calabozos de la Jefatura Civil de la localidad y una comisión de la policía estatal lo trasladó ese mismo día a la delegación de ese cuerpo policial en San Juan de los Morros. El occiso recibió tres balazos en el pecho, casi a quemarropa, uno de los cuales impactó en su corazón, disparados por un revolver calibre 38. La víctima murió en el acto.

En nota aparte el diario precisa: *“El joven asesinado, de nombre Miguel Ángel Bertoni, era hijo de un rico comerciante de esa población, quien al conocer la noticia sufrió una grave crisis cardiovascular, por lo cual fue recluso en el hospital de esa localidad.”*

Recuperando un tanto su estabilidad emocional, Marisabel inspiró hondo, tomó aliento y entre dientes le dijo a su protectora:

—Gracias doña Inés, hizo bien en traerme este periódico.

Y volteándose hacia el propietario del establecimiento:

—Dr. Lares, he recibido una mala noticia, permítame retirarme un poco más temprano hoy, después le relataré lo ocurrido.

Dándose cuenta del estado de conmoción exteriorizado por su empleada, comprensivo, el farmacéutico le respondió:

—Adelante Marisabel, puedes irte cuando quieras. Te deseo suerte. ¡Ojalá y el problema puedas resolverlo satisfactoriamente!

Doña Inés, percatándose de que la novedad había tenido sobre su joven amiga un impacto superior a lo por ella previsto, y comprendiendo la necesidad que tenía de un mayor apoyo, se apresuró a proponerle:

—Hija, vamos para mi casa y de allí llamamos a Manuel. Seguro él te pasará buscando.

Marisabel, casi sin poder hablar, asintió con la cabeza. Se encaminaron hacia la salida. Lloviznaba de nuevo, abrieron los paraguas.

La joven, acongojada, se dejó llevar por doña Inés, quien le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacía sí. Mientras tanto la llovizna se había intensificado y el agua enturbia da por el lodo comenzaba a correr al borde de la acera, obligando a las dos mujeres a caminar, hasta encontrar un sitio por donde pudieron superar la chorrera sin enchumbarse los zapatos.

Al llegar a la pensión, Marisabel llamó a Manuel y en pocas palabras le contó, sin muchos detalles, la noticia que traía el periódico. Manuel dándose cuenta del estado de perturbación de su compañera, demoró muy poco en acudir a su llamado.

La joven, apesadumbrada, llorosa, lo recibió con el periódico en las manos, y éste al leer la reseña del suceso no pudo contenerse y, con el desagrado reflejado en su rostro, masculló un ácido comentario:

—Tarde o temprano ese desgraciado debía recibir su castigo.

—Manuel, te pido por favor que no profundicemos en esos tristes acontecimientos. En estos momentos lo único que te pediría es que renueves ese permanente apoyo que siempre me has brindado.

Su respuesta fue estrecharla fuertemente en sus brazos y decirle quedamente al oído:

—Mi amor, nunca olvides, tal como te lo dije aquel aciago día, que siempre estaré a tu lado.

Después de salir huyendo de la hacienda Las Marías, avergonzados por los hechos provocados por Miguel Ángel Bertoni, se establecieron en la capital y con el transcurrir de los días, el dolor por la afrenta fue amainando, la herida cicatrizando y el deseo de venganza por parte de Manuel sedimentándose, hasta quedar definitivamente silenciado, mas no olvidado. Ninguno de los dos, en los cinco años de estar juntos, había hecho la más mínima alusión al asunto, tal vez pretendiendo de esa manera echar al olvido definitivo aquellos momentos tan desagradables. La muerte de Miguel Ángel vino a reavivar las cenizas de aquellas desgraciadas circunstancias.

Después de llegar a Punta Brava y superados los difíciles momentos iniciales, Marisabel, razonando con mayor lucidez y mirando a los ojos a su compañero, le propuso:

—Ante esta nueva situación, pienso que debemos hacer un mayor esfuerzo para olvidarnos definitivamente de aquel infortunado suceso; borrarlo de nuestras memorias. Pero, igualmente, creo necesario enfrentarnos con la nueva realidad, revestirnos de coraje e ir a San Miguel y visitar a los seres queridos que dejamos allá.

Manuel, amoroso, tomó de las manos a Marisabel y le estampó un beso en la mejilla al momento de decirle:

—Sí, mi amor, tienes razón, debemos reencontrarnos con nuestros familiares, con nuestros amigos. Tal vez podamos ir en diciembre, después del 20, al tomar mis vacaciones.

Capítulo IV

AGITACIÓN EN LOS MEDIOS ESTUDIANTILES

Nelson con paso presuroso se enrumbo por la avenida San Martín, a esa temprana hora atiborrada de peatones y de vehículos en movimiento y con ruidos de toda índole. Estaba bastante nervioso. Ese lunes 25 de septiembre, siete y quince de la mañana, era su primer día de clases, y estaba convencido de que no llegaría a tiempo. Para colmo de males su incorporación al liceo Caracas debió producirse una semana antes.

A duras penas lograba abrirse paso entre el gentío que venía en dirección contraria, hacia El Silencio, ocupando casi toda la acera. Intentaba vanamente calmarse ante la excitación que le producía Caracas, la gran ciudad que apenas estaba comenzando a patear; pero, además, le producía mucha incertidumbre el recibimiento que pudieran brindarle sus nuevos compañeros del liceo. Nunca había estado en la capital ni de paseo. Era un adolescente de 16 años, procedente de un pequeño colegio católico de una perdida población en las extensas sabanas meridionales del estado Guárico. Era un pueblerino de cuerpo entero.

Su madre, poniendo mucho empeño, había logrado la admisión de su muchacho en el liceo Caracas después de varios intentos fallidos y, sólo a través de una entrevista con el director, lograda con el apoyo de su secretaria, cita en la cual pudo explicarle las razones que la asistían para solicitar una inscripción fuera de tiempo, consiguió su

cometido. Después de las reiteradas negativas iniciales, el director, un hombre de buen corazón, aceptó las justas razones de la humilde mujer: la institución de donde venía su hijo expidió con retraso la boleta de retiro. Así fue como consintió en dar ingreso al joven, con la condición de que en su primer día de actividades presentara el certificado de salud, único requisito faltante.

Nelson había descendido en la estación final de un autobús de la ruta Silencio-Valle-Coche, situada frente al bloque 7 de la recientemente inaugurada urbanización El Silencio y, casi corriendo, sudoroso, devoró las tres cuadras que lo separaban de la plaza Capuchinos, en pleno corazón de la parroquia San Juan. Atravesó como pudo la compacta masa de inmigrantes portugueses recientemente llegados al país, quienes cotidianamente, a esas horas, tienen como lugar de encuentro esos espacios. De allí viró hacia el sur hasta llegar a la sede de su nuevo colegio, entre las esquinas de Garita y Pepe Alemán. No tuvo necesidad de preguntar, él ya conocía su ubicación; acompañó a su madre una vez durante los trámites de la inscripción. Jadeante, se paró en la acera frente al zaguán de entrada al inmueble, obstaculizando a medias el paso del tropel de jóvenes que, incontenibles, ingresaban bulliciosos. El sonido estridente del timbre, anunciando el inicio de las clases, lo sacó de su embelesamiento e, impotente, terminó por dejarse arrastrar por la bullanguera muchachada hacia el interior de la vieja casona. Afanosamente solicitó auxilio para la localización del Tercer Año B. Varios intentos lo llevaron a la seccional de los primeros años, donde lo orientaron para subir al primer piso y llegar hasta el segundo salón, allí encontraría su curso. Mientras esto ocurría, el tiempo pasaba y la clase estaba comenzando. Al llegar, por un instante se detuvo en el marco de la puerta, tomó aire y, superponiéndose a sus temores ingresó, dio unos tres pasos y se plantó ante el pizarrón, de frente al profesor, como una estatua, inmóvil, silencioso, y así permaneció varios segundos. El profesor, sorprendido y molesto por aquella inesperada interrupción, le preguntó:

—¿Tú eres alumno de este curso?

—Sí, señor —respondió presuroso, sin inmutarse.

—Y... ¿de dónde provienes tú?

—*Guá...* yo de Santa María de Ipire, —agregó con acento firme, como queriendo mostrarse orgulloso de su gentilicio llanero.

Ante tan insólita respuesta todo el curso, casi a coro, soltó una sonora risotada y hasta gritos profirieron algunos de los más exaltados. En medio del estruendoso bullicio que se armó, se escuchó una voz que a gritos pregonó:

—Ya somos dos los vegueros. Bienvenido paisano.

El profesor, enfrentando la embarazosa situación en la que se había colocado el nuevo alumno y, tratando de evitar que el caos se generalizara y suplantara la necesaria disciplina, con apremio y expresión autoritaria ordenó varias veces hacer silencio. Restablecido el orden, a medias, ofreció unas breves palabras de bienvenida a Nelson, lo invitó a sentarse y le pidió que al final de la clase lo contactara.

El joven, liberado de aquella incómoda situación, ágil, caminó hacia el fondo del aula por el lado de una ventana que da al pasillo, hasta que encontró un pupitre desocupado. Allí, aliviado se dejó caer pesadamente y al momento sintió como si le hubiesen quitado de sus espaldas una pesada carga. Y fue así como Nelson Sánchez, estudiante provinciano, se incorporó a la agitada vida estudiantil en la capital, de la cual, en los meses venideros, sería un activo protagonista.

Al finalizar la clase, Aurora, alumna del mismo curso, se le acercó y de manera inteligente le ofreció su amistad y el apoyo que tanto necesitaba en aquellos enojosos momentos. Desde ese día, los dos jóvenes cultivaron una sincera y provechosa amistad.

Nelson, junto con su madre y dos hermanas menores, forman una modesta familia emigrada a la capital en busca de mejorar sus condiciones de vida después de la muerte del padre, albañil *toero*, fallecido repentinamente en el pueblo natal. Para sobrevivir en las nuevas circunstancias, su madre, mujer dicharachera, alegre y de recio carácter, se colocó de servicio doméstico en una quinta de las primeras veredas de Coche. Desde su llegada a Caracas, alquilaron una pequeña

vivienda en la calle 15 bis de Los Jardines de El Valle, al final de una trocha de tierra. La misma remata al pie del cerro que se levanta al sur de la urbanización, justo donde estaba naciendo una barriada marginal.

Este año en los medios estudiantiles se vive una gran intranquilidad y, especialmente, en los universitarios. La agitación estudiantil es donde se refleja con mayor nitidez la convulsionada situación política que transita el país. Este clima de inestabilidad política arrancó el 24 de noviembre de 1948, día del derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos por un grupo de militares ambiciosos, conformado casi por los mismos oficiales que tres años antes depusieron al presidente Isaías Medina Angarita. El desafortunado zarpazo a la nascente democracia ha dado lugar a un choque frontal entre las fuerzas militares golpistas y la gran mayoría de la sociedad que, por primera vez en la historia política del país, esperanzada había elegido a su gobernante con el voto universal, directo y secreto nueve meses antes y, además, con una contundente mayoría. Por añadidura, la Junta Militar desde el inicio de su actuación desató una feroz represión en contra de los afiliados a los partidos y grupos que enfrentaron la asonada, especialmente contra los adecos —que fueron desalojados del poder— y contra los comunistas, que eran parte de la oposición a Gallegos. Ante la gran incertidumbre que se vive en el país, el pueblo está temeroso y preocupado por el desarrollo de los acontecimientos que, eventualmente, podrían desembocar en una contienda fratricida. Como efecto de esa crítica situación, los estudiantes realizan continuamente manifestaciones antigubernamentales en muchas de las universidades y colegios del país. En las calles adyacentes a los tres liceos más importantes de Caracas —el Andrés Bello, el Fermín Toro y el Aplicación— son virtualmente diarias las protestas que dan lugar a casi permanentes enfrentamientos con la policía.

La llegada de Nelson al liceo Caracas coincide con estos acontecimientos, y no pasará mucho tiempo sin que el nuevo alumno se vea envuelto en protestas y marchas estudiantiles, encabezadas casi todas

las veces, por militantes de los ilegalizados partidos Acción Democrática y Comunista. En el liceo Caracas ya han sido varios los intentos fallidos, frustrados por la intervención violenta de la policía, de sumarse a las manifestaciones que a diario ocurren en el liceo Fermín Toro.

Tres semanas después del inicio de las clases, salía Nelson del liceo en compañía de Aurora, con quien cada día profundizaba una bonita relación amistosa, para encaminarse, como rutina de todos los días, en dirección a El Silencio donde abordarían el autobús que cubre la ruta hacia El Valle; ambos moran en Los Jardines. Al llegar a la esquina de Jesús, en la avenida San Martín, de pronto se encontraron en medio de un grupo de unos 30 estudiantes congregados allí y a punto de iniciar una protesta. Repentinamente un grito salió del grupo:

—¡*Llanerito*, si eres capaz de echarle bolas veinte con nosotros!

Llanerito era el apodo que sus condiscípulos del Tercero B le habían encasquetado desde el mismo primer día de su llegada. Así que de inmediato se sintió aludido, se aproximó a sus compañeros, se enteró de los planes y, sin pensarlo dos veces, se incorporó junto con su amiga a la marcha que estaba comenzando a moverse hacia El Silencio, gritando las consignas dominantes en estos días entre los jóvenes:

—¡Abajo la dictadura! ¡Libertad, libertad, libertad! ¡Elecciones ya!

La intención de la muchachada era llegar hasta El Silencio y sumarse a las demostraciones que con insistencia realizaban los alumnos del Fermín Toro y, luego, si la policía no se los impedía, avanzar junto con ellos hacia el este, pasar frente al edificio de la Universidad, frente a la fachada sur de la sede del Congreso Nacional, hasta conseguir unirse a las protestas que cotidianamente realizaban los alumnos del Andrés Bello en el Parque Carabobo, en las horas finales de la mañana.

El pequeño grupo no pudo completar su itinerario, apenas asomaron las narices en la plaza O'Leary de inmediato la policía, que estaba atrincherada esperándolos, arremetió con rolos y peinillas,

correteándolos por los pasillos de los edificios y calles adyacentes a los bloques de El Silencio. En ese momento comenzó a caer un fuerte chaparrón. Nelson y Aurora en vertiginosa carrera, con suerte, consiguieron eludir a los agentes. Aurora, con voz entrecortada por la agitación que le produjo el carrerón que tuvieron que dar, le gritó a su compañero:

—¡Mira Nelson! Ahí está la parada del autobús. Vamos a montarnos.

Rápidamente subieron a la unidad, que en ese instante estaba comenzando a moverse.

Todavía se oía el tin, tin, tin del contador manual, accionado por el colector desde su sitio en la entrada delantera del autobús, cuando al pasar frente al bloque 6, los pasajeros aterrorizados contemplaron muy de cerca cómo dos policías acorralaban a uno de los estudiantes en la reja de una tienda donde intentó refugiarse, justo en el momento en que lo agredían salvajemente con sus rolos. El muchacho tendido en el piso, sangrando, incapacitado para defenderse, gritaba de dolor al recibir el brutal castigo.

Nelson, muy alterado, reaccionó parándose del asiento al momento que invitaba a su compañera a bajarse para ayudar a la víctima. Aurora, militante de la Juventud Comunista, por ello con alguna experiencia política y, sobre todo, más cautelosa, le respondió tratando de calmarlo:

—Tranquilo vale, ya no podemos hacer nada. Ahora se lo llevarán preso.

Nelson, con rabia contenida a medias y sintiéndose impotente, comentó en voz alta para que el resto del pasaje lo oyera:

—Por esto es por lo que los estudiantes protestamos, —y terminó gritando a todo pulmón— ¡Abajo la dictadura! ¡Vivan los estudiantes!

Nelson, en su corta existencia, no había manifestado inclinaciones políticas, ni participado en actividades partidistas. Al igual que la inmensa mayoría de los jóvenes en todos los lugares y en todas las épo-

cas tenía una inocencia pura, incapaz siquiera de sospechar la maldad que a veces anida en el espíritu de algunos individuos. Cuando sus compañeros lo invitaron a sumarse a la manifestación, se incorporó por su espíritu solidario y asumiendo esa protesta o bien como una diversión o, más bien, como un deber.

La agresión de los policías al indefenso estudiante impactó tremendamente a El *Llanerito*. Al presenciar aquella horrible escena, se encendió en lo más recóndito de su interior la llama de la rebeldía que todo joven por naturaleza alberga. Desde ese momento ya nada fue igual, dejó de ser el muchacho apático y desinteresado de antes y comprendió que nadie puede permanecer ajeno a lo que ocurra en su entorno. El terreno había sido bien abonado para el florecimiento de su espíritu revolucionario. Y de esta manera, sin haberlo previsto, los dos jóvenes participaron en los extraordinarios acontecimientos que ese día precedieron el retorno a sus hogares.

*

Los viejos y destartalados autobuses *chingos* de la línea Silencio-Valle-Coche, donde finalmente consiguieron montarse los jóvenes, día a día realizan un lento y prolongado itinerario que a veces puede demorar hasta dos horas, tiempo en el que los pasajeros deben sufrir la incomodidad de asientos muy pequeños y duros. Además, el espacio entre las filas de asientos es insuficiente para que los pasajeros puedan estirar sus piernas, por lo que las personas más altas tienen que sacarlas al pasillo. Pero lo peor de todo es que las pequeñas ventanillas, protegidas con vidrios, por donde deberían entrar la luz y el aire, en su mayoría por falta de mantenimiento están inservibles, trabadas o rotas y eso hace que el interior del autobús sea oscuro y poco aireado, caluroso. La falta de ventilación, además, favorece que los malos olores se acumulen e invadan todos los espacios. El pueblo llama a estos vehículos *chingos* porque son los únicos colectivos que no tienen trompa, el motor lo llevan en la cola. La otra línea que

cubre la ruta El Silencio-Valle-Coche es la de los autobuses rojos, los *municipales*, que dependen del municipio Libertador del Distrito Federal.

Al salir de El Silencio recorren cuatro cuadras en línea recta, hasta la esquina de Pájaro. Antes deben pasar frente al teatro Municipal, en cuyo frente norte maquinarias pesadas realizan las últimas demoliciones y movimientos de tierra para dar paso a la futura avenida Bolívar. Destaca en el *mare magnum* de equipos pesados y obreros moviéndose de un lado a otro, cerca de la esquina de Sociedad, una enorme grúa, que balancea y lanza una pesada bola metálica contra las vetustas paredes de lo poco que queda del hermoso hotel Majestic, ya casi totalmente demolido. Frente a las ruinas de esa antigua y emblemática edificación de Caracas se realiza una enorme excavación, en donde, según informó un vocero de la Junta Militar de Gobierno, se construirán los edificios más altos de la capital: dos torres de 30 pisos cada una.

Al continuar su recorrido, el autobús pasa frente a la basílica de Santa Teresa y continúa hasta la esquina de Pájaro; aquí el *chingo* tuerce hacia el sur, rueda cuatro cuadras en el barrio San Agustín del Norte hasta pasar Puente Hierro, atravesar Las Flores de Puente Hierro para enseguida emprender el ascenso hacia El Portachuelo. Del túnel que hasta hace pocos años fue utilizado por la línea del tranvía Plaza Bolívar-El Valle, ahora convertido en pasaje peatonal, salen y entran decenas de personas que de esa forma evitan tener que remontar la cuesta camino al estrecho pasadizo carretero. Una vez franqueado El Portachuelo y llegando a El Peaje, el autobús está listo para transitar de punta a punta la angosta y arbolada calle Real de El Prado de María. A la mitad del trayecto, el tránsito se hace más lento por la gran cantidad de transportes pesados que entran y salen de los terrenos donde opera una empresa de concreto premezclado. Al final de la calle principal se arriba a La Bandera, en donde los autobuses tienen un punto de control. Es una parada obligada para que el colector recuente a los pasajeros y cobre el valor del pasaje de la

etapa final. Otra vez el tin, tin, tin del contador manual al momento de reiniciar el viaje. De allí en adelante, para llegar a El Valle desde La Bandera, sólo quedan las innumerables y estrechas curvas de la vieja carretera, en donde, en las vueltas más cerradas, la hierba que crece en los taludes altos de los bordes de la vía barre las ventillas, cuyos vidrios siempre cerrados, impiden que penetren al interior del bus. Después de pasar frente a la imponente antena de Radio Caracas, y un trecho más adelante, bordea el pequeño y destartelado redondel de la peña taurina Rafael Cavalieri. Repentinamente, luego de la curva final, aparece la vetusta mole de metales y ladrillos, ruinas ennegrecidas por el tiempo y el abandono de lo que otrora fue la estación del tranvía, que hasta hace algunos pocos años trasladaba a los pobladores de El Valle hasta la Plaza Bolívar de Caracas. Todavía en estos tiempos, a pesar de que el tranvía dejó de funcionar hace varios años, el concreto de la calzada de las calles de El Valle permanece seccionado por el acero de los rieles en desuso del antiguo transporte colectivo.

La calle Real es la más importante de este pueblo y el autobús la recorre de punta a punta, hasta que sus últimas casas se juntan con las primeras quintas en la avenida Principal de la moderna urbanización Los Jardines de El Valle.

La parroquia foránea que hoy es El Valle, en tiempos del coloniaje español fue un punto en el camino real, un pequeño caserío, la última oportunidad que tenían los conductores de carretas y arreos de hacer una pausa antes de entrar a la capital. Se trataba de viajeros y arrieros que procedían del sur, de los Valles del Tuy y de las haciendas de café y sembradíos de hortalizas y frutales que proliferan en las inmediaciones de los pueblos de la montaña, como San Diego, San José, San Pedro, Carrizal y otras aldeas. Con el transcurrir de los años, y consumida ya la media centuria del siglo XX, esta parroquia muta sin descanso, debido a la expansión y la febril actividad económica de la pujante capital de esta Venezuela, en donde está ocurriendo con fuerza creciente la transformación de una sociedad rural a una

república con población mayoritariamente urbana, gracias al auge de la industria petrolera.

Las cuantiosas inversiones de poderosos emporios petroleros del mundo, con sus empresas *Esso Petroleum Corporation*, *Gulf Petroleum Corporation* y *Shell*, entre otras, han llevado a Venezuela a los primeros lugares entre los países productores y exportadores de petróleo. Al influjo de la renta petrolera Caracas crece y crece, modernizándose a grandes pasos y, en su crecimiento, arrastra a las pequeñas urbes de su periferia. Es lo que está pasando con esta parroquia, que al recibir esa onda modernizadora también se transforma aceleradamente.

Hoy, la angosta calle que la atraviesa de extremo a extremo dejó de ser el camino Real para recuas, para transformarse en calle Real. Y luego, a consecuencia del incesante incremento de su población y del parque automotor, se hizo impostergable la construcción de otras calles y así surgió la calle Atrás y luego vinieron otras. Casi simultáneamente hicieron su aparición las barriadas populares, con sus ranchos de cartón y latas en terrenos escarbados hacia la cumbre de la pequeña serranía del Este. Finalmente, aparecieron los nuevos urbanismos de clase media, Los Jardines y Coche, que extendieron los límites de la parroquia hacia las antiguas haciendas cañeras que cubrían los espacios de los valles situados más al sur.

Después del binomio colonial formado por la plaza Bolívar y la iglesia, el lugar más emblemático de la parroquia es la esquina de La Cruz Verde, en plena calle Real, a la entrada del barrio Zamora y enfrente del enorme edificio que ocupa la fábrica de chocolates, muy cerca de la prefectura y diagonal al cine Roxi, que hace esquina y donde se abre la vía para dar inicio a la calle Atrás y a la urbanización Longaray. El nombre de la esquina tiene su origen en un cristo de color verde bastante grande, incrustado en un nicho adosado a una pared que da a la calle y se encuentra protegido por un grueso cristal. Allí los fieles colocan flores y prenden velas, sobre todo en los días de la Semana Mayor.

Para llegar a El Valle viniendo desde el sur, hay que recorrer la carretera que desciende zigzagueando entre las inclinadas serranías que forman el abra de la cortada del Guayabo, siguiendo el curso del río El Valle. Al llegar a Turmerito, se abren las estrechas vegas a ambos lados del riachuelo. A esa altura, la carretera se transforma en una vía plana y casi recta, sombreada en sus bordes por centenarios bucares y samanes, en donde los viajeros podían contemplar hasta hace pocos años los remanentes de antiguos tablones de caña dulce, potreros y otros sembradíos de las otrora prósperas haciendas El Rincón, Sosa y Conejo Blanco, hasta arribar, por último, a los amplios espacios de la hacienda Coche, sitio memorable en la historia del siglo XIX venezolano. Las vegas de esta hacienda, la mayoría situadas al oeste del río El Valle, hoy están casi totalmente ocupadas por una hermosa urbanización para clase media, concluida en años recientes, bautizada con el nombre de Coronel Carlos Delgado Chalbaud, a raíz de su asesinato, y conocida popularmente como Coche. Esta urbanización está a pocos días de ser inaugurada según un vocero del Gobierno, quien anunció que el corte de la cinta será el 24 de noviembre, precisamente a dos años del derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos. Sin embargo, desde hace meses muchas familias fueron autorizadas a ocupar las viviendas en el sector conocido como Las Veredas. Por este motivo, la demanda del servicio de transporte ha experimentado un incremento significativo y las líneas de autobuses de El Valle han tenido que extender su ruta hasta Las Veredas, trasladando su estación final desde la calle 16 de Los Jardines hasta un sombreado punto de la vieja carretera. Éste se encuentra justo delante de las ruinas del viejo trapiche de la hacienda y enfrente de la casona donde vivieron sus dueños, espacios que fueron escenario del histórico tratado de Coche, firmado por los generales liberales y conservadores el 23 de abril de 1863 para dar por concluida la prolongada y fratricida Guerra Federal.

La urbanización Los Jardines, situada entre Coche y El Valle, surgió hace algunos años en los terrenos aledaños a este antiguo pueblo,

en los espacios ubicados inmediatamente al sur, bordeando la pequeña serranía que limita la parroquia por el este. Tiene 16 calles y dos avenidas, que llegan a ser tres y hasta cuatro donde las calles rematan al pie de los cerros. En ella tienen sus hogares comerciantes, burócratas, profesionales universitarios y otros individuos de la llamada clase media, que día a día se hace más numerosa en el país.

Luego de recorrer toda la calle Real, los autobuses transitan desde su 1ra calle hasta la 16, para finalizar su extenso recorrido en Las Veredas de la parte alta de Coche.

Capítulo V

EL COMITÉ DE BASE N° 5 ACTÚA

Es día viernes, a escasos segundos de las ocho de la noche. Marisabel camina frente a la estatua de El Libertador en la plaza Bolívar de El Valle, alegre, juguetona, asida estrecha y amorosamente al brazo de Manuel. De pronto, se sobresalta al oír a muy corta distancia el trepidante sonido de una campana. Es el llamado cotidiano de la iglesia a la oración temprana de la noche: son ocho campanadas fuertes, con una breve pausa entre una y otra. Finaliza el último tañido justo cuando la pareja ha salido de la plazoleta, cruzado la calle y torcido hacia la derecha en la esquina del Nuevo Cine. Abandonan la calle Real y caminan dos cuadras de suave pendiente hacia el oeste, hacia el barrio San Andrés y finalizan su andar frente a la residencia de Antonio, *El Pintor*. El inmueble es de altas paredes exteriores con puerta de dos hojas a la calle, de un azul muy suave, al igual que sus dos espigados ventanales protegidos con barrotes metálicos. Está previsto realizar en ese inmueble la reunión semanal del Comité de Base N° 5 (CB-5) de la Juventud Comunista de la parroquia El Valle.

Pocas veces estas asambleas se realizan repetidamente en el mismo lugar. Son medidas de seguridad adoptadas por la juvenil organización clandestina, para hacer frente a la vigilancia y el acoso constante ejercido sobre sus actividades por la temida Seguridad Nacional, policía política de la Junta Militar gobernante en el país desde el 24 de

noviembre de 1948, día en que fue derrocado el presidente Rómulo Gallegos.

La dictadura militar reacciona cada vez con más represión ante el incremento de la labor propagandística desarrollada por las células comunistas de la parroquia, actividad que se hace patente en letreros pintados día tras día sobre las paredes exteriores de comercios y viviendas de las calles principales de la parroquia. En ellos pueden leerse consignas políticas como *Abajo la dictadura*, *Clausura de Guasina*, *Libertad de los presos políticos*, *Elecciones ya*, y otras muchas que aparecen de continuo una tras otra. Asimismo, es frecuente el reparto de volantes impresos a la salida de los cines, en las puertas de la fábrica de chocolates en la esquina de La Cruz Verde de la calle Real, y en las entradas de los barrios pobres situados todos al este de la serranía que se proyecta de norte a sur al oeste del poblado.

Ya frente a la puerta del inmueble, Marisabel oprime el pequeño botón del timbre con la señal de seguridad convenida, dos toques cortos y uno largo. Por su parte Manuel, cumpliendo cabalmente su rol de acompañamiento, espera en paciente silencio. Antonio, calmado como siempre, abrió la puerta y luego de los acostumbrados saludos, la joven despide a su marido con un tierno beso en la boca e ingresa a la vivienda. Manuel, cumplida su misión, reencamina sus pasos de regreso hacia Punta Brava, hacia su vivienda.

Antonio, a quien todos llaman *El Pintor*, es un joven de escasos 17 años, muy espigado, debe medir alrededor de un metro con ochenta centímetros, de contextura fuerte, piel bastante morena y pelo negro liso, pero de facciones blancas, por lo que comúnmente lo confunden con un nativo de la lejana India. Tiene ojos grandes y un tanto brotados, además, posee un hablar muy singular: las escasas palabras que se anima a pronunciar, le salen de la boca como empujadas por las que vienen detrás y, eso sí, sin mucha prisa. Está por finalizar el bachillerato, estudios que realiza para complacer a sus padres, porque su verdadero centro de interés es la pintura, la cual ya forma parte de su existencia. Sus cuadros, siempre de enormes proporciones, casi

nunca los vende, prefiere regalarlos o, mejor aún, colgarlos en las altas paredes de la casa, ya casi todas recubiertas con sus obras.

Los padres de Antonio llegaron con sus tres hijos a Caracas desde Nueva York en el año 41 como ocurre con casi todos los que salen huyendo de las dictaduras: temerosos y sin dinero. Vinieron como exiliados políticos, tratando de alejarse de la venganza implacable de los franquistas. El padre de Antonio había servido con lealtad como oficial del ejército español, defendiendo la causa de la República Española, y eso los fascistas ibéricos no lo perdonan.

El CB-5 está integrado por Antonio, Aurora, Ramón, Carmen, Alí, Manuelita, Segundo, Marisabel y Ramiro, quien funge de responsable político de la célula. Al iniciar la reunión sólo faltaba Segundo.

La habitación donde ahora se reúnen es el taller de Antonio, lugar bastante amplio pero caluroso, y donde predominan fuertes olores a trementina y aceite de linaza. Tiene dos ventanas, una grande que da a la calle, que siempre permanece cerrada, y otra más pequeña que mira hacia un patio interior, siempre abierta, pero insuficiente para airearla.

Antonio, al entrar, se dirige a un rincón y enciende un pequeño ventilador que, además de hacer un extraño ruido, apenas si refresca el ambiente. Al fondo, muy cerca de la pared hay un caballete con una tela abocetada en donde se aprecian los rasgos de una muchedumbre que avanza por una calle. Dos de los manifestantes de la primera fila levantan una pancarta sin ninguna inscripción todavía. Se trata, evidentemente, de una protesta popular. Al lado del caballete se encuentra una vieja silleta de cuero profusamente pintorreteada, donde reposan una paleta y un vaso grande de vidrio con un sinnúmero de pinceles impregnados de múltiples colores. Recostados de la pared que da al patio, tres bastidores con telas en blanco, un marco usado de madera rústica y, en un rincón, abigarrados, varios trastos viejos.

Cuando la joven y Antonio entran a la habitación, se interrumpe la entretenida tertulia de los otros seis camaradas presentes. La es-

tampa de la muchacha, como ocurría con frecuencia, causó revuelo entre los jóvenes. Todos la recibieron con bromas y cariñosas manifestaciones de camaradería.

Habían transcurrido cinco años desde que Marisabel y Manuel aparecieron repentinamente en Caracas. Ella ya tiene 26 años y un hijo de nueve meses, pero ni las privaciones ni la maternidad han marchitado su belleza; sigue siendo la trigueña bonita y graciosa que invariablemente despierta el entusiasmo de los hombres. No sólo es el encanto de su rostro y su armoniosa figura los que provocan esa admiración, sino también, y muy especialmente, su desbordante alegría y singular simpatía. La agraciada personalidad de la joven conquista, sin que esos sean sus propósitos, la admiración y el afecto de quienes tienen la dicha de ser sus amigos o sus camaradas. Y eso ocurría especialmente con Ramiro, su compañero en la escuela de Medicina de la UCV, con quien había consolidado una estrecha amistad, causa, en más de una ocasión, de los celos injustificados de su esposo.

Ramiro, estudiante del cuarto año de la carrera, era un veterano militante, miembro de la Comisión Ejecutiva Local de la Juventud Comunista y responsable político del Comité de Base N° 5. Todos en El Valle lo conocían como Ramiro, su seudónimo, algunos lo llamaban Ramirito. La mayoría desconocía su verdadero nombre, con la excepción de Marisabel que por azar descubrió su oculta identidad. En cierta ocasión Ramiro estaba reunido con un grupo de sus compañeros de curso al que se incorporó su camarada, quien oyó que uno de sus amigos lo llamó Francisco. Cuando estuvieron solos, él le explicó que su verdadero nombre era Francisco Urbaneja y Ramiro su seudónimo. Era un disciplinado militante de la JC de varios años. Tiene un carácter fuerte, dominante, pero es cordial y muy amistoso. Todos los miembros del CB-5 lo respetan y aprecian.

De pronto una voz ronca interrumpió la animada charla de la muchachada, era Ramiro reclamando atención.

—Bueno, camaradas ya hemos esperado varios minutos por el compañerito Segundo. La semana pasada tampoco asistió, se hace

necesario averiguar lo que le está pasando. —Dijo con su habitual formalidad y seguidamente sometió a consideración la agenda del día: informe político referido a la crítica situación nacional, chequeo de las tareas de la semana anterior, formación ideológica, organización, las nuevas responsabilidades y, como siempre, un punto sobre asuntos varios. Fue aprobada sin objeciones.

—Sobre *Aragüita*... perdón, sobre Segundo, informo que lo encontré el domingo en el campo de pelota de Coche y me dijo que tenía la bicicleta mala —informó Alí, quien era muy dicharachero y no desperdiciaba ocasión para intervenir—. A lo mejor esa es la causa por la que no vino... aunque yo no lo creo.

Segundo vive en Las Veredas de Coche y es hijo de un antiguo militante comunista de El Tocuyo, ahora alejado de las actividades políticas, aunque no contraría la militancia de su hijo en la JC. Y Alí, a quien todos conocen como *El Flaco*, tiene 15 años, es el más joven del grupo y vive en un oscuro callejón del barrio Zamora llamado El Delirio. Su estrecha amistad con Segundo, quien muchas veces lo protege como a un hermano menor, forjada desde la escuela primaria, lo llevó a las filas de la JC. Con su innata simpatía y carácter jovial se granjea rápidamente la confianza de sus numerosos conocidos que, generalmente, terminan siendo sus amigos. Esas cualidades le permiten, no pocas veces, estar mejor informado que sus camaradas del Comité.

—De todos modos, esa no es excusa para no asistir —concluyó Ramiro—. Esperemos hasta la próxima reunión y que él mismo nos informe.

—Si ustedes me autorizan, yo puedo hablar con él —se apresuró a proponer Manuelita, quien siempre mostraba un especial interés hacia Segundo.

Ramiro retomó la palabra para mostrar su desacuerdo con la propuesta de Manuelita, y argumentó que lo más sano era que el propio Segundo exponga su justificación en la reunión de la próxima semana.

Después de la aprobación del orden del día, Ramiro dio lectura con bastante dificultad, debido a la escasa iluminación de la habitación y al tamaño reducido de las letras del impreso de dos páginas, de un documento emitido por la Dirección Nacional del Partido y firmado por su Secretario General, Santos Yorme. En el escrito se confirman los insistentes rumores en circulación sobre una supuesta pugna por el poder entre Delgado Chalbaud y Pérez Jiménez. Asimismo, se refiere al choque de las dos tendencias existentes actualmente en las Fuerzas Armadas: una que supuestamente busca una salida democrática a la crisis, encabezada por Delgado Chalbaud y su grupo, la cual el Partido Comunista no duda en catalogar de progresista, y la autoritaria, comandada por quienes pretenden perpetuar la dictadura, tendencia comandada por los coroneles Pérez Jiménez y Llovera Páez, posición ésta, promovida según el manifiesto, por la Embajada de Los Estados Unidos. Sostiene el informe que la pugna no podrá mantenerse por mucho más tiempo, por lo que se espera un desenlace en los próximos días. Más adelante sostiene que si el sector progresista logra controlar el aparato del Estado, ello podría facilitar una salida democrática, pero afirma que el fuerte apoyo que la Embajada norteamericana brinda a la salida de fuerza hace que la balanza se incline hacia ese lado. Por ahora es difícil anticipar cuál tendencia prevalecerá, dado el equilibrio de fuerzas existente.

Al finalizar el punto, Ramiro informa que *El Viejo* y la Dirección Nacional de la Juventud llaman a estar atentos y listos para actuar si las circunstancias así lo requieren. *El Viejo* es el seudónimo que los miembros de la Juventud utilizan para referirse al partido.

Luego de transmitir algunas directrices, alertó también, por instrucciones de la Comisión Ejecutiva Local, sobre la necesidad de profundizar las medidas de seguridad, indispensables en momentos en que la dictadura arremete contra el movimiento revolucionario. Planteó la obligación de utilizar sólo seudónimos en los escritos y la prohibición de cargar en los bolsillos papeles que puedan comprometer la seguridad individual y la de la organización. También

ratificó la prohibición de reuniones en la calle 9, al igual que visitas a la casa de las Rosales. Según datos confidenciales, la casa de esas camaradas está siendo vigilada y se teme que de un momento a otro le practiquen un nuevo allanamiento.

Finalmente agregó que el partido recibió nueva información confidencial que confirma que varios fiscales de la línea de autobuses *chingos* El Valle-Silencio son agentes de la Seguridad Nacional, y alertó a sus camaradas a estar atentos y no tener conversaciones políticas en esos autobuses. Informó, asimismo, que uno de los espías es un hombre pequeño de unos 50 años, trigüeno, con bigotes, que viste siempre con paltó, corbata y sombrero.

Luego de las informaciones y lineamientos transmitidos por Ramiro, Manuelita, quien es la secretaria de Formación Ideológica y, en consecuencia, la responsable de la organización y el control del estudio individual y colectivo, informó haber recibido de la Comisión Ejecutiva Local un nuevo libro titulado *Los capitanes de la arena*, de Jorge Amado, el cual pone a la orden, y le recuerda a Ramón pasarle a Carmen *Mis gloriosos hermanos*, de Howard Fast, una vez haya finalizado su lectura.

—Este fin de semana lo termino y el lunes se lo doy a Carmen,
—aclaró Ramón, quien aprovechó para preguntar:

—Manuelita, ¿cuándo reanudaremos nuestro círculo de estudio?

Al responderle a Ramón, la secretaria de Cultura aprovecha para proponerle a Ramiro realizar las reuniones del Comité los sábados o domingos, a fin de disponer de tiempo, si la situación política lo permite, para retomar el estudio en colectivo del manual *Principios Elementales del Materialismo Histórico*.

Por último, Manuelita, dirigiéndose a Alí, preguntó:

—Camarada, ¿cómo va la lectura de *Así se templó el acero*?

—Muy bien, camaradita, me faltan como 20 paginitas. La próxima semana se lo devuelvo.

Manuelita es una veterana con cerca de tres años de militancia en la JC, hija de padres de nacionalidad española, republicanos, quienes

también llegaron al país al finalizar la Guerra Civil en la península. Ella es una muchacha vivaz, inteligente y de genio alegre. Tiene seis meses que terminó el bachillerato y está próxima a comenzar clases en la escuela de Filosofía y Letras de la UCV. Es una fanática de la lectura y bastante culta para su edad. De tez blanca, más bien pálida, es extremadamente delgada, casi esquelética, pero atractiva. Sus camaradas al referirse a ella siempre hablan de *La Flaca*, pero todos tienen la delicadeza de no dirigirse a ella con ese sobrenombre. Es una joven muy responsable y con bastante conciencia política.

Manuelita, ejerciendo a cabalidad sus atribuciones, voltea hacia Marisabel y en tono muy amistoso le pregunta:

—Y a ti Marisabel, ¿cuál de los libros que tenemos te falta por leer?

Y ésta, sin pestañear, responde:

—He leído muy pocos. Recuerden que yo soy una campesina con pocos años en la *civilización*, eso sí, con bastante experiencia de vida, pero con pocas lecturas. Dame unos días para decidir.

—A propósito de las experiencias de Marisabel, ¿por qué no le pedimos que nos cuente cómo es la vida en el campo de donde ella viene? —plantea Aurora—. ¿Qué te parece Ramiro?

Ramiro, quien estaba distraído con la vista puesta en unos papeles, inmediatamente dijo:

—Claro, claro... todavía es temprano, nos quedan unos minutos, me parece bien. Claro, si Manuelita terminó con el punto y si la camarada y los demás están de acuerdo.

Todos callaron y dirigieron sus miradas a Marisabel.

Ésta, un tanto confundida por haberse referido a su pasado, pues no estaba en sus planes traer a su memoria aquellas remotas vivencias, pero risueña y bien dispuesta como siempre, comenzó a hablar:

—Bien, si les interesa conocer un poco de ese sencillo mundo campesino, con mucho gusto les cuento.

Se tomó varios segundos, tratando de ordenar sus ideas, y luego dijo:

—Aquí voy. —Y muy calmadamente comenzó:

—La vida en los pequeños pueblos de la provincia, como es el caso de San Miguel de Orituco, de donde vengo y donde casi nunca pasa nada extraordinario, es una cosa muy distinta a vivir en una gran ciudad como Caracas. Pero mucho más diferente aún es la vida en el campo.

Se detuvo unos instantes y prosiguió:

—Después de terminar el bachillerato en un colegio oficial de mi pueblo, acepté la oferta de trabajo como maestra rural en la hacienda cafetalera Las Marías, situada en las laderas del sur de la serranía del Interior, en una comarca llamada Guatopo, al norte del estado Guárico, en sus límites con Miranda. Conviví con sus pobladores y propietarios durante más de un año.

Se detuvo unos instantes y en sus ojos, humedecidos, se le reflejó la nostalgia.

—Allí la vida es bastante dura, pero tiene sus encantos. Me explico: se vive con muchas limitaciones, sobre todo en el caso de las familias de los peones, que carecen de las cosas más elementales que tenemos en las ciudades como la electricidad, el agua potable y, sobre todo, servicios de salud. Los campesinos en las haciendas de café no tienen sueldo fijo, ganan por el trabajo que hacen diariamente, allá lo llaman tareas. Les pagan, 2,50 por tarea, es decir cinco reales, al menos eso era lo que ganaban hace cinco años, y eso sólo en las temporadas de limpia o cosecha, aproximadamente unos tres o cuatro meses al año. El resto del tiempo lo utilizan en sus conucos, en donde, si se les da la cosecha, producen el maíz, las caraotas y las verduras que consumen durante el año. Pero lo más difícil para un campesino es sobrevivir. Creo que su promedio de vida está alrededor de los 50 años, y para llegar a esa edad tiene que sobreponerse a las mordeduras de culebras venenosas y a infinidad de enfermedades endémicas como el paludismo, la tuberculosis, la gastroenteritis que mata a muchos de los niños campesinos, la leishmaniasis, los parásitos intestinales y paremos de contar. Así que como comprenderán la existencia es difícil, dura,

implacable. Pero a pesar de todas las carencias y males, la vida en el campo es placentera porque las personas viven en contacto y muchas veces en completa armonía con la naturaleza.

Marisabel, con los ojos humedecidos por el recuerdo, hizo un intervalo y finalizó:

—Como ven, hay bastante que contar y todavía queda mucho más. Si lo desean, otro día les puedo referir otros aspectos interesantes. Perdonen lo latoso de esta relación.

Al finalizar su exposición, todos quedaron mudos, impresionados con lo que acababan de escuchar.

Ramiro se repuso rápidamente de la buena impresión que le causó el relato, que además sirvió para acrecentar la admiración y el afecto que sentía por su camarada. De inmediato exteriorizó:

—Excelente Marisabel, te felicito. Creo que otro día nos puedes ayudar a profundizar en el conocimiento de nuestro mundo rural.

Para finalizar la reunión, Ramiro chequeó las tareas cumplidas y se fijaron las que se realizarían la semana siguiente, entre las cuales había un reparto de volantes en algunas barriadas.

—La fecha y la hora —informó Ramiro— se darán en el momento oportuno.

Ramón preguntó si no habría *pinta* la próxima semana y Ramiro aclaró que debido a lo delicado de la situación se había suspendido temporalmente esa actividad, pues se logró obtener una información confidencial sobre un operativo extraordinario de vigilancia, que ha sido desplegado por la policía política en la parroquia.

Carmen, impulsiva y con su acostumbrado tono melodramático, afirmó:

—Antes de retirarnos quiero plantear algo que me parece de suma importancia. —Se detuvo unos segundos y con voz más reposada prosiguió:

—Se trata de Raúl, ya todos sabemos cómo es él. Ayer por la tarde se presentó en mi casa y sin muchos rodeos dijo que tenía hambre, asegurando no haber probado bocado en todo el día. Mi mamá,

al oírlo, lo sentó en la cocina y le sirvió un plato de comida. —Se detuvo, inspiró suavemente y continuó— Lo grave de esta situación radica en que esto ocurre casi a diario, en mi casa o en la de cualquier otro camarada. —Y bajando la voz afirmó— Él está viviendo de la ayuda de varias familias. Considero esto incorrecto —siguió argumentando— la Comisión Ejecutiva debe atender esta situación sin demora, de lo contrario este camaradita va a caer enfermo o, peor aún, podría tomar caminos torcidos. Después, todos nos vamos a sentir culpables... O se le consigue un trabajo o se le convence para que continúe sus estudios de bachillerato... pero lo primordial es buscarle una residencia donde pueda comer diariamente; él tiene donde dormir.

Raúl Pérez es un adolescente de unos 15 años, hijo de un dirigente sindical exiliado en México, cuyo hogar está disuelto. El joven, al ausentarse su padre, con quien vivía, comenzó a dormir en la casa de una tía que vive sola y trabaja todo el día; sale por la mañana y regresa en la noche, por lo que no puede ofrecerle las comidas. Raúl, tal vez por las adversas circunstancias que le ha impuesto la vida, está mostrando una conducta un tanto irregular y se ha hecho acreedor al sobrenombre de *El Loco Raúl*.

Después de oír con mucha atención la novedad expuesta por Carmen, de inmediato Ramiro expresó su total respaldo a su planteamiento y prometió llevar el asunto a la próxima reunión de la Comisión Ejecutiva Local. Seguidamente, consultando la hora en su reloj, dio por concluida la reunión.

—Un momento por favor, antes de que se paren y fuera del orden del día, —intervino Aurora con su espontánea simpatía—. Les informo que Margarita me pidió les invitara a todos a su casa mañana sábado a las siete, a su fiesta de cumpleaños. —Y remató: —Si ustedes no tienen objeción, llevaré a Nelson, un compañero nuevo del liceo a quien estoy captando.

En seguida Carmen, bromista, la interpeló:

—¿Captándolo para la JC o para el corazón?

—No chica, Nelson es un muchacho muy serio, además es un año menor que yo.

—¿Y ahora los serios no se enamoran? El hecho de ser serio no le impide tener su corazoncito. —Dijo Carmen con una risita llena de picardía. Todos los demás rieron y Aurora enrojeció avergonzada.

Marisabel, quien había permanecido callada casi toda la reunión, se justificó:

—No sé si pueda ir, depende de Manuel y de mi pequeñito José Manuel. Si no llego, por favor, excúsenme con Margarita.

Al comenzar el movimiento de retirada, Carmen se acercó a Marisabel y tomándola por el brazo la inquirió:

—Camarada, ¿tú conoces a las Rosales?

—He oído hablar tanto de ellas que me parece que las conozco de toda la vida. —Respondió un tanto sorprendida por la pregunta.

—Entonces, para que las conozcas de verdad, verdad, a pesar de la prohibición, te invito a mi casa mañana sábado a las diez de la mañana y de allí vamos las dos a visitarlas cortico. Yo vivo muy cerca de ellas.

—Encantada, mañana te llamo y te preciso la hora a la que podré ir —contestó complacida.

Los jóvenes se habían dividido en tres grupos en amena tertulia, hasta que la voz de Ramiro los interrumpió.

—Camaradas... ¡Atención! Como de costumbre nos retiraremos de dos en dos, ya Antonio está afuera y nos indicará con un toque en la puerta el momento propicio para salir sin peligro. Marisabel será la primera por su condición de madre, y yo la acompañaré hasta su casa. Aurora saldrá con Alí, y Carmen, al final, con Ramón y Manuelita. Finalizó convocando para la próxima semana al lugar y la hora que oportunamente avisaría.

Antes de comenzar la retirada, Aurora hizo una seña a Carmen con la cabeza y ambas se separaron un tanto del grupo. Aurora sin pérdida de tiempo le confesó a su amiga:

—Carmen, te voy a comentar algo que quiero quede entre tú y yo...

—Hizo un descanso, y muy lentamente agregó:— ¿No has notado que Ramiro como que siente algo especial por Marisabel?... La forma como la trata y sobre todo cómo la mira. Yo sé que ellos son muy amigos, que estudian juntos en la facultad de Medicina y que están mucho tiempo en contacto, pero algo me dice que a Ramiro le gusta la camarada.

—Efectivamente, —observó Carmen— tienes razón. Se nota que tiene un trato muy especial hacia ella pero, eso sí, estoy totalmente segura de que lo último que haría Ramiro es enamorar a esa camarada. Él sabe, al igual que todos en el Comité, lo seria, lo honesta, lo buena persona que es Marisabel pero, sobretodo, cómo quiere a Manuel y a su hogar. Ella no es ninguna loca que va a botar todo lo bueno que tiene en una aventura amorosa.

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo y segura de que nunca traicionaría a su esposo, pero a mí no me quita nadie de la cabeza que Ramiro siente algo muy especial por ella. Bueno amiga, olvidemos este asunto y no lo comentemos con nadie. Vamos a echarle tierrita.

—De acuerdo. —Confirmó Carmen complacida.

Cuando Manuel dejó a su esposa en la casa de *El Pintor*, le ofreció regresar por ella en cuanto finalizara la reunión. A esa propuesta, ella le respondió:

—No necesitas molestarte, mi amor, con seguridad alguno de los muchachos me acompañará.

Como en efecto ocurrió. Ramiro la encaminó una vez más hasta la puerta de su casa, provocando en Manuel un nuevo ataque de celos. Al encontrarse a solas en la habitación, sin violencia pero con expresión muy grave, la inquirió:

—Mari, —como él la llamaba en ocasiones especiales, — ¿qué es lo que te está pasando con Ramiro?

—Al oír en boca de Manuel aquellas extrañas y ofensivas palabras, Marisabel, que en ese momento salía del baño y estaba a punto de acostarse, se detuvo en seco, tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Hizo una pausa de varios segundos, buscando las palabras precisas

para dar una respuesta firme a aquella inquisitoria expresión. Con voz muy suave, tratando de evitar que su madre, quien dormía en la habitación contigua, se enterara de esta nueva escena de celos, le respondió:

—Mi amor, con esa pregunta me has ofendido como nunca antes lo habías hecho. No la voy a contestar directamente, pero eso sí, te voy a reafirmar lo que tú bien sabes. —Y mirándolo con firmeza a los ojos le declaró:— No tienes un solo motivo para dudar ni de mi lealtad, ni de la firmeza de mi amor por ti. Por mi parte, no tengo la menor duda: mi vida está y estará unida a la tuya por siempre. Nunca haré nada que te humille o te ofenda. Así es que rechazo rotundamente la injusta sospecha contenida en tu desconsiderada pregunta.

Ante las contundentes y bien sustentadas afirmaciones de su esposa, Manuel, arrepentido y avergonzado, no tuvo otra opción que disculparse.

—Tienes mucha razón mi amor, he sido muy injusto, he cometido un exceso y te ruego me disculpes, todo ha sido producto de los celos.

Después de más de una hora aclarando el asunto, como suele ocurrir en los conflictos matrimoniales, la reconciliación se produjo en medio de las sábanas del lecho conyugal.

*

Tal como lo habían planeado el día anterior, las dos jóvenes tocan a la puerta de las Rosales. Nancy abre y al verlas se ilumina su rostro con evidente satisfacción.

—Hola Carmencita, que alegría tenerlas por acá. Pasen adelante. Así las recibió Nancy, siempre risueña, siempre gentil.

—Gracias Nancy... Traje a Marisabel que está ansiosa por conocer a las famosas Rosales.

—Encantada camarada, al igual que tú tenía muchos deseos de conocerte para disfrutar de tu amistad y camaradería. —Dijo Nancy, estrechándole la mano y dibujando en su rostro una amplia y generosa sonrisa.

—¿Y tus hermanas? Llámalas para que también la conozcan.

— ¡Qué lástima! Ellas lo van a lamentar. No están en casa, fueron a la calle 14, ustedes saben... en tareas de la Juventud. Están organizando una fiesta para mañana con motivo del Día de las Madres. Oye Carmencita, pero no hemos dejado hablar a la camaradita.

—Es verdad, —dijo la aludida.

—Gracias Nancy. Bueno... lo primero que quiero decir es que me siento muy feliz de conocer por lo menos a una de las tres Rosales. Acompañando su afirmación con una linda sonrisa.

Nancy es la menor de las tres hermanas Rosales, todas muy comprometidas con la militancia en la JC y trabajadoras incansables. Especialmente Nancy, reconocida por su incondicional entrega al trabajo político, lo que la ha llevado a la dirigencia local y regional de la organización, a pesar de su juventud; ahora tendrá a lo sumo unos 20 años.

Ella no se distingue precisamente por su belleza, de cara tosca, más bien se podría decir que es fea. Sin embargo, su figura esbelta y bien formada, junto con su desbordante simpatía, su responsabilidad y dedicación permanente a las tareas de la JC, estimulan la admiración de todos y despiertan el interés de más de uno de sus camaradas, que infructuosamente tratan de conquistarla.

Las otras dos, Lola, la mayor, y Lilia, son también insignes trabajadoras, aunque con menos dedicación a las responsabilidades políticas, ya que ambas trabajan para contribuir a los gastos de su hogar.

Ese día nació una fuerte amistad entre Nancy y Marisabel.

Capítulo VI

EL CUMPLEAÑOS DE MARGARITA

Nelson llegó puntualmente a la cita con Aurora. Faltaban unos pocos minutos para las siete cuando se plantó a las puertas de la panadería Madeira en la calle 14, donde habían acordado encontrarse para asistir juntos al cumpleaños de Margarita, a pesar de que el clima político del país está enrarecido y la posibilidad rumoreada de una solución de fuerza continuaba circulando con inusitada insistencia. En las tertulias de los hogares, en las reuniones sociales y en general en las calles, se percibía la impresión de que algo grave iba a pasar, y muy pronto. Margarita llegó unos 10 minutos después de la hora convenida.

La sólida relación amistosa de Nelson con Aurora había nacido desde los días iniciales de su llegada al liceo Caracas, hace varios meses. Exactamente después de aquel singular momento en que Nelson ingresó al salón de clases y le dio aquella insólita respuesta al profesor de castellano, provocando una gran algarabía en el curso con el estallido de risas y gritos. A partir de allí, ella se propuso tenderle la mano y ayudarlo a superar aquella engorrosa situación.

A pesar de que la calle tenía poca luz, divisó la silueta de su amiga. Ella bajaba muy de prisa por la misma acera donde él la aguardaba. Cuando estuvo bastante cerca quedó embelesado, Aurora había experimentado un cambio que no dudó en calificar para sus adentros de milagroso. Traía encima un vestido rosado muy sencillo pero vistoso.

Se veía radiante, no se parecía en nada a la querida compañera que a diario veía en el liceo, ataviada con aquel gastado y ridículo uniforme azul. Además, el carmesí de sus labios y los otros aderezos de la cara, junto con un nuevo y elegante peinado que permitía a su pelo castaño, cotidianamente recogido en una cola de caballo a la altura de la nuca, ahora suelto, caer libremente sobre sus hombros, la hacían más bonita, más atractiva. El cambio era realmente sorprendente.

A esa temprana hora de la noche, entraban y salían de prisa muchos clientes de la panadería, casi todas personas adultas que retornaban a sus hogares con el pan para la cena. Era sábado, día en que habitualmente predomina un ambiente más bien distendido, pero hoy se veía a los clientes y transeúntes muy tensos, intranquilos, mirando de un lado a otro. El ambiente en la calle 14, al igual que en toda la ciudad, era de mucho nerviosismo. Las sirenas de los carros policiales y militares se hacían sentir con desacostumbrada frecuencia a su paso por la cercana avenida Principal, y ello contribuía a acrecentar la incertidumbre de la gente.

Aurora es una joven muy formal, muy seria y además sobresaliente en sus estudios, esas cualidades le permitían tener un gran ascendiente sobre sus compañeros de curso. Ella tuvo mucho que ver con la rápida adaptación de Nelson a su nueva vida de estudiante del liceo Caracas. Le sirvió de apoyo, de orientadora y contribuyó a ponerlo al día con los contenidos del programa perdidos durante su inasistencia en la primera semana de clases. En varias ocasiones, en las que surgieron por parte de algunos de sus compañeros fuertes rechazos o actitudes discriminatorias hacia Nelson, Aurora siempre salió en su defensa y logró neutralizarlas. Ella es militante de la Juventud Comunista desde hace más de un año, a la cual ingresó con el patrocinio de su inseparable amiga Carmen. Ambas estudiaron la primaria en el colegio Los Jardines.

Nelson siente una fuerte atracción hacia Aurora pero, por timidez o por inseguridad personal, apenas se lo ha insinuado con casi imperceptibles detalles. Eso sí, no desperdicia ocasión para demostrarle

su admiración y un gran afecto cargado de agradecimiento por la ayuda, que en forma espontánea, le brindó en momentos difíciles. A la muchacha, por su parte, también le gusta Nelson pero su rígida formación hogareña la cohibe de tomar la iniciativa en asuntos del corazón. Ella está consciente de la atracción que provoca en Nelson y, afanosamente, busca las maneras de propiciar condiciones para estimularle una declaración de amor. La invitación a la fiesta de Margarita era una nueva y excepcional oportunidad. Presentía que esa noche Nelson se decidiría a expresarle sus sentimientos.

—Hola Nelson, perdona el retraso —dijo la muchacha un tanto apenada, pero sonriente—. Tú sabes cómo son las mamás, no me dejó salir hasta que me hubo inspeccionado de pies a cabeza.

Aurora vivía con su madre y un hermano menor apenas a tres cuadras, en la calle 13, entre la 2da y 3ra avenidas. Su papá, profesor en un liceo de la capital, está separado de su madre, aunque no han concretado el divorcio. A pesar del abandono del hogar, su padre mantiene una frecuente y armoniosa relación con toda la familia, pero muy especialmente con Aurora, y, además, les brinda todo el apoyo económico que requieren.

Al tener tan cerca a su compañera, al momento de estamparle un beso en la mejilla, Nelson, emocionado, se llenó de coraje y dejó escapar un fogoso comentario:

—¡Upa, camarada! Usted esta noche está más linda que todos los otros días.

Aurora un tanto ruborizada, pero complacida, le respondió:

—Gracias Nelson, pero creo que estás exagerando. Estoy igual que siempre, sin el uniforme y sólo un poco más pintorreteada.

Era la primera vez que Nelson le lanzaba un piropo. Su esperanza de que esa noche por fin tendría el coraje de declararle su amor se potenció.

Aurora tiene 16 años, de cara alargada y flaca, como su cuerpo. No es una belleza pero sí bastante atractiva, sobre todo por sus ojos vivaces, que revelan una sobresaliente personalidad. Es una joven que

sin ser alta supera el promedio de sus compañeras del liceo. Si algo la distingue es su garboso andar, lo que con frecuencia atrae las miradas de los hombres y la envidia de algunas de sus compañeras. Con su inteligente y fluido desenvolvimiento durante las clases, ha logrado una justificada aureola de excelente estudiante, acreedora de la admiración y respeto de sus compañeros y la distinción de sus profesores.

Después del usual intercambio de saludos y comentarios intrascendentes, los dos jóvenes emprendieron el suave ascenso por la penumbrosa calle 14. Margarita vive cuatro cuadras más arriba, justo al final, donde termina la urbanización y comienza el barrio pobre. La modesta casa de Margarita está situada entre las calles 14 y 15, en una estrecha y oscura vereda de tierra que las une.

La pareja, al acercarse a la casa de la cumpleañera, a la distancia oye el inconfundible sonido de la orquesta de Billo's; vocaliza Manolo Monterrey, quien interpreta la *Burrita de Petare*. A medida que acortan la distancia, el sonido del *picó* se hace más estridente. A la entrada un numeroso grupo de jóvenes charlan animadamente. Ellos, con alguna dificultad, se abren paso y entran a una sala bastante amplia, donde sólo hay dos mesitas, una con el equipo de sonido y a su lado otra más pequeña que soporta dos pilas de discos. Todos los otros muebles del recibo fueron sacados a la calle y colocados a la entrada de la vivienda, para hacer más amplio el espacio a las parejas de baile. Las cuatro paredes del recinto están decoradas con un almanaque ilustrado con una imagen de *El Diamante Negro* en plena faena, varias litografías de paisajes de Venezuela, montadas en marcos rústicos, y algunas fotos, seguramente de miembros de la familia.

Allí, cuatro parejas, todas de muy corta edad, siguen los compases de la alegre guaracha, y en los cuatro rincones pequeños grupos de muchachos de ambos sexos sostienen, a pesar del alto volumen de la música, amenas conversaciones. Al finalizar la pieza Margarita, sonriente, se acerca a Aurora y le dice:

—Bienvenida camarada, ya estaba pensando que no ibas a venir.

Aurora, junto con las felicitaciones, le entrega una pequeña caja envuelta en papel de regalo y le presenta a Nelson.

Margarita, sin sorprenderse, abriendo al máximo sus picaros ojos y poniéndole mayor énfasis a la palabra compañero, le dice:

—¡Ah! ¿Él es el compañero de quien siempre me hablas? —Y volviéndose hacia Nelson, lo saluda con una amplia y amistosa sonrisa.— Mucho gusto, bienvenido. Los amigos de Aurora son también mis amigos.

Otros miembros del CB-5 van llegando graneaditos. Al final, salvo Ramiro, Antonio y Marisabel, todos los demás estaban presentes, y a medida que fueron entrando se juntaron en uno de los cuatro rincones de la sala. Cuando Aurora y Nelson se incorporan al grupo, todos, como si previamente se hubiesen puesto de acuerdo, guardaron silencio. Después de las presentaciones, continuaron en silencio, por lo que Aurora, comprendiendo que la presencia de su invitado había provocado aquel sorpresivo enmudecimiento, intentó romper el hielo, aclarando:

—Como los veo tan repentinamente calladitos, quiero advertirles que Nelson todavía no es un militante, pero les aseguro que es de los nuestros.

Todos rieron y Carmen lanzó una mirada de aprobación hacia Nelson. Alí, el más extrovertido, aplaudió. Manuelita, explosiva gritó:

—Bravo, camarada —y dándole un fuerte apretón de mano, le dijo,— Bienvenido, lo felicito.

—No veo a Marisabel. ¿No vendrá? —preguntó Aurora, tratando inteligentemente de bajar la tensión que pesaba sobre su amigo.

—No lo creo, —contestó Carmen— su bebé tiene apenas unos meses y entre sus estudios y el trabajo, aparte de la atención a su esposo, le queda muy poco tiempo para divertirse. ¡Pobrecita, la compadeczo! —Y seguidamente agregó:— Al otro que no veo es a Antonio, aunque es difícil que venga, él no baila ni le gustan este tipo de fiestas. Y de Ramiro, ni hablar, a ese camarada no le debe quedar un minuto libre en el día, y menos para diversiones: responsable político de

nuestro Comité, miembro de la Comisión Ejecutiva Local y de la Dirección Regional, militante de base en la escuela de Medicina de la UCV y, para completar, estudiante próximo a graduarse de médico.

En ese momento Ezequiel se acercó al grupo y le tendió la mano a Ramón, quien rápidamente dijo:

—Supongo que todos conocen a Ezequiel. —Y luego agregó—
¡Bienvenido camarada!

Ezequiel es muy joven y un militante relativamente nuevo en la organización. Es muy serio, y por su entrega y disciplinada militancia ha ascendido rápidamente, por lo que ya es miembro de la Comisión Ejecutiva Local y responsable político del Comité de Base N° 3.

Después de la incorporación de Ezequiel y presentaciones de rigor, Aurora aprovechó el silencio que se produjo para intervenir:

—Efectivamente como dijo Carmen, Ramiro no tiene tiempo para diversiones, pero ustedes sí lo tienen y, por eso, aprovecho para invitarlos a todos al concierto de mañana domingo en el teatro Municipal. La Orquesta Sinfónica Venezuela ejecutará un programa en base a obras de Beethoven. Si alguno acepta la oferta —y en ese momento dirigió una mirada cómplice hacia su amigo— nos encontrarán a Nelson y a mí, a las diez y media en las puertas del teatro que, como ustedes seguramente saben, está cerquita del terminal de los *chingos*, en El Silencio. Además, después del concierto, si nos animamos, podemos irnos al parque Los Caobos. —Y como les vio a todos caras de *qué fastidio*, rápidamente agregó:

—¡Vamos chicos, no sean flojos, levántense temprano mañana y cultiven el espíritu!

Ninguno respondió, todos guardaron un discreto y revelador silencio, pausa que aprovechó Segundo, que estaba ansioso y a la expectativa para continuar con su historia, interrumpida con la llegada de los dos jóvenes.

—Volviendo a lo que les estaba contando antes de la llegada de Aurora y del futuro camarada Nelson, —insistió de forma muy amistosa—. Como les refería anteriormente, mi prima Rosana es novia

de un alférez de la Escuela Militar, y ese tipo como es tan *boca e'jarro*, se *espepitó* a hablar anoche delante de todo el mundo. Entre las cosas que dijo mencionó una discusión entre unos oficiales de alta graduación que, según dijo, casi se van a los puños. Él cuenta que uno de esos chivos afirmó textualmente *Estoy resteadado con el presidente Delgado Chalbaud, junto con muchos otros oficiales*. Y agregó, además, estar de acuerdo en convocar a elecciones para devolver el Gobierno a manos de los civiles.

Ramón, con un intenso parpadeo, y como casi siempre con opiniones extremas, irreflexivas, argumentó:

—No vale, eso es de la boca *pa'fuera*. Yo no creo en militares, esos son, con el perdón de las damas, unos hijos de puta, no les interesa un carajo el país, no piensan sino en ellos.

—Mira chico, yo creo que estás equivocado —terció Aurora, conciliadora—, como en todos lados los hay buenos y malos. Por supuesto, dentro del ejército hay oficiales asesinos y ladrones, pero también hay mucha gente buena, honesta y patriota. Nosotros los revolucionarios no podemos ver la situación de forma tan simplista. Recuerda, Ramiro siempre lo repite, cosa con la que yo estoy totalmente de acuerdo: *Hay que analizar en profundidad cada momento de la realidad*, y tú te estas yendo por las ramas, generalizando.

—Bueno... —insistió Ramón en tono más moderado— convengo contigo en que tal vez pueda haber algunos chivos buena gente, pero deben ser muy pocos. Yo me remito a la historia reciente, ¿Qué es lo que han hecho en los últimos cinco años? Primero, derrocaron a Medina Angarita, que según dice todo el mundo era un Presidente buenazo, un verdadero demócrata; luego tumbaron a Gallegos, otro hombre lleno de buenas intenciones y, ahora, se pelean por sentarse en la silla presidencial. Y los buenos... ¿dónde están? No han hecho nada, no se ven por ninguna parte. Al final lo que piensan es...

No pudo terminar la oración porque Carmen sonriendo, pero con mucha decisión, lo tomó por la mano y sin darle oportunidad de resistirse se lo llevó al centro del salón, diciéndole:

—Mira vale, vinimos acá a divertirnos, vamos a dejar la política para las reuniones del Comité. Ahora sólo nos sale bailar... divertirnos.

La sorpresiva irrupción de Carmen terminó con el debate y el grupo se disolvió. Los demás también salieron a bailar, estaba sonando *El Bodeguero* con La Orquesta Aragón.

En una oportunidad en que Ramón se alejó hacia la cocina, Aurora, que no encontraba el momento para cuchichear a solas con Carmen, la tomó por el brazo, y con mucha astucia la llevó hasta un rincón y allí comenzó su interrogatorio.

—Camaradita, yo sigo insistiendo en que a usted le gusta Ramón, no me lo niegue. Desde hace tiempo yo los vengo observando y esta noche lo confirmo, no han pelado una sola pieza. Así es que no me lo niegue.

Aurora y Carmen estudiaron juntas la primaria y desde entonces las une una sólida y fraternal amistad. Los padres de ambas también mantuvieron un sincero aprecio hasta que divergencias políticas los distanciaron: el padre de Carmen, ingeniero con alto cargo en el recién creado ministerio de Minas e Hidrocarburos, se comprometió a fondo con la política energética adelantada por la dictadura y rompió con todo su pasado ligado a los movimientos de izquierda desde su época de estudiante en la Universidad Central. A pesar de las diferencias entre sus progenitores, las muchachas mantuvieron el vínculo afectivo, que se consolidó al ingresar ambas a la Juventud Comunista.

—No chica, estás equivocada. Ramón, además de un querido camarada es mi gran amigo, como tú bien lo sabes, —contestó casi gritando, pues la música les dificultaba la comunicación. Y soltando una estruendosa carcajada, agregó: —Nada de eso, lo que ocurre es que lo estoy enseñando a bailar el ritmo de moda, el maaaaaambo. Aunque te diré algo, aquí entre nosotras, yo tampoco lo bailo muy bien.

En ese preciso instante, Ramón se les acercó. Las dos automáticamente enmudecieron. Y como si el *discjockey* las estuviera escuchan-

do, enseguida se oyó un estrepitoso *Uno...dos...tres... maaaaambo*. La orquesta de Pérez Prado de nuevo comienza a sonar. Ramón, sin perder un segundo, asió a Carmen por la cintura y la condujo hacia el centro de la pista. Aurora y Nelson los imitaron.

Manuelita, jovial como siempre, siguiendo la iniciativa de Carmen, invitó a Segundo a unirse a las parejas de bailarines que a esa hora llenaban todos los espacios de la sala. Éste se excusó, argumentando no saber bailar, a lo que Manuelita no hizo caso y tomándolo por la mano lo haló hacia el centro de la pista.

Segundo estaba muy pendiente de Alí, pues se dio cuenta de sus incursiones a la cocina, de donde entraba y salía con demasiada frecuencia y, desde allí, pasaba al patio posterior a reunirse con un grupo numeroso de muchachos que entre gritos y sonoras risotadas mantenían una amena tertulia. Cuando lo ve regresar a la sala, lo aborda y encarándolo le dice:

—Oye, *Flaco*, te veo muy animado, cada ratico entras pa' la cocina como río en conuco, debes estar gozando una bola.

—Una y parte de la otra *Aragüita*, —así es como Alí llama a Segundo— y más ahorita que el Cervecería acaba de meterle cuatro carreras *pu'el buche* al Venezuela en el séptimo *inning*, y puso la pizarra seis a uno. Mira *Aragüita*, este campeonato es *pan comío pa'l* Cervecería.

—Lo que pasa es que ese equipo Venezuela no quiere servir *pa' ná*. No gana uno, menos mal que el Magallanes está peleando la punta. —Le respondió Segundo rápidamente y, dándose cuenta de que Alí quería desviar la conversación hacia el beisbol, le dijo:

—Mire, camarita, no me cambie el tema. Yo lo noto muy alegre y me huele que usted está prendío. El tufito que le sale es de puro ron —le recriminó.

Alí, que no estaba preparado para ese ataque, tartamudeó unas palabras incoherentes en su intento de defenderse:

—No, no... *Aragüita*, lo que —Inseguridad que aprovechó Segundo para prevenirlo.

—Y otra cosa *Flaco*, como te veo muy entusiasmado con la hermanita de Margarita, te pido que recuerdes lo que siempre hablamos en el Comité sobre el respeto y protección que debemos tener con nuestras camaradas. Yo te conozco bien camarita, mucho cuidado con esa muchachita, recuerda que es hermana de una camarada y además...

No pudo completar la idea, esta vez fue Alí quien le cortó la inspiración:

—No te preocupes por eso caballo, tú eres como mi hermano mayor y sabes cómo pienso. Eso sí, te voy a decir la verdad, Laurita está demasiado buena, me gusta esa *pava*, me vuelve loco y estoy *echándole los perros*, —y tratando de mostrar cara de responsable, agregó,— Eso sí, con mucho respeto, pero no sólo porque es la hermanita de una camarada. Tú tranquilo caballito, todo bajo control.

Y haciendo más jovial el tono de la voz, siguió:

—Oye *Aragüita*, ¿y tú por qué no aprovechas y te echas un *lan-gañazo* antes de que se acabe? Allá adentro hay una olla con una *guarapita* que está divina. —Sin aguardar respuesta, se dirigió hacia Laurita y la sacó a bailar.

Del grupo de jóvenes del CB-5, Alí es el de extracción más humilde. A pesar de su escasa edad, trabaja como obrero en la fábrica de chocolates de El Valle, que funciona en un moderno edificio cerca de la entrada del barrio Zamora, muy cerca del rancho donde vive. Él tiene una vieja y sólida amistad con Segundo, con quien estudió primaria en la escuela Delgado Palacios en El Valle y fue quien patrocinó su ingreso a la Juventud Comunista. Es un joven alegre, muy despierto, con mucho desenfado y de conversación amena, rica en expresiones populares e irreverentes y, además, hace frecuente utilización del refranero popular. Segundo, conociéndolo bien, le preocupa su desenvolvimiento en un medio poco conocido por él, y procura que su desempeño se ajuste a las estrictas normas morales de la Juventud Comunista.

Los padres de Alí, campesinos de los Valles de Aragua, llegaron a Caracas a raíz del derrocamiento de Medina Angarita en el año 1945. Vinieron huyendo del hambre, como miles de sus compatrio-

tas de los campos venezolanos, con la esperanza de encontrar un camino hacia una vida menos llena de privaciones. Construyeron su rancho y aún conservan algo del sueño de un buen vivir.

Faltando pocos minutos para la una de la madrugada, cuando la fiesta está en pleno apogeo, Aurora alerta a su pareja:

—Lo lamento Nelson, esto está bien sabroso —dijo haciendo una pequeña mueca con la boca, como insinuando un qué le vamos a hacer—, la estamos pasando muy bien, pero después de esta pieza debemos irnos, tal como te informé antes. Le prometí a mamá regresar antes de la una.

Al terminar la melodía se despidieron, salieron y caminaron una cuadra en silencio, iban juntos y agarrados de la mano. De pronto, ella se decidió a abordar el asunto que desde hacía rato bullía en su mente. Se detuvo y, mirándolo fijamente a la cara, se explayó:

—Bueno, Nelson, has conocido a mis camaradas, no sólo a los de mi Comité. Te habrás dado cuenta de la amistad, la camaradería y la fraternidad existente entre nosotros. Somos jóvenes iguales a ti, a todos los demás, y tenemos más o menos los mismos gustos, los mismos intereses: la música, el baile, las fiestas, el deporte. La diferencia está en que nosotros formamos parte de una organización clandestina, resuelta al combate no sólo por cambiar la realidad inmediata, es decir, combatir a esta dictadura militar y por la implantación de un gobierno democrático y nacionalista en nuestro país, sino que al mismo tiempo tenemos un proyecto a más largo plazo y más universal, luchamos por un mundo más igualitario, más humano, por un mundo mejor.

Hizo una pausa y tomando un nuevo aire retomó su discurso:

—Bien, ya tienes una idea de cómo somos y lo que aspiramos. Quería que conocieras a los demás camaradas antes de tomar una decisión que te involucre con nosotros. Pero no hay prisa, tómate todo el tiempo que necesites.

Mientras su compañera hablaba, Nelson estaba complacido y muy atento, admirando el entusiasmo y lucidez con que Aurora exponía

sus convicciones. Después de esa apasionada arenga ya no tuvo dudas, ingresaría a la Juventud Comunista.

Cuando Aurora terminó su discurso ya habían llegado a su casa, y frente a la puerta se miraron fijamente a los ojos durante varios segundos. Nelson, quien había permanecido en silencio durante todo el recorrido, y estimulado por el cálido clima afectivo que se había creado, en un repentino arranque de audacia le rodeó la cintura con el brazo derecho, la atrajo hacia él y le dio un intenso beso en la boca. La Juventud Comunista de El Valle sumó esa noche un nuevo militante y una nueva pareja de enamorados.

*

La pareja, tal como ella le prometiera a sus compañeros del CB-5 durante la fiesta de la noche anterior, llegó a las puertas del teatro Municipal el domingo, cerca de las diez y media de la mañana. Aurora al observar la cara de admiración que mostraba su compañero ante la majestuosidad de la edificación, lo tomó de la mano y le dijo:

—Nelson esta belleza que tienes al frente, el teatro Municipal de Caracas, fue inaugurado el primero de enero de 1881 con el nombre de teatro Guzmán Blanco, y el día que abrió sus puertas fue presentada la opera de Giuseppe Verdi *Il Trovatore*. Estos datos que te estoy repitiendo de memoria los leí en una hojita que repartieron en una de las tantas veces que he venido acá. El presidente Guzmán Blanco, como sabes, haciendo gala de su espíritu afrancesado quiso que Caracas también tuviera su teatro de la ópera. Esta parte donde estamos es el vestíbulo, donde acostumbran reunirse los asistentes a la función para celebrar o comentar la obra.

Mientras tanto, Nelson se mantuvo muy callado y atento a la explicación de Aurora, al final sentenció:

—Esto es como un templo griego, de esos que vemos en las páginas de los libros de historia del arte.

Luego de transcurridos varios minutos de espera y faltando poco para que comenzara la función, la joven afirmó:

—Aún conservo una mínima esperanza de que alguno de los camaradas se anime y se aparezca hoy, aunque sé que es bastante difícil. Yo los he invitado casi todos los domingos que vengo.

Nelson, intrigado, le pregunta:

— ¿Y tú vienes sola a los conciertos?

Aurora, interpretando la pregunta como la manera en que su compañero trataba de averiguar si anteriormente ella venía a los conciertos en compañía de algún otro enamorado, rápidamente le responde que muchas veces ha venido sola, pero la mayoría la acompaña su papá o su hermanito, a quien no le gusta la música clásica y no pocas veces se duerme.

Ahora están muy juntos y de manos agarradas, recostados a una de las balaustradas laterales, en la plazoleta que sirve de antesala a las tres puertas principales del teatro, y Aurora se arriesga a proponerle, sin tener la mínima esperanza de una respuesta positiva:

—Nelson, abrigo la ilusión de que este concierto te cautive y en el futuro te animes a estudiar música y así podamos estar juntos mucho más tiempo.

Sin vacilación, Nelson responde.

—No, no te hagas ilusiones. No tengo ni una pizca de oído musical. Mira, no se tocar ni las maracas. —Y devolviéndole la pelota, le dice:— Y tú, ¿cuál es el instrumento de tu preferencia?

—Te aclaro: en la escuela de música, antes de uno tocar un instrumento debe estudiar varios años de teoría y solfeo. Después es cuando nos enseñan las técnicas del instrumento seleccionado.

—Y tú, ¿cuál seleccionaste?

Aurora, animándose bastante por el interés despertado en Nelson, le responde complacida. —El violín. Mi papá lo toca y desde que yo era pequeña me enseñó algunas técnicas, pero nunca le he dedicado mucho tiempo y apenas si saco algunos vales.

—A propósito de instrumentos, recuerdo que cuando estudiaba primaria, —contó Nelson, sonriente— el cura párroco del pueblo

era el profesor de religión. No te olvides de que vengo de un colegio católico. Pero ese sacerdote la mitad del tiempo lo utilizaba para hablarnos de música, era un verdadero fanático. Un día se presentó al salón con un *picó* y unos discos, y dijo que nos iba a enseñar a distinguir los instrumentos de una orquesta. Efectivamente, hablaba del instrumento y enseguida nos hacía oír su sonido con ayuda del *picó*. Al parecer a él le gustaba mucho el sonido de uno que llaman fogot o fagot, y repetía su sonido una y otra vez. Después de esa clase, los mamadores de gallo del salón lo llamaban *El Cura Foo* y decían esta última palabra imitando el sonido de ese instrumento.

—Pobrecito ese cura, —replicó Aurora riéndose— y tan buenas sus intenciones, no merecía esa bur....

En ese instante fue interrumpida por la voz de Alí, quien gritó desde abajo:

—¡Epa camaradas! Aquí estamos.

De esta manera, los esfuerzos de Aurora por conquistar nuevos adeptos a la música clásica se vieron coronados: allí estaban a las puertas del teatro Municipal, Carmen, Ramón, Alí y Segundo, quienes subían entre risas y bromas los escasos escalones que conducen al vestíbulo.

—Presentes camarada comandanta, cumpliendo la orden recibida anoche. —dijo Carmen con su enorme sonrisa, mirándola a los ojos y saludando al estilo militar.

—Búrlense, pero seguro todos me lo van a agradecer, porque hoy van a tener el privilegio de oír la obra musical más sublime de todos los tiempos: la Séptima sinfonía de Beethoven, ejecutada por nuestra Orquesta Sinfónica Venezuela.

Aurora es fanática de Beethoven y tiene tres años cursando música en la escuela José Ángel Lamas.

—Por mi parte, les aclaro que es la primera vez que voy a entrar en un teatro. Lo más alto que he llegado es al cine Roxi en El Valle. Tienen que explicarme cómo es la cosa aquí y, les confieso, viendo tanta gente elegantemente trajeada me siento como *cucaracha en baile*

é gallina —expresó Alí con su característica espontaneidad y buen humor. Todos rieron.

—Entremos ya, se pueden agotar los asientos. —Alertó Aurora, al momento de agarrar a Nelson de la mano para franquear la entrada.

Capítulo VII

RECOGIENDO FIRMAS POR UN MUNDO DONDE REINE LA PAZ

Son las nueve de la mañana de un domingo luminoso. La muchachada jovial, juguetona, se prepara para iniciar la tarea dominical planificada por la Comisión Ejecutiva Local: recolección de firmas por la paz del mundo. Minutos antes de comenzar, Aurora, siempre inquieta, se acerca a Carmen, la toma del brazo y apartándola un poco del grupo, intenta disimular su verdadero interés, comentándole primero cuánto lamenta no poder asistir al concierto en el teatro Municipal de ese domingo.

—Pero eso sí, —y en ese momento la expresión de su rostro cambia, le dice sonriendo con bastante picardía— me reuniré con Nelson en Los Caobos en horas de la tarde, después de finalizar esta jornada. Si quieres ir con nosotros, —se lanzó decidida— invita a Ramón y a los demás camaradas y nos vemos allá entre tres y cuatro.

El grupo se ha concentrado en una pequeña explanada, al pie del cerro, justo donde están los accesos a los múltiples vericuetos, senderos y trochas donde los más pobres han construido sus casuchas. Ahí están todos los miembros del Comité de Base No 5 (CB-5) de la Juventud Comunista de El Valle, con la excepción de Antonio, prestos a dar inicio a una nueva batida de recolección de firmas por la paz del mundo. En el sitio hay dos escalinatas toscamente labradas sobre la propia tierra, a poca distancia una de la otra; son las dos vías por medio de las cuales se puede ascender hacia la parte más alta del

barrio Zamora. En ese sitio los jóvenes van a comenzar la acción y, para ello, se han dividido en dos equipos: uno integrado por Marisabel, Carmen, Manuelita y Ramón, y el otro por Aurora, Ramiro, Segundo y Alí. Antonio, *El Pintor*, previamente le informó a Ramiro la imposibilidad de estar presente en la jornada, y le pidió que lo excusara con sus compañeros.

Afortunadamente para los brigadistas, el clima ha mejorado y el sol calienta desde ayer por la tarde con máxima intensidad. Las fuertes lluvias de los días anteriores cesaron y los rudimentarios escalones, por fortuna, están un poco más oreados. Aún así, sin barro subir esa resbaladiza pendiente es una tarea dificultosa, especialmente para quienes están acostumbrados a caminar sólo sobre pisos pavimentados.

El movimiento por la paz en el mundo está encabezado por el Consejo Mundial de la Paz, una organización internacional fundada por intelectuales de izquierda e influida determinantemente por el Partido Comunista de la Unión Soviética. El Consejo está hoy presidido por el científico francés Jean Frédéric Joliot-Curie, premio Nobel de Química en 1935, y en cuyo comité directivo hay renombrados hombres de letras y científicos representantes de más de 100 países. El movimiento responde a la política frentista adelantada por los partidos comunistas y progresistas después del fin de la Segunda Guerra Mundial, y tiene como principal objetivo tratar de frenar la política guerrerista adelantada por los Estados Unidos y algunos de sus socios europeos. En Venezuela, en los dos últimos años, este movimiento ha recibido un fuerte impulso por parte de intelectuales progresistas y del Partido y la Juventud Comunistas, cuyos militantes realizan periódicas campañas de recolección de firmas. El Comité Venezolano en Favor de la Paz Mundial está presidido por el joven poeta Carlos Augusto León. Dentro de esa orientación general de lucha contra las tendencias belicistas que afloran en el mundo, se inscribe la tarea que hoy realizan los militantes del CB-5.

En uno de los primeros ranchos en donde intentaron obtener firmas, a los integrantes del equipo 1 los recibió una mujer trigueña, muy flaca y pobremente vestida. Al abrir la destartalada puerta, dos de sus tres pequeños hijos, macilentos y desnudos, se colgaron de su falda. La tercera, la mayor en edad, de unos ocho o nueve años, se apoyó del marco de la puerta y silenciosa miró, un tanto atemorizada, con sus ojos vidriosos, a ese grupo de extrañas personas bien vestidas que hablaba con su madre. Marisabel, siempre pendiente del drama social, no perdió la oportunidad de echar una escrutadora mirada el mísero y único ambiente del rancho, y al lamentable estado de flacura de los niños, percatándose de inmediato del color cetrino de sus rostros y lo abultado de sus barriguitas.

—Sin duda, —pensó para sí— tienen parásitos.

Se agachó cuidadosamente, en un intento de hablar con la niña y procurando no aumentar sus temores. Sin embargo, no obtuvo respuesta a sus cortas e insistentes preguntas. Mientras tanto, Carmen se dedicaba a la engorrosa tarea de explicar el motivo de aquella sorpresiva irrupción. Después de comprender a medias el confuso discurso, la pobre mujer, avergonzada, confesó no saber firmar.

Marisabel, percibiendo la embarazosa situación en que todos se encontraban, y tratando de propiciar un ambiente más relajado, irrumpió con una extraña pregunta.

—Dígame, señora, ¿a la niña le duele la barriga?

La mujer con un gesto de la cara expresó su sorpresa por el cambio de tema. Sin embargo, reponiéndose, respondió:

—Sí... le dan unos retorcijones que la hacen llorar.

—Con seguridad esas son las lombrices. Si Ud. me lo permite, le puedo traer un remedio muy efectivo que la va a curar.

Carmen, viendo la indecisión de la mujer, quien desconcertada permanecía callada, se atrevió a mentir:

—Señora, confíe en ella... es doctora.

Aún después de la aclaratoria, la madre miró de arriba a bajo a Marisabel y desconfiada mantuvo su mutismo.

Marisabel, comprendiendo lo absurdo de la situación creada, consideró oportuno no entrar en aclaratorias a la ocurrencia de Carmen y, tratando de finiquitar el asunto, dijo:

—Está bien señora, yo vivo cerca de acá y pasaré uno de estos días a traerle el remedio y usted después decide si se lo da.

Luego de que se retiraron del rancho, Marisabel recriminó a Carmen por haberle mentido a la pobre mujer. Y para sus adentros reforzó su convicción de estudiar medicina para ayudar a las familias marginadas a aliviar sus padecimientos, pensando especialmente en los niños. Mientras en su cerebro se procesaban esas nobles ideas, sendas lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas, que le fue imposible ocultar a los demás. Al secárselas con el dorso de las manos, dijo con voz casi imperceptible y sin dirigirse a ninguno de sus camaradas en particular:

—Ésta es una de nuestras tragedias. Estos pequeños sufriendo por la falta de una medicina que a lo sumo costará dos bolívares. Para remediar esta situación vale la pena luchar, ese es el auténtico motivo de mi militancia revolucionaria.

Después de tres horas sin mayores éxitos, los dos grupos se reunieron en la entrada, para hacer el chequeo de la actividad. El balance cuantitativo fue desastroso: luego de un intenso trabajo, el equipo 1 recogió siete firmas y el 2 apenas cuatro. Pero por otro lado, la experiencia fue realmente enriquecedora, los jóvenes tuvieron un nuevo contacto con sectores pobres de la parroquia, que les hizo reverdecir la solidaridad que los seres humanos llevan en su interior en mayor o menor grado.

Carmen, siempre de buen humor, no dejó pasar la ocasión para registrar otro elemento positivo:

—Nuestro grupo no tiene motivos para quejarse, además de firmas por la paz Marisabel realizó su primera consulta médica gratuita. — Al momento que Marisabel le lanzaba una mirada recriminatoria.

—A propósito de consultas médicas, Marisabel —recordó Ramiro—, el Dr. Galicia me pidió te hiciera llegar una invitación. Puedes

visitarlo en su consultorio de Longaray cualquier día de la semana de tres a cinco de la tarde.

Ramón, siempre crítico e impulsivo, insistió en el balance negativo de la actividad, expresando su total desacuerdo con Carmen. Según él, era una pérdida de tiempo. Por su parte Marisabel, siempre moderada, señaló que a pesar de ser pocas las firmas recogidas, se debía tomar en cuenta el hecho positivo de haber abierto una comunicación con los pobladores de esas barriadas, e insistió en la enorme importancia política de la actividad. Ramiro recordó que ese no era ni el momento, pues todos estaban cansados y hambrientos, ni el lugar para debatir el asunto, y les propuso discutirlo en la próxima reunión del Comité. Todos estuvieron de acuerdo e iniciaron el retorno a la otra ciudad, la de las calles lisas y pavimentadas.

El martes siguiente, cuando Manuel, como era habitual, recogió a Marisabel en la farmacia, donde cumplió su guardia de ese día, ésta le pidió que antes de llegar al hogar la acompañara hasta la parte alta del barrio Zamora, para llevarle la medicina prometida a la señora de los tres niñitos barrigones, asunto del cual ya le había conversado el propio domingo. Llegaron hasta donde el carro podía subir, allí lo estacionaron y a pie ascendieron hasta la humilde vivienda de María Rangel. Así se llamaba la madre.

—Buenas tardes, María, —dijo Marisabel sonriente— aquí estoy como te lo prometí el otro día, con el remedio para tus hijos.

—Buenas tardes, —contestó la mujer visiblemente complacida y sonriendo por primera vez, probablemente sorprendida, al fin alguien le cumplía un ofrecimiento.

—Este envase contiene la medicina, es una suspensión. —Le dijo alargándole el frasco— No tiene ningún peligro. Puedes dársela a los tres, una cucharadita antes de acostarse durante una semana. A los dos o tres días, van a comenzar a botar las lombrices. Ello es bueno por lo que no debes alarmarte.

Al final le hizo una nueva promesa.

—La semana que viene paso por aquí de nuevo, a ver si todo salió bien.

Agradecida, María le respondió:

—Muchas gracias seño... doctora, Dios se lo pague.

—María, dale las gracias a Dios, que es el que vela por todos nosotros. ¡Ah!... Y no soy doctora, por ahora soy estudiante de medicina. Buenas tardes y que Dios los bendiga.

Cuando llegaron a Punta Brava, y al momento de bajarse del carro, Marisabel se detuvo y volviéndose hacia Manuel, con mucha determinación, le dijo:

—Mi amor, esta experiencia con María me ha llenado de recuerdos de nuestra gente de San Miguel y de Las Marías. Tengo tres días con una idea entre ceja y ceja que debo compartir contigo: cuando me reciba de médica quiero proponerte regresar a nuestra tierra, a nuestro pueblo, a estar junto a ellos y así poder ayudarlos con sus problemas de salud. —Y de seguida lo interrogó:— ¿Qué opinas de lo que te estoy proponiendo?

Manuel, conocedor de la pasión con que Marisabel asumía todos los actos de su vida, luego de un silencio de varios segundos buscando las palabras adecuadas, le respondió:

—Esa idea no podemos descartarla. Tú sabes cómo añoro yo mi quebrada, los pájaros, los paisajes y, sobre todo, a la gente tan querida que dejamos allá, pero pienso que todavía es muy temprano para tomar una decisión. A ti todavía te faltan varios años para culminar la carrera, de aquí hasta allá mucha agua habrá pasado debajo del puente. Pero en principio, podemos ir pensando en ello y preparándonos.

—Gracias mi amor, —le dijo Marisabel tratando de comprometerlo más, al momento de estamparle un cálido beso en la mejilla— estaba segura de que ibas a estar de acuerdo conmigo.

Después de esta primera visita *profesional*, como ella la llamó, se realizaron otras a María y a otras familias de la barriada, siempre en compañía de Manuel, quien admiraba y apoyaba esa actitud solidaria de su esposa para con los más pobres.

En la reunión semanal de Comité, tal como se había acordado durante la actividad en el barrio, y como último punto de la agenda,

se abrió la discusión sobre la pertinencia de la recolección de firmas por la paz y fue Ramón, precisamente quien planteó el tema, el que inició el debate con su ya conocida argumentación.

—Sostengo lo que les dije el domingo en barrio Zamora, me parece una pérdida de tiempo eso de pasar horas tratando de hacer entender a la gente algo que no les interesa para nada. Su problema es conseguir trabajo para poder comer.

Y enseguida preguntó:

— ¿Qué le importa a los pobres lo que esté pasando en Europa o en Asia? Por eso algunos firman sin interesarles de qué se trata y la mayoría nos rechaza sin siquiera permitirnos hablar. La Comisión Ejecutiva debe conocer nuestra posición. Ese tiempo debemos utilizarlo, más bien, para realizar acciones en contra de Pérez Jiménez, nuestro verdadero problema ahora, o en todo caso para el estudio de las teorías que sustentan el socialismo.

La mayoría en el fondo estaba de acuerdo con ese argumento, pero todos estaban ansiosos por oír a Marisabel, quien había defendido el otro punto de vista, por lo que todas las miradas convergieron hacia ella.

—Bueno, sus miradas no me dejan otra opción. Reforzaré los argumentos expresados el domingo —afirmó Marisabel comprendiendo que sus compañeros deseaban oírla—. No dejo de reconocer la validez de algunas de las ideas de Ramón, por ejemplo, la indiferencia de la gente sobre problemas lejanos de los cuales no tienen ni idea, y aquel de que antes de preocuparle los padecimientos en otros lugares del mundo, absolutamente desconocidos para ellos, su angustia es la seguridad de un salario para alimentar a su familia. Pero, eso sí, reafirmo mi convicción de que hay que tomar en consideración otros elementos, como la solidaridad internacional, cosa que es importante hacer entender a nuestra gente. Y a mi parecer, lo más relevante es que esta actividad nos permite llegar a la gente humilde, acercarnos a ellos, conocer sus problemas, ganarnos su confianza y llevarles un poco de esperanza de una vida mejor, porque sin esperanza no

hay vida ni tampoco deseos de luchar contra la dictadura; todo está interconectado. En conclusión, creo que podemos y debemos, por disciplina, cumplir con esta tarea llevada a cabo simultáneamente en muchos países pero, al mismo tiempo, aprovecharla para llevarle al pueblo, junto con el mensaje de paz universal, nuestra voz de esperanza para el nacimiento de un país más justo, más solidario, un país donde todos, como iguales, vivamos mejor.

Ante la contundente argumentación de Marisabel todos guardaron un prolongado silencio aprobatorio. Ramiro, inteligentemente, aprovechó para ofrecerle su apoyo y dar por suficientemente debatido el punto.

Ramón, promotor del debate, coincidió, finalmente, con la posición de su compañera y por unanimidad aprobaron las ideas expuestas por Marisabel.

—Antes de retirarnos, —se apresuró a decir Ramiro, al entregarle un pequeño papel a Marisabel— como te lo prometí, ésta es la dirección del Dr. Galicia.

—Gracias, Ramiro. La próxima semana con seguridad iré a visitarlo.

Tal como se lo dijo a Ramiro, Marisabel se dispuso a aceptar la invitación que le hacían los camaradas médicos Eduardo Galicia y Alcides Ramírez para que se incorporara, si ella así lo decidía, al trabajo social que realizaban en las barriadas pobres de El Valle y Los Jardines. A la joven no le faltaban deseos sino tiempo, pero al fin tomó la decisión. Por iniciativa personal, ella ya había comenzado de cierta forma esa actividad visitando niños enfermos en un barrio cerca de Punta Brava. Desde el día de la recolección de firmas por la paz del mundo, realizaba visitas periódicas a ese y otros barrios en compañía de Manuel, ofreciendo ayuda a los padres de niños con enfermedades comunes como parásitos y catarros y, otras veces, orientándolos sobre las formas de acceder a los servicios públicos de salud. Esa labor la realizaba sólo los sábados por la tarde, pero estaba convencida de que podía dar más si encontraba la forma de organizar mejor su tiempo.

Manuel, aunque solidario con ella en su afán de ayudar a los demás, resistía la idea de que dedicara más tiempo a esas labores, desatendiendo, según él, a su pequeño José Manuel. Pero comprensivo, como siempre, al fin convino en ello.

El consultorio no estaba lejos, en la urbanización Longaray, a unas cuatro o cinco cuadras de la plaza Bolívar, en línea recta por la calle Atrás. Marisabel tenía la dirección, Ramiro se la había dado, y ese día jueves decidió ir en las últimas horas de la tarde. El local era el garaje de una modesta casa un tanto descolorida, construida sobre una suave elevación. Avanzó por el descuidado jardín hasta la entrada, cuyas puertas de dos hojas estaban abiertas. Entró sin tocar y se dirigió al único escritorio que había en la pequeña habitación, en donde un hombre de mediana edad estaba concentrado en la lectura de un legajo de papeles.

El reducido espacio, sin otra decoración que una reproducción litográfica a pliego entero de El Libertador enmarcado en una moldura color caoba, contaba por lo demás con escaso mobiliario: además del escritorio, éste estaba constituido por unas cinco sillas de madera adosadas a las paredes y un viejo estante metálico con puertas de vidrio, repleto de lo que parecían ser medicamentos. Había dos puertas pequeñas hacia el interior de la vivienda que permanecían cerradas; en una de ellas se podía leer en una descolorida cartulina: Sanitario. El bombillo que colgaba del techo permanecía encendido, pero no lograba iluminar la habitación que, tal vez por lo avanzado de la hora, estaba un tanto a oscuras.

Marisabel, al traspasar la entrada, se apresuró a saludar con voz clara y firme:

—Buenas tardes... ¿Se encuentra el Dr. Galicia?

El hombre del escritorio se sobresaltó, quitó los ojos de los papeles en los que se encontraba ensimismado y, alzando la mirada hacia la muchacha, respondió con evidente cordialidad:

—El Dr. Galicia no está, pero... si puedo servirte en algo estoy a tu orden.

—Yo soy Marisabel Fernández... —y luciendo su cautivadora sonrisa, continuó— el Dr. Galicia me hizo llegar una invitación para que me acercara a hablar con él... ¿Vendrá esta tarde?

Al oír el nombre de Marisabel el hombre se paró como impulsado por un resorte, sonriente se acercó y le extendió la mano al momento de decirle:

—Marisabel... me da mucho gusto conocerte, hemos recibido tan buenos comentarios sobre ti, pero ninguno se refirió a lo linda que eres...

Al oír a su interlocutor con aquella inesperada galantería, a Marisabel se le agolparon en la mente los recuerdos de todas las veces que soportó a muchos hombres piropearla con las mismas palabras, que en no pocas ocasiones estaban sazonadas con obscenidades. Estas reminiscencias hicieron que de inmediato la expresión de simpatía, que de manera espontánea y constante adornaba su rostro, se transformara en una mueca de disgusto.

El hombre balbuceó unas palabras, intentó continuar con su perorata, pero viendo la cara de desagrado de la muchacha, y pensando que tal vez había cometido un error, cambió el tono de su discurso y pausadamente le dijo, esta vez muy serio:

—Por la expresión de tu rostro entiendo que no te agradó el piro-po. Perdóname... lo que pasa es que soy muy franco... —Se detuvo unos segundos antes de continuar— pero te ruego no lo tomes a mal, Marisabel... No es mi estilo andar por ahí enamorando muchachas y mucho menos camaradas.

Detuvo su discurso unos segundos, y siguió:

— En la Dirección Local del Partido todos sabemos de ti: conocemos tu nombre, tu vida familiar y tus cualidades de militante ejemplar de la Juventud. Por lo que me tomé la libertad de tratarte con tanta familiaridad. Te ofrezco mis disculpas.

Hizo tiempo para tratar de reordenar sus ideas y volviendo a su trato cordial continuó:

—Eduardo... el Dr. Galicia, como puedes ver no está, y por lo

avanzado de la hora creo que ya no vendrá... Yo soy el Dr. Alcides Ramírez, trabajo aquí con él y conozco la razón por la que vienes, lo hemos conversado con Ramirito varias veces y hace días esperábamos por ti.

La joven se sonrojó y, reponiéndose un tanto del desagradable momento inicial, explicó:

—Ramiro me ha hablado mucho de la labor que ustedes realizan y él piensa que yo puedo serles útil en la consulta.

—Sí... efectivamente, esa es la idea. Los tres pensamos que, además de la ayuda que puedes aportar a nuestro trabajo comunal, para ti, que te estás formando como médica y como dirigente político, puede ser una valiosa experiencia.

Hizo una larga pausa a la espera de alguna intervención de la joven, pero como ésta permaneció en silencio, agregó:

—La información básica que puedo darte es que Eduardo y yo nos turnamos de lunes a jueves en las mañanas en una consulta, vamos a llamarla itinerante, en las barriadas de El Valle y Los Jardines. Los viernes en la tarde nos encontramos acá para evaluar el trabajo y atender a algunos pacientes que hemos citado previamente. Las consultas las hacemos prácticamente a domicilio, y al consultorio sólo citamos los casos que ameritan un tratamiento especial o una cirugía, la cual tratamos de resolver a través de los camaradas que trabajan en instituciones públicas de salud. También vienen muchos pacientes a retirar medicinas y eso lo pueden hacer todos los días, en las mañanas durante la semana. Hay un detalle muy importante, por las mañanas trabajan dos camaradas, ellas son las que atienden a los pacientes que concurren al consultorio en busca de medicamentos, hacerse una cura o a inyectarse. Las dos son voluntarias y una de ellas es enfermera.

A Marisabel le intrigó eso de las consultas itinerantes y se aventuró a preguntar:

—De su explicación deduzco que ustedes realizan visitas a domicilio, ¿o acaso tienen espacios para la consulta en los barrios?

—Se combinan las dos modalidades. Al principio fuimos en busca de los enfermos, pero con el tiempo las propias comunidades se organizan —al referirse a este tema el médico se reanima— y proporcionan espacios, siempre muy precarios, para realizar las consultas. Generalmente prestan sus casas con ese fin. Pero cuando abordamos una comunidad, las primeras veces es casa por casa. En ocasiones, nos trasladamos a donde está un enfermo que no puede caminar. Por supuesto, como comprenderás, tratamos las patologías más comunes, de fácil diagnóstico, pero cuando encontramos enfermos que ameritan exámenes especiales para su diagnóstico, generalmente los referimos a camaradas que tienen guardias en hospitales públicos, como el hospital Periférico de Coche, el hospital de Niños y otros. Te confieso, Marisabel, que es una tarea ardua, pero placentera. Ya lo verás.

—Ya Ramiro me ha hablado mucho de esta encomiable labor que ustedes realizan y seguramente él, cuando se gradúe, hará lo mismo. Tomó un breve descanso y prosiguió:

—Como tal vez usted sepa, estoy terminando el cuarto año de la carrera y a pesar de mis obligaciones hogareñas, —en este momento le volvió la sonrisa al rostro— tengo esposo y un pequeñín. Siento la necesidad de ayudar un poco a gente pobre que tanto lo necesita, así que cuenten conmigo, aunque sea con unas pocas horas a la semana.

—Eduardo y yo hemos conversado sobre eso y creemos que podrías incorporarte un día algunas horas en la mañana.

—Me parece bien, hablaré con mi esposo para decidir el día, y después se lo comunicaré.

La semana siguiente Marisabel comenzó a acompañar un día a la semana a los dos médicos en los recorridos diarios que estos hacían en las barriadas pobres de la parroquia.

Atendiendo la invitación que les hiciera Aurora, tanto Ramón como Carmen abordaron el autobús de la ruta Silencio-Petare y se bajaron cerca del museo de Bellas Artes, donde quedaron en encontrarse con ellos a las tres y media y ya eran casi las cuatro. Al acercarse, a la distancia, divisaron a la pareja sentada en los bordes de la fuente central de la plaza de los Museos.

—Hola, tarde pero llegamos —dice Ramón a manera de excusa.

—¿Esperaron mucho? —pregunta Carmen con cara de preocupación.

—Tranquilos... aquí estamos felices en medio de este ambiente de paz y armonía —afirmó Aurora y, en seguida, les preguntó:— Ustedes ya conocen a Nelson,... ¿verdad? ¿Lo recuerdan?

—Sí, claro. Estuvimos juntos en el cumpleaños de Margarita. —respondió Ramón, saludando con la mano al aludido.

—Y al día siguiente en el concierto en el Municipal. —Agregó Carmen rápidamente con su amplia sonrisa, acercando su mejilla a Nelson.

—Bueno, les tenemos una propuesta... ¿Qué les parece si antes de bajar al parque, entramos al museo y le echamos una rápida ojeada a esos enormes cuadros de los pintores clásicos venezolanos? Pero eso sí, tendríamos que darnos prisa, —afirmó Aurora— porque estamos cerca de la hora del cierre.

Las dos parejas abandonaron la plazoleta y avanzaron hacia las altas columnas del pórtico de la entrada al sobrio y hermoso edificio.

—Antes de seguir adelante quiero hacerles una confesión: nunca he visitado un museo, y me avergüenzo por ello, así que considérenme un ignorante en cuestiones de arte. —confesó Ramón, deteniendo su avance.

—Somos dos los analfabetas. —Afirmó Nelson riéndose—. Recuerden: yo soy un veguero que está comenzando a conocer la civilización.

Todos rieron la ocurrencia de *El Llanerito* al momento de subir los cuatro escalones y franquear las columnas neoclásicas de la edificación.

El museo de Bellas Artes está situado en la entrada oeste del parque Los Caobos. Junto con el museo de Ciencias Naturales y la pequeña plaza de los Museos, forma un bello conjunto arquitectónico diseñado por el maestro Carlos Raúl Villanueva e inaugurado en 1938. Las dos edificaciones de estilo neoclásico están unidas por una austera plaza circular con su fuente central.

Las dos parejas de jóvenes, en atención a lo avanzado de la hora, fueron advertidas por el portero, al entrar al museo, sobre el poco tiempo que tenían. Por ello, apenas pudieron dar una breve ojeada por algunas de las salas que exhiben permanentemente las obras fundamentales de los grandes maestros de la pintura venezolana: Tovar y Tovar, Michelena, Rojas, Salas y Reverón, entre otros.

Todos se mantuvieron en absoluto silencio, impresionados con aquellos enormes lienzos. Aurora, inquieta, no resiste más y disimuladamente hace una seña a Carmen y las dos se alejan muy despacio hasta un rincón de la galería y mientras simulan contemplar el óleo *La joven madre* de Michelena, Aurora le dice sin quitar la vista de la obra:

—Amiga me muero por contarte un chisme. Se trata de aquellos camaraditas que vimos en la fiesta de Margarita: Mariela y Richard... ¿Los recuerdas?

—¡Claro que los recuerdo! Andaban muy acaramelados.

—Pues, precisamente de eso se trata. Todos conocemos de esos amoríos que llevan bastante tiempo, pero resulta que Richard, el muy zángano, le estaba jugando sucio a Mariela y tenía un *jujú* con otra compañera del mismo Comité, según dice mi informante, una mosquita muerta. No la conocemos porque es nueva en la Juventud. Ellos tenían varios meses en ese plan, pero de repente se descubrió, ella ya no pudo ocultar su barriguita y los dos tuvieron que contarlo todo. Ya fueron suspendidos de toda militancia. Lo malo es que a la

pobre Mariela el asunto la está afectando mucho, dicen que está muy deprimida. Pobrecita.

Carmen, quien se había mantenido en silencio, de repente estalló:

—¿Pero cómo supiste esa historia?

Aurora no tuvo tiempo de responder, pues en ese momento Ramón les inquiría:

—¡Epa, camaradas! Dejen el cuchicheo e incorpórense con nosotros.

Casi enseguida un empleado del museo se les acercó y muy cordialmente los alertó.

—Jóvenes, dentro de cinco minutos tienen que abandonar la sala. Recuerden que el museo cierra sus puertas a las cinco.

Los cuatro se dirigieron a la salida, encaminando luego sus pasos hacia el parque Los Caobos. Ramón, quien se había mantenido muy discreto durante todo el recorrido, al dejar la plazoleta exteriorizó sus impresiones:

—Nuevamente debemos agradecerle a Aurora por habernos invitado. Estoy muy contento de haber venido a este sitio, nunca imaginé lo enorme que son esos cuadros que tantas veces hemos visto en los libros y en almanaques y, además, lo impresionantes que son. Yo me sentía como un enano en un enorme templo. Y les digo más, estoy dispuesto a repetir la visita las veces que me inviten. Eso sí con más tiempo.

Aurora, se sintió feliz al oír a su camarada y dijo, con expresión de júbilo incontenido: —¡Qué bueno! Y yo te acompaño todas las veces que vengas Ramón. Bueno... estoy segura de que todos te acompañaremos. Y te digo algo más, camarada, esa misma sensación de pequeñez sentida por ti ante la majestuosidad de esas obras, creo la sentimos todos. Pienso que eso es producto de la grandeza del arte, ya sea la pintura, la música o cualquiera otra de las grandes creaciones artísticas del hombre.

—Al igual que Ramón, a mí me asombraron esas pinturas, —dijo Nelson con mucha vehemencia— a uno no le queda más remedio

que sentirse muy pequeño ante la majestuosidad y el realismo de esos cuadros.

Carmen, no aguantó más y al final explotó.

—¡Propongo que volvamos el próximo sábado!

Todos convinieron en ello.

Capítulo VIII

MARISABEL Y MANUEL EN VIAJE RELÁMPAGO VISITAN SAN MIGUEL

—Hola Marisabel, qué bueno verte, esta mañana te estuve buscando, —le dijo Ramiro visiblemente contento al momento de saludarla con un beso en la mejilla.— Pregunté por ti a tus compañeros de curso, tengo algo muy interesante que comentarte.

—Hola Ramiro, justamente te estoy buscando porque me avisó un compañero. —Contestó la muchacha un tanto alarmada, y seguidamente preguntó:

—¿Qué está pasando?

—Nada malo, más bien algo positivo —se apresuró a añadir Ramiro—. Se trata de lo siguiente: hace dos días me encontré con un amigo de tu pueblo y me propuso que lo acompañara a San Miguel, donde hay un grupo de muchachos, incluyéndolo a él, que quieren fundar la Juventud Comunista allá. Inmediatamente pensé que lo más apropiado sería que fueras tú. Seguramente la mayoría de esos jóvenes son tus amigos o al menos te conocen. Piénsalo y discútelo con tu esposo y si se ponen de acuerdo, posteriormente yo haría la consulta a la Dirección Nacional, que tendría la última palabra.

La muchacha gratamente sorprendida con la propuesta se quedó en silencio por varios segundos y, reaccionando, respondió:

—Me agarras desprevenida, qué más quisiera yo que volver a mi querido pueblito. —Por breves instantes se quedó muda y, reponiéndose, respondió:— Déjame pensarlo y por supuesto hablarlo con

Manuel. Pero, claro, habría muchos otros detalles que tendríamos que conversar.

—No solamente detalles sino que yo tendría que plantear el asunto en la Dirección Nacional. Pero estoy casi seguro de que ellos darán el visto bueno.

A Marisabel le entusiasmó la idea de ir a su pueblo natal y reencontrarse con sus compañeros del liceo y con toda su gente. Pero antes de abrigar falsas esperanzas, prefirió hablar primero con su esposo y tomar una decisión junto a él. Estaba segura de que a Manuel no le disgustaría la propuesta. Varias veces en los últimos meses la había invitado a visitar el pueblo natal de ambos pero, seguramente, no le agradaría el contenido político del viaje.

Al anochecer, cuando Manuel regresó del trabajo, apenas lo dejó echarse en la cama y con la alegría reflejada en el brillo de sus ojos claros, de sopetón le dijo:

—Mi amor te tengo una buena noticia: me hicieron una invitación para ir a San Miguel.

—¡Invitación! ¿De quién?

—Más que una invitación es una propuesta: la Dirección Nacional recibió una solicitud de un grupo de jóvenes de San Miguel para que los asesoren en la creación de un núcleo de la JC y Ramiro, que sabe que somos de allá, me propuso y todos aceptaron. Yo les respondí que tenía que consultarlo contigo. —Hizo una breve pausa, y continuó— Si nos ponemos de acuerdo nos vamos un fin de semana, visitamos a nuestra gente y yo cumplo con una misión política bien importante.

—No me parece mal la propuesta. Recuerda que esa oferta te la he hecho muchas veces y tú te has negado. Lo único que no me gusta es el carácter político de esa visita. Recuerda la complicada situación que vivimos en estos días,. De todas maneras, déjame pensarlo y lo volvemos a conversar mañana. Esta tarde estoy sumamente cansado, el dueño del taller le saca la chicha a uno. Esta tarde no he descansado ni un sólo minuto. ¿Estás de acuerdo?

El viaje a San Miguel era un pensamiento constante en la pareja.

Ambos querían ir al pueblo, visitar a los familiares y amigos, pero sobre todo romper la barrera de los sucesos ocurridos en la hacienda Las Marías, que se interponía en sus planes para realizar ese anhelado sueño. Marisabel, después del trágico suceso, se había llevado a su madre y a su hermanito a vivir con ella. Sólo le quedaban en el pueblo familiares lejanos, pero tenía, eso sí, muchísimos compañeros de estudios y amigos con quienes deseaba estrechar relaciones de nuevo. Manuel, por su parte, no tenía familiares en el pueblo en sí, y muy pocos conocidos, sin embargo, soñaba con abrazar a su hermano José Luis y explicarle las razones de su intempestiva salida de la hacienda Las Marías esa terrible noche de la violación de Marisabel.

Finalmente, la pareja se puso de acuerdo para hacer el viaje a San Miguel un día sábado y regresar el domingo. Vía telegráfica avisarían a José Luis para invitarlo a reunirse con ellos en el pueblo y solicitarían a los jóvenes de la localidad les reservaran una habitación en el hotel Bolívar.

Marisabel le comunicó a Ramiro la decisión que habían tomado y dos días después éste buscó a su camarada y le informó del visto bueno dado al proyecto por parte de la Dirección Nacional.

—Marisabel, los camaradas de arriba están de acuerdo y te autorizan para que vayas. —Y un tanto apenado, agregó,— El único inconveniente es que en estos momentos no tienen dinero para costearte los gastos... —Iba a continuar dándole explicaciones, pero rápidamente y sonriente la muchacha le interrumpió.

—Tranquilo, no te preocupes Ramiro, ni siquiera llegué a pensar que la JC pudiera pagarme los gastos. Además yo no iré sola y ese viaje lo teníamos en nuestros planes. Recuerda que nacimos allá y tenemos familia y muchísimos afectos en nuestro querido pueblo.

El sábado 9 de junio después de rodar durante casi cinco horas, el río Memo estaba un poco crecido y decidieron esperar la llegada de algún camionero que pudiera ayudarlos a salir del cauce, en caso de que el carro se apagara o se atascara en medio de la corriente. Afortunadamente ello no ocurrió, pero la espera les consumió casi una hora.

Manuel condujo el viejo Chevrolet por las desoladas calles de la población hasta la entrada del hotel, que está situado a unos cien metros de la orilla del río Orituco. Eran las dos y media de la tarde. La puerta estaba abierta, recorrieron el pasillo de entrada y frente al jardín del patio central, Marisabel en voz alta exclamó:

—¡Buenas tardes!

La propietaria del hotel conocía a Marisabel desde pequeña y presta salió a recibirlos con mucha cordialidad.

—Buenas tardes Marisabel, te estábamos esperando. —Y tomándola de la mano la atrajo y la estrechó en sus brazos, estampándole un beso en la mejilla— Muchacha no te veía desde que eras una niña. Qué bella estás, bienvenidos.

—Buenas tardes doña María. —La muchacha estaba conmovida por el caluroso recibimiento— Le presento a mi esposo Manuel.

—Mucho gusto Manuel, no lo conocíamos personalmente, pero hemos recibido muchas referencias tuyas. Por supuesto todas muy buenas.

—Muchas gracias doña María, es un placer conocerla.

—Pero bueno, pasen adelante, les tengo preparada la mejor habitación de esta modesta casa y les repito que es un placer tenerlos entre nosotros. Por supuesto que deben estar hambrientos, enseguida comerán.

—Muchas gracias doña María, pero desayunamos tarde en el camino, así que podemos comer luego.

Ya en la habitación, Manuel alertó a su esposa sobre los pocos minutos que quedaban de la tarde para ir a saludar a su hermano, a quien Manuel le envió un telegrama informándole de la visita que realizarían al pueblo y los deseos que tenían de reunirse con él en San Miguel. Efectivamente, José Luis en conocimiento del viaje se trasladó al pueblo un día antes de la llegada de la pareja.

El encuentro entre Manuel y su hermano José Luis fue muy emotivo. Por primera vez en la vida se dieron un abrazo que duró varios segundos. Con Marisabel el hacendado fue especialmente amistoso, demostrándole una vez más el gran afecto que le tenía.

Después de esos momentos iniciales, se produjo un silencio de varios segundos que fue interrumpido por Manuel quien, con un dejo de tristeza, expresó:

—Nosotros supimos de la muerte de Celestina. Nos produjo mucha pena. Para mí ella fue como una segunda madre, me ayudó a criar desde muy pequeño.

—No puedes imaginarte la tristeza que le produjo la partida de ustedes. Nunca más fue la misma, te nombraba muchas veces al día. Pobrecita sufrió mucho. Y no tomes esto como reproche, ustedes hicieron lo que tenían que hacer y punto.

Manuel nació como resultado de una de las muchas aventuras amorosas del dueño de la hacienda, de Don Ascensión Ramírez, quien preñó a una jovencita hija de uno de los peones de la hacienda. Cuando el niño alcanzó los dos años, su madre se presentó ante la esposa del hacendado y le dijo:

—Doña Elvira, le traigo a este carajito. Su esposo es el papá y yo no tengo cómo criarlo. Y desde ese momento, Manuel vivió bajo la crianza y el amor de dos mujeres: Doña Elvira y Celestina.

Manuel, comprendiendo que la conversación corría el riesgo de desviarse hacia el tema que le producía mucho desasosiego, por lo que a toda costa quería evitarlo, es decir, la huida de la hacienda aquella madrugada inolvidable, se apresuró a cambiar la conversación hacia otro asunto. De repente dijo:

—José Luis, ¿y la hacienda cómo está?

Sorprendido por el cambio de tema y por la pregunta, José Luis tartamudeó.

—Bueno... como seguramente estás enterado, los precios del café no se han recuperado como todos esperábamos con el fin de la Guerra Europea, así que estamos sobreviviendo con muchas dificultades. Y el otro problema es la falta de mano de obra, muchos de los campesinos de las haciendas han emigrado hacia los pueblos y, sobre todo, hacia los campos petroleros. Pero bueno, seguimos en la lucha... hasta que se pueda.

—Efectivamente, estoy un tanto enterado por los comentarios en la prensa. Es una lástima que la explotación petrolera esté acabando con la agricultura, que es la base de la alimentación de todos. Pero te preguntaba más bien por la suerte de Nicasio, de Remigio y de la gente más allegada a la familia. ¿Qué ha sido del viejo Faustino?

—El viejo murió hace dos años. De verdad que su figura y sus locas historias nos han hecho falta. Los demás están como siempre ayudándonos, sobre todo Nicasio; con Remigio ya contamos poco, nos ayuda algo en la oficina, ya está demasiado viejo para hacer esos viajes tan duros a San Miguel.

Durante casi dos horas los tres estuvieron recordando las incidencias de la vida en la hacienda, pero ninguno se atrevió a referirse al tema que flotaba en el ambiente, la violación de Marisabel y la trágica muerte de Miguel Ángel Bertoni.

En las últimas horas de la tarde, Marisabel visitó a los esposos Bertoni, con quienes tenía fuertes lazos de amistad y sobre todo de agradecimiento. Ella no olvidaba la asistencia económica que el comerciante había brindado a su familia después de la muerte de su padre, quien desde muy joven había trabajado en la Casa Bertoni. La reunión fue muy cálida, con muchas muestras de cariño por parte de los esposos Bertoni, pero en ningún momento hicieron alusión a la suerte corrida por el hijo de la pareja. El joven Miguel Ángel Bertoni había muerto en la gallera del pueblo a manos de un esposo humillado por los afanes galantes del joven.

Al día siguiente, muy temprano, una pareja de jóvenes pasaron buscando a Marisabel por el hotel. El sitio donde se reunirían no estaba muy lejos, era una pequeña granja situada en la ribera occidental del río Orituco. El propietario les había dado permiso para reunirse con motivo de un agasajo que querían brindar a unos amigos que venían de Caracas. Alrededor de las nueve y treinta de la mañana, ya se encontraban en el lugar los 11 jóvenes que fundarían una célula de la Juventud Comunista, entre los que había cuatro muchachas, incluyendo a Marisabel.

—Para los que no conozcan a la camarada Tania, —el seudónimo que Marisabel usa— quien ha sido enviada por la Dirección Nacional para coordinar esta reunión fundacional de nuestro comité, les informo que ella nació en San Miguel y después que culminó el bachillerato se mudó a Caracas donde estudia Medicina en la UCV. Ella nos orientará en el aspecto organizativo, nos hará algunas recomendaciones para preservar la seguridad de la organización y, finalmente, nos hará una síntesis del momento político nacional. Tendremos que ser muy breves en nuestras intervenciones ya que ella tiene que regresar hoy mismo a la capital.

De seguidas le dio la palabra a Marisabel.

—Lo primero que quiero decirles —comenzó la muchacha visiblemente emocionada— es que me siento muy complacida de estar aquí reunida con ustedes, jóvenes preocupados por el destino de nuestro país, en mi querido pueblo. —Hizo un silencio prolongado, tratando de organizar sus ideas y prosiguió:— El paso que ustedes están dando al afiliarse a la JC seguramente marcará sus vidas en antes y después. Desde hoy, ustedes formarán parte de una vanguardia organizada, integrada por miles de legionarios que en el orbe luchamos por la transformación social de nuestro mundo, es decir construir una sociedad socialista. Nuestro camino es largo y difícil, pero no estamos solos y el futuro es nuestro.

A continuación Marisabel, en un corto pero sustancioso discurso, les habló de los valores y principios básicos que debe cultivar todo joven comunista. Por instrucciones de la Dirección Nacional, les informó que en la próxima reunión debían elegir una Comisión Ejecutiva Local formada por tres miembros y dividirse en dos Comités de Base. Explicó que dadas las difíciles comunicaciones con la capital del estado Guárico, y sobre todo la debilidad de la organización regional, pasarían a depender, provisionalmente, de la Comisión Ejecutiva Regional de Caracas.

Después de varias intervenciones de los nuevos militantes, sobre todo solicitando precisiones sobre aspectos organizativos, Marisabel

los alentó a la lectura y formación en los fundamentos del marxismo. Finalmente les dijo:

—Para terminar, y como estímulo a la lectura, procedo a entregarles estos dos libros que les envía la Comisión Ejecutiva de la Parroquia El Valle. Se trata de *Principios elementales del Materialismo Histórico*, edición de la Academia de Ciencias Sociales de la URSS, y *Espartaco*, una novela del escritor comunista estadounidense Howard Fast.

Cerca de la una de la tarde, Marisabel y Manuel emprendieron el viaje de retorno a la capital. La muchacha iba embargada por sentimientos contrapuestos: alegre por haberse reencontrado con su gente y haber cumplido fielmente la misión que le encomendaron, y triste por tener que abandonar su querido pueblo. De repente rompió el silencio:

—Manuel, hoy he reafirmado mis intenciones de regresar al pueblo a ejercer después de que me gradúe. ¿Qué opinas tú?

—Eso ya lo hemos hablado muchas veces. Así será, nos vendremos para San Miguel.

Capítulo IX

EL ASESINATO DE DELGADO CHALBAUD

Hoy es lunes 13 de noviembre de 1950 en Caracas. Desde primeras horas de la mañana, esta ciudad está conmocionada con una montaña de rumores. Hacia el mediodía, a las bolas y cuchicheos de la gente en calles y otros espacios públicos, se sumó una extraordinaria movilización de vehículos policiales que circulan a altas velocidades con sus estrepitosas sirenas, contribuyendo a infundir más desasosiego en la ciudadanía. Para colmo, se han visto en calles aledañas a los cuarteles camiones militares repletos de soldados abriéndose paso a punta de cornetazos. Al percibir este inquietante desempeño de los hombres armados, la gente comienza a sentirse amenazada y en las calles van andando de carreritas. El ambiente es de nerviosismo generalizado. Algo está pasando y, de acuerdo al despliegue de uniformados, debe ser de mucha monta. Los rumores se apilonan uno tras otro con el transcurrir de las horas, rumores que en ese ir y venir se nutren desproporcionadamente con la inventiva popular y, además, como producto de la ausencia absoluta de información oficial, o en todo caso de fuentes confiables que brinden una razonable justificación de lo que está acaeciendo. Ese silencio informativo es consecuencia de la férrea censura impuesta a los noticieros de la radio y a los medios impresos por la dictadura militar desde el mismo día del derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos, el 24 noviembre de 1948. Al no existir maneras de conocer lo que de veras está sucediendo, no hay noticias, sólo hay rumores.

Antes del mediodía, el meollo de lo sucedido se filtró a los *mentideros* políticos y se regó como pólvora: el presidente de la Junta Militar de Gobierno Carlos Delgado Chalbaud había sido asesinado en las primeras horas de la mañana de este día. Nada más conocerse de forma oficiosa esa versión, en instantes, se propagó otro runrún que con las horas creció incontenible: Pérez Jiménez lo mandó a matar. Otras explicaciones menos extremas afirman que había fallecido en combate al intentar un autogolpe de Estado abortado por militares fieles a Pérez Jiménez, y la especie aún más insólita: un duelo a muerte. Según esta versión, Delgado Chalbaud le pidió la renuncia a Pérez Jiménez y al éste negarse, como en el viejo oeste norteamericano, se cayeron a tiros y Pérez habría desenvainado primero.

La verdad estaba muy distante de todas esas especulaciones. Lo que se ha sabido en horas tempranas de la tarde, por boca de algunos portavoces del Gobierno, es lo siguiente: un grupo de hombres enviados por el viejo guerrillero Rafael Simón Urbina, conocido combatiente contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, secuestró en horas muy tempranas al Presidente de la Junta Militar de Gobierno cuando salía de su residencia en el Country Club. De inmediato lo condujeron hasta la calle La Cinta de la urbanización Valle Arriba donde, por impericia en el manejo de la ametralladora, a uno de los secuestradores se le escapó una ráfaga, resultando mortalmente herido Delgado Chalbaud, quien falleció a los pocos minutos sin dar tiempo a prestarle asistencia médica. Varios de los implicados en el homicidio, entre ellos Urbina, quien también resultó herido en un pie, están detenidos. Este último fue pasado a la cárcel del Obispo en El Guarataro, y los restantes se encuentran fugitivos. Sin embargo, esta versión de los hechos, aunque revestida de bastante lógica, deja algunas costuras sueltas, lo que ha dado pie para que nuevamente florezca la fecunda imaginación popular, y se construyan sus particulares interpretaciones de los sucesos; bolas, que ya comienzan a rodar. Sin embargo, las múltiples versiones corridas por el pueblo tienen en común una hipótesis: Pérez Jiménez está detrás del asesinato. Según esta visión, sea cual fuere la forma de ejecución

del crimen, el móvil sería eliminar a Delgado Chalbaud del escenario político nacional y, así, dejar expedito el camino a Pérez Jiménez para hacerse del poder como jefe absoluto. Otra versión afirma que entre los que dispararon contra Delgado Chalbaud está el propio Urbina.

Ante la avalancha de informaciones y rumores, la JC de El Valle inició prontamente su movilización. Ramiro buscó a Marisabel en la escuela de Medicina, le ratificó la noticia del asesinato, la alertó para una reunión de urgencia, a realizarse en horas tempranas de la noche y la comisionó para avisar al resto de los integrantes del CB-5.

—Marisabel, se está corriendo la especie de una suspensión de clases, —le informó Ramiro— si ello se confirma, espérame para irnos juntos. Yo tengo que estar en El Valle antes de las cuatro, me convocaron de urgencia, tenemos reunión de la Comisión Ejecutiva Local. Para la reunión de nuestro Comité, ya le consulté a Carmen y podemos encontrarnos en su casa a eso de las siete de esta noche. Ayúdame a convocar a los demás.

El padre de Carmen, un calificado profesional en el área petrolera y funcionario de confianza en el ministerio del ramo, en la actualidad mantiene una conflictiva relación con su hija en razón de sus simpatías políticas. Aun cuando desconoce la adhesión de Carmen a la Juventud Comunista, está al tanto de sus desvelos y actividades en contra de la dictadura militar, que en el fondo es la causa de los agrios y frecuentes enfrentamientos que suelen tener. El padre le reprocha a Carmen por su activismo político, argumentándole sobre la delicada situación en que él se colocaría si los organismos de seguridad del Estado se enteran de las *locuras de su hija*. Sus enemigos políticos dentro del ministerio estarían felices y se aprovecharían para hacerlo detener y acusar de ser un comunista infiltrado, que pretende sabotear las políticas que adelanta la Junta Militar de Gobierno. Le advierte sobre las terribles torturas a que son sometidos los que caen en manos de los cuerpos de seguridad, y sobre la incomunicación y malos tratos que padecen los presos políticos y, peor aún, los que son enviados al campo de concentración de Guasina.

Carmen, con su noble e inquebrantable rebeldía juvenil, rechaza esas argumentaciones y reclama de su progenitor una postura más digna, que lo distancie del apoyo a la dictadura militar. La muchacha, aprovechando la circunstancia de un viaje de su padre al exterior en funciones oficiales, aceptó la propuesta de Ramiro de realizar en su casa, de manera excepcional, la reunión de emergencia del CB-5.

Mientras tanto, en horas de la tarde, en El Silencio, comenzaron a formarse pequeños grupos alrededor de las paradas de los autobuses, tratando de indagar sobre los pormenores del suceso. La policía, nerviosa, comenzó a disolverlos empleando la fuerza, tal como han sido entrenados y como es su forma habitual: a peñillazos y a rolazos. A pesar de la violencia empleada por los cuerpos de seguridad, buena parte de esa gente se resiste a retirarse y ha comenzado a corretear en las calles adyacentes a los bloques, mientras los agentes del orden los persiguen sin lograr su objetivo. Estas espontáneas manifestaciones obligaron al Gobierno a enviar soldados armados con rifles y a establecer una estrecha vigilancia en las paradas de autobuses, a estas horas atiborradas de trabajadores y estudiantes que regresan a sus hogares. Al final de la tarde, ya El Silencio había sido ocupado militarmente.

Minutos antes de las siete de la noche, en cadena de radioemisoras, el ministro de la Defensa ofreció al país la misma versión ya conocida, informando además sobre la calma que, de acuerdo al mensaje, prevalece en todas las guarniciones militares de la nación. El comunicado hace un llamado a la ciudadanía a conservar la tranquilidad, a mantenerse en sus hogares, a no hacer caso de los rumores que circulan y a evitar la formación de grupos de más de tres personas en las calles. Finalmente, el vocero prometió un nuevo mensaje en las próximas horas, donde se dará a conocer la conformación de una nueva Junta Provisional de Gobierno.

Estas noticias fueron oídas por todos los miembros del Comité de Base No 5, quienes estaban a punto de iniciar la reunión convocada de urgencia. Al finalizar la transmisión oficial, Ramiro ofreció un escueto informe preparado por la Comisión Ejecutiva Local una

hora antes, en el cual se confirmaban los hechos y se pronosticaba un endurecimiento de la represión contra los comunistas. La dirección local, ante la gravedad de los hechos y en acatamiento de los lineamientos de la Dirección Nacional, planificó para esa misma noche una *pinta* y al Comité de Base No 5 le fue asignada la calle Atrás de El Valle.

—Las consignas a pintar serán las siguientes: —puntualizó Ramiro— ¡Pérez Jiménez asesino!, ¡Abajo la dictadura! y ¡Elecciones ya!

Por consenso, Ramón fue designado jefe del grupo que realizaría la tarea y Ramiro, al momento de entregarle dos creyones rojos a utilizar, lo alertó:

—Ramón, te repito algo ya sabido por todos, cuida de no pintarte las manos con los creyones, agárralos por el envoltorio. Al finalizar la *pinta*, o ante cualquier peligro inminente, bota los creyones, así estén sin uso. Que quede claro, —continuó ordenando— bajo ninguna circunstancia debe quedar rastro de pintura en tus manos o en tu ropa y mucho menos creyones. No está de más recordarle a todos que no deben llevar encima ningún papel comprometedor, ni direcciones ni teléfonos de camaradas. Alí, Carmen y Segundo serán tus acompañantes. —Siguió diciendo— Ellos sólo ejecutarán labores de vigilancia desde las esquinas. Carmen y Segundo en la parada cercana a la plaza y Alí desde las cuadras de atrás con la linterna. Como de costumbre, la luz intermitente de la linterna es la señal de peligro. Cuando terminen la *pinta* regresen en taxi, no esperen el autobús, —y metiéndose la mano al bolsillo sacó un billete que ofreció a Ramón—. Creo que con estos 10 bolívares será suficiente. Por último, la tarea se iniciará simultáneamente en El Valle, Los Jardines y Coche, a las once y diez de la noche. Ni un minuto antes ni un minuto después. Al finalizar, me reportas sin falta al número telefónico de siempre, recuerda memorizar ese número. Al final, Ramiro y Ramón sincronizaron los relojes.

Antes de disolverse la reunión, Carmen llama a Aurora y las dos se apartan a un rincón del cuarto. Carmen compungida se dirige a su amiga:

—Aurora, camarada, necesito hablar contigo, estoy muy triste.

—¿Qué pasa Carmen? No me asustes.

—No es para tanto, se trata del conflicto que tengo en mi casa. Como bien sabes mi papá es un funcionario del ministerio del Petróleo y en cada oportunidad que tiene me reclama sobre mis posiciones políticas. La última vez fue muy violento, hasta me amenazó diciéndome: *Te voy a enviar a estudiar a Estados Unidos si continuas frecuentando a tus amigos comunistas*. Te aseguro, camarada, que si eso se concretara alguna vez, yo me revelaría contra mi padre. Y ahora resulta que hasta mi mamá, que siempre ha sido muy comprensiva, me amenazó con informarle sobre esta reunión.

—Tranquila Carmen, que eso no va a ocurrir. Esas son amenazas de los padres para meterle miedo a una. Tu madre no te traicionará. Ya verás que dentro de unos días todo estará olvidado.

—Bueno, te cuento esto porque he estado muy preocupada y quería que lo supieras por si algo ocurre y tengo que irme de la casa. Quiero contar contigo.

—Por supuesto amiga, puedes contar conmigo para lo que sea. Recuerda que además de camarada eres mi hermana.

Al concluir la reunión, los cuatro que iban a realizar la *pinta* se pusieron de acuerdo para entrar al Nuevo Cine, cuya función de la noche termina cerca de las once. El título de la película era *Dicen que soy mujeriego*, con Pedro Infante. La función terminó a diez para las once, y al salir se dividieron en dos grupos: Segundo y Alí tomaron en dirección sur, hacia Los Jardines; Aurora y Segundo cruzaron la calle y entraron en la plaza Bolívar, donde había tres parejas de enamorados en los bancos cercanos a la iglesia, el lugar con menos iluminación. Carmen y Segundo se sentaron en silencio en el primer banco desocupado que encontraron. Ella de inmediato se dio cuenta de que su compañero estaba muy nervioso y trató de buscarle conversación, haciéndole preguntas sin relevancia, pero Segundo respondía con frases cortas, con monosílabos, sin poder contener el estado de tensión en que se encontraba. Al acercarse la hora convenida, muy

despacito caminaron la media cuadra que los separaba de la última parada de los autobuses en la calle Atrás, a esas horas desolada. Allí se plantaron muy juntos, simulando ser una pareja de enamorados que esperaba por el colectivo. No pasó mucho tiempo y a lo lejos se vieron las luces rojas intermitentes de una patrulla de la policía, que redujo su velocidad al acercarse a la pareja y, pasando muy lentamente, siguió sin detenerse frente a ellos. Ambos jóvenes sintieron mucho temor pero, eso sí, sin demostrarlo, y se mantuvieron pegaditos. Carmen notó que su compañero estaba temblando, por lo que haciendo de tripas corazón, y sobreponiéndose a sus propios temores, trató de calmarlo diciéndole:

—Tranquilo Segundo, no va a pasar nada... ya se fueron. —Pero intuitiva, y sacando un coraje que a ella misma sorprendió, agregó— Aunque debemos estar prevenidos. Es muy probable que esta patrulla dé la vuelta a la manzana y vuelva a pasar, así es que si regresan, tú quédate tranquilo, muy serenito, nada de nervios, déjame que yo hable con ellos.

La muchacha no se equivocó, no transcurrieron ni tres minutos y de nuevo las luces intermitentes se hicieron visibles en la primera esquina. A medida que la patrulla se acercaba la tensión crecía, sobre todo en Segundo que apenas podía controlarse. El carro policial, que esta vez se acercó muy despacito, se detuvo frente a ellos. El agente que iba de copiloto, mirándolos directamente y de muy mala manera los interrogó:

—¿Qué están haciendo ustedes por aquí a estas horas?

Carmen, que ya tenía la respuesta preparada y con una serenidad que ella misma desconocía, dijo con voz firme y sin titubeos:

—Señor oficial, estamos esperando el autobús. Venimos del Nuevo Cine de ver la película *Dicen que soy mujeriego*, con Pedro Infante. Se la recomiendo es buenísima. —Y haciendo un gran esfuerzo, les sonrió. El policía, sorprendido por lo rápido y preciso de la respuesta, quedó desarmado y no tuvo otra alternativa que afirmar:

—¡Ajá! —y volteando la cara hacia su compañero, le ordenó:— ¡Dale! ¡Arranca!

Aurora y Segundo, ya más tranquilos, no tuvieron que esperar mucho, a los pocos minutos divisaron, a lo lejos, el característico caminar tumbaíto de Ramón, quien venía dos cuadras atrás, en el sentido de la flecha; y un poco más lejos, otra figura humana un tanto difusa por la distancia, que supusieron era la de Alí. Tal como lo habían planificado, los dos venían con una distancia de una cuadra. De pronto la pareja vio a Ramón cruzar la calle ágilmente de un lado a otro y comenzar la *pinta* con enorme destreza. Todos los miembros del CB-5 reconocían en Ramón no sólo el de mayor audacia y valentía para el trabajo clandestino sino también el de las mejores *pintas*. En muy poco tiempo ya había garabateado cinco o seis letreros en las paredes de ambos lados de la calle, cuando de pronto se encendió una pequeña luz intermitente, era la alarma activada por Alí. Ramón, siempre atento a la señal, aligeró el paso, dobló en la primera esquina y se ocultó. La alarma la provocó un vehículo que al final resultó ser un taxi. Éste al acercarse a la parada aminoró la marcha bruscamente, provocando un poco de desasosiego en la pareja. El conductor, al pasar frente a los jóvenes, sacó la cabeza por la ventanilla e hizo señas con la mano a Carmen y Segundo que seguían expectantes y nerviosos, al tiempo de gritarles:

—¡Libre! ¡Libre!

Superado el momento de falso peligro, Ramón volvió a sus andadas, retomó la vía principal y prosiguió su tarea de pintor subrepticio de letreros. En poco menos de cinco minutos ya había cubierto, con sus irregulares trazos, todos los espacios lisos de las paredes de la calle Atrás. Ya cerca de la parada, en la última bocacalle, se deshizo lanzando lejos el pedazo de creyón que le quedaba, y se unió a sus camaradas. Los tres, con pasos rápidos, retornaron a la plaza, y desde allí enrumbaron por la calle Real con dirección a Los Jardines.

Tenían la instrucción que les dio Ramiro de no esperar el autobús, y casi enseguida pasó un libre que abordaron para alejarse del lugar. Alí, quien estaba a unas tres cuadras de la entrada del barrio Zamora, lugar donde habita, se fue caminando.

El martes, muchas paredes de las principales calles de El Valle, Los Jardines y Coche amanecieron con letreros acusando a Pérez Jiménez del asesinato de Delgado Chalbaud y reclamando el fin de la dictadura. El PCV y la Juventud Comunista habían desplegado, durante la noche anterior, una rápida y exitosa operación propagandística, demostrando, una vez más, su gran capacidad operativa. Aparte de un carrerón que tuvieron que pegar dos camaradas del Partido en la calle 12 de Los Jardines, para escapar de la policía, no se registró ni un solo incidente grave.

Pero ese peligroso y exitoso despliegue propagandístico fue velozmente anulado. En horas de la tarde, cuatro obreros, empleados de la prefectura de El Valle, a bordo de una camioneta *pick up*, se encargaron de tapar con pintura blanca todos los letreros que con tanto riesgo y esfuerzo habían garabateado los hombres y mujeres de la JC y del Partido Comunista la noche anterior.

El país se mantuvo en una prolongada incertidumbre, sometido a un incesante bombardeo de rumores, hasta que al fin, dos semanas después del asesinato de Delgado Chalbaud, el lunes 27 de noviembre de ese mismo año 1950, de nuevo en cadena nacional de radio, el Gobierno anunció que los otros dos miembros de la Junta Militar habían dimitido, y en su lugar fue designada una Junta de Gobierno. Al colocar a la cabeza del nuevo Ejecutivo al Dr. Germán Suárez Flamerich, quien para ese momento se desempeñaba como Embajador en Perú, los Altos Mandos Castrenses intentan engañar a la opinión pública, haciéndole creer que con este cambio se había alcanzado la transferencia del poder a los civiles. Se trató de un burdo maquillaje, pues a partir de esa fecha el coronel Marcos Pérez Jiménez pasa a ser el verdadero y único hombre fuerte del país, aunque sólo figura como un miembro más de la nueva Junta. Mediante este descarado ardid, la dictadura logra conjurar, aparentemente, la inestabilidad política de los meses anteriores, y consolida un régimen que de inmediato afinó los mecanismos de control absoluto de la nación, mediante acentuación de la censura de prensa y acoso a los partidos

ilegalizados AD y PCV. Las acciones en contra del movimiento de resistencia alcanzaron desde esa fecha nuevas dimensiones. Fueron tal vez miles los hombres y mujeres que padecieron torturas y cárceles a partir de estos acontecimientos.

Como lo había anticipado en su análisis la dirección de los comunistas, casi inmediatamente después del asesinato de Delgado Chalbaud se inició una oleada de allanamientos a las residencias en donde la policía sabía o presumía moraban dirigentes comunistas. En la parroquia El Valle, donde fue particularmente implacable la represión, las requisas y allanamientos se multiplicaron, lo que se tradujo en más de una veintena de militantes del Partido y la Juventud Comunistas apresados y, muchos de ellos, salvajemente torturados. Uno de esos allanamientos se realizó a la morada de Marisabel y Manuel.

En horas iniciales de la madrugada, Marisabel se despierta sobresaltada y hala repetidas veces por el brazo a su compañero. Tratando de despertarlo, lo llama insistentemente.

—¡Manuel, Manuel, despierta! Están golpeando la puerta.

Al fin, después de numerosos intentos, éste reacciona y oye los estrepitosos golpes que los inesperados visitantes dan a la puerta que da a la calle. Al despertar de forma tan abrupta, se mantiene por unos instantes en estado sub consciente, situación que supera luego de algunos segundos y comprende, a medias, lo que está ocurriendo. Visiblemente alterado, pregunta:

— ¿Qué pasa mi amor? ¿Qué escándalo es ese?

Marisabel aguarda a que Manuel vuelva por completo a la realidad y, alarmada, le aclara:

—Mi amor, tienen rato golpeando la puerta. ¿Quién será? ¿Qué estará pasando?

Manuel abandona el lecho y comienza a vestirse muy de prisa. Los golpes continúan y son cada vez más fuertes. Mientras camina hacia la entrada termina de abotonarse la camisa y, nervioso y malhumorado, grita:

—¡Ya voy!... ¡Ya voy!

Al quitarle el seguro a la puerta, desde afuera la empujan con tanta contundencia, que ésta lo golpea en un brazo. Tambaleante, estuvo a punto de caer.

Cuatro hombres con armas cortas desenfundadas entran atropelladamente a la sala. Manuel, sorprendido y atemorizado ante la intempestiva y brutal arremetida, permanece inmóvil. Sin pérdida de tiempo uno de los asaltantes lo agarra fuertemente por un brazo, lo pega contra la pared y, colocándole una pistola en su sien derecha, le grita:

—¡Quieto carajo! Si te mueves te quemó.

Simultáneamente, los otros tres invasores se desplazan presurosos hacia el interior de la casa con las armas listas para disparar. El más joven de los asaltantes entra al cuarto donde Marisabel, asustada, sostiene en sus brazos al pequeño José Manuel, quien despertó con el alboroto y llora incontenible. Al lado de Marisabel, su madre, aterrada, lloriquea temblorosa.

Al entrar, el intruso nervioso grita:

—¡Quietas señoras, no se muevan!

Ante este inocente cuadro: una vieja llorosa y una joven madre atemorizada con su pequeño hijo en los brazos, el hombre comprende que no corre peligro y desconcertado titubea, cambia su agresiva actitud inicial, baja la voz y en un tono más suave, casi amistoso, dice:

—¡Tranquilas señoras!... No se muevan y todo estará bien.

En la sala, Manuel continúa tomado fuertemente por el brazo y su cara presionada contra la pared, bajo la amenaza del acero de un arma que le presiona la sien, obligándolo a permanecer muy quieto. Comprendiendo el peligro que corren todos no se aventura a realizar ningún movimiento que pueda ser malinterpretado por su captor. Esta escena se mantiene durante varios minutos, hasta el momento en que otro de los intrusos irrumpe en la sala con cara de satisfacción, sosteniendo por el gatillo, con el dedo índice de la mano izquierda, un pequeño revolver. Rompe el silencio y con expresión burlona se dirige a su compañero.

—¡Mira lo que tenía escondido este camarada! —Y acercando el revolver a la cara de Manuel, le dice: —Ahora sí es verdad que estás en un tremendo peo, ¡te jodiste! Seguramente ésta es una de las armas empleadas en el asesinato del coronel Delgado Chalbaud.

En ese preciso instante regresa a la sala el cuarto individuo, un hombre bien trigueño, pelo liso engominado, retaco, de mediana edad, mal encarado y, eso sí, bien trajeado, con flux y corbata oscuros, al igual que los otros tres individuos. Ante la presencia del que sin dudas era el jefe de la partida, el esbirro del revolver enmudeció como por arte magia.

El recién llegado, con voz muy alta, casi gritando, ordenó:

—Traigan a las otras personas para acá.

Y abriendo la puerta que da a la calle, al salir ordena de nuevo, esta vez con voz más suave:

—Esperen aquí, y que nadie se mueva ni hable.

Al cabo de unos cinco o seis minutos el que hace de jefe regresa, cierra la puerta con cierta violencia, se coloca de espaldas a la pared, toma una pose como la de un maestro que habla a sus alumnos y, dirigiendo su vista hacia Marisabel, amenaza:

—Señora Marisabel de Bandres, usted está involucrada en un paquete bien gordo. Yo tengo órdenes de detenerla...

Hizo una prolongada pausa y con voz menos altanera, menos agresiva, tratando de mostrarse condescendiente, agregó:

—Pero en consideración a su pequeño hijo, he tomado la decisión de no llevármela presa esta noche. Pero eso sí, quiero que sepa que la tenemos vigilada muy de cerca, la seguimos paso a paso y, tenga la seguridad, la próxima vez que tengamos el gusto de visitarla no la va a salvar ni el llanto de su hijo, ni papa Dios que baje del cielo.

Se detuvo varios segundos y, endureciendo su expresión, continuó:

—En cuanto a ti camarada, —y enfocó su torva mirada de odio hacia Manuel, que seguía pegado a la pared— tendrás la oportunidad de cantar bonito en la carretera de El Junquito. Allí nos dirás de dónde sacaste este revolver y a cuántos policías has matado con él.

Y volviéndose hacia sus subalternos gritó:

—¡Vámonos! Ponganle las *italianas* a este carajo y métenlo en la camioneta.

Marisabel, quien se había mantenido todo el tiempo en un prudente silencio con la intención de ocultar sus temores, impotente y con la furia contenida con mucho esfuerzo, rabia inducida por la agresividad verbal utilizada por los violadores de su hogar, dignamente y sin dar muestras visibles de acobardamiento, no se contuvo más y con firmeza interrogó:

—¿Quiénes son ustedes y a dónde se llevan a mi esposo?

—No te hagas la inocente palomita, —respondió inmediatamente el jefe, como si hubiese presentido la pregunta— tú bien sabes quiénes somos y nosotros también sabemos quién eres tú. ¿Quieres que te lo diga? Eres una de los dirigentes de la Juventud Comunista de El Valle y de la Universidad. Y otra cosa coño, aquí las preguntas las hago yo. En cuanto a tu esposo, podrás visitarlo en El Obispo, si te alcanza el tiempo.

Al llegar a este punto, el policía tomó aire y cambió el tono de su discurso. Con una risita entre galante e insolente concluyó:

—Una mujer que está tan buena como tú no debería meterse en política, en el camino podrían pasarte muchas cosas. —Y soltó una vulgar risotada.

Al salir los policías, Marisabel cerró la puerta y, temblando de miedo y de rabia, se abrazó con su madre que lloraba desconsoladamente.

Marisabel se quedó pensativa, recordando las palabras que el jefe policial dirigiera a Manuel, y como una autómatas repitió para sí: *Tendrás la oportunidad de cantar bonito en la carretera de El Junquito*. Recordar las terribles historias que innumerables veces le contaron sobre ese siniestro lugar, le produjo un escalofrío que le recorrió de la cabeza a los pies.

La carretera que une Caracas con la población de El Junquito es una vía desolada, a partir de la cual las parejas de enamorados

han construido con sus carros innumerables trochas y senderos para ocultar sus contactos amorosos. Desde el establecimiento de la dictadura militar, la policía ha convertido los múltiples atajos y vericuetos ocultos de esa carretera en sitios de tortura para los delincuentes comunes y, en los últimos años, también para los presos políticos. Amenazar a alguien con llevarlo *a cantar* a la carretera de El Junquito es amenazarlo de tormentos y hasta de muerte.

En los días subsiguientes, la familia de Manuel sintió el calor de la solidaridad humana: varios de sus vecinos de Punta Brava los visitaron para brindarles apoyo.

Marisabel, luego de la detención de su esposo, por recomendación de la dirección de la JC, fue alojada durante varios días en la casa de Carmen. Sin embargo, y a pesar de las amenazas del jefe policial, continuó haciendo su vida con la normalidad que las circunstancias se lo permitieron: asistiendo a clases en la UCV y cumpliendo sus obligaciones en la farmacia. El único cambio importante fue que durante una semana no durmió en su residencia.

La misma noche del allanamiento a la casa de Marisabel se produjeron cuatro detenciones de jóvenes comunistas estudiantes de la Universidad Central en distintas parroquias de Caracas, lo que condujo a la dirección de la Juventud a sospechar una infiltración por parte de los organismos de inteligencia del Gobierno en los comités universitarios. A los pocos días, el delator fue plenamente identificado y expulsado por los propios estudiantes de la UCV. Manuel permaneció detenido más de 15 días por órdenes del Negro Sam, sanguinario jefe de la Brigada Política de la Seguridad Nacional.

El revolver decomisado a Manuel más parecía una pieza de museo que un arma mortal. Luego de un corto interrogatorio, los policías, convencidos de la irrelevancia política del detenido, lo sometieron a una breve sesión de golpes y porrazos, forma rutinaria de amedrentamiento utilizada contra los detenidos políticos. Al final de la pesquisa lo trasladaron a la Modelo, cárcel pública de la capital construida en años recientes en Catia, y allí lo mantuvieron hasta el día de su liberación.

Veinte días después, en las últimas horas de la tarde de un viernes, Manuel abre la puerta de su casa, donde Marisabel lo recibe sorprendida, y con visibles muestras de contento lo estrecha entre sus brazos.

— ¡Mi vida! ¡Qué feliz me siento de estar nuevamente en mi hogar, con mi familia! ¿Cómo está nuestro pequeñín? ¿Y tu mamá?

Marisabel, sin salir todavía de su asombro, como una autómatas contesta.

—Todos bien. —E inicia un interrogatorio— Cuéntame tú, ¿cómo has estado? ¿Qué te hicieron? ¿Cómo has estado todos estos días?

—Bueno, es largo de contar. Una experiencia triste, muy desagradable. Nunca había perdido la libertad, ni sufrido tanta humillación. Pero bueno, lo importante es que de nuevo estoy aquí, para seguir con nuestras vidas. ¿No te parece?

—Así es mi amor. ¡Qué alegría tenerte de nuevo! No puedes imaginar las cosas terribles que he pensado todos estos días. Pero... bueno, como tú dices, lo importante es que ya estás aquí.

Después de las múltiples expresiones de cariño intercambiados por la pareja, Manuel le manifestó:

—Mari, te propongo que hoy no hablemos más de mi prisión, no hablemos de cosas desagradables, sólo deseo disfrutar estos momentos felices contigo y con nuestro pequeño hijo. Como mañana es sábado, —continuó diciendo— aprovecharé para responder tus preguntas y para que hablemos algunas otras cosas relacionadas con estas breves y terribles *vacaciones*.

Al reincorporarse a su hogar, después de su injusta y violenta prisión, Manuel abraza la esperanza de poder justificar su ausencia y conservar su empleo en el taller de los autobuses de El Valle, y así terminar de pasar la página del desagradable suceso.

El sábado, al regresar Marisabel con su madre de misa, Manuel la invita para que lo acompañe al bosquecito de *Las Ruinas*, en donde intentará responder las preguntas que le hizo el día anterior. A la sombra del viejo samán, Manuel comienza ofreciéndole algunos detalles, de forma muy lacónica, de los momentos vividos durante el

interrogatorio y posterior golpiza. Luego le informa, con bastantes detalles, sobre su armoniosa convivencia con otros muchos detenidos políticos reclusos en la cárcel Modelo. Enseguida, con un rostro más adusto, le confiesa:

—Mari, hay algo que me revolotea en la cabeza desde que llegué de la prisión y que necesito compartir contigo.

Marisabel nota el cambio en sus palabras y afirma:

—Por tu seriedad, debe ser algo muy importante.

Al principio con frases entrecortadas, pero luego con mucha determinación, comienza a cuestionarle a Marisabel el camino que toman los comunistas en su lucha contra la dictadura, y finaliza con una sentencia:

—Con letreros en las paredes y echando papelitos por las noches no van a tumbar a Pérez Jiménez.

En ese momento se pone tenso y le informa que en la cárcel conoció a militantes de Acción Democrática, que en su opinión tienen una ruta más segura hacia el éxito. Y después de una breve pausa agrega:

—Son hombres dispuestos a arriesgarlo todo, inclusive sus vidas para lograrlo.

En ese momento su rostro se ensombreció al afirmar:

—Mi amor, estoy convencido de que casi la única forma de acabar con ese monstruo es matándolo.

Al oír aquellas palabras Marisabel palideció, le parecía increíble oír en boca de Manuel, siempre tan comedido, tan conciliador, la palabra matar. Perpleja ante aquel cambio tan radical, enmudeció. Ensimismada, recordó las muchas ocasiones en que le había manifestado su oposición a matar animales, aún aquellos que complementaban la dieta de los campesinos. Y ahora hablaba tan claramente de matar a un ser humano. Y concluyó preguntándose: ¿Acaso será la ciudad la que lo ha transformado tan radicalmente?

El prolongado silencio de Marisabel fue aprovechado por Manuel para matizar su visión terrorista.

—La otra vía, mucho más incierta, es que los propios militares le den un golpe de Estado y lo saquen del juego. Cosa que me parece muy difícil.

Marisabel, aunque extrañada y conmovida, escuchó pacientemente a su marido, atribuyendo la radicalización de sus opiniones políticas a la indudable influencia de sus compañeros de cárcel, seguramente casi todos adecos. Las ideas expresadas por Manuel coincidían plenamente con la tesis golpista y terrorista propugnada en esos momentos por algunos de los integrantes de la dirección de Acción Democrática, posición criticada y rechazada en numerosos documentos emanados de la Dirección Nacional de la JC, leídos y discutidos en las reuniones del CB-5.

Tras una prolongada pausa, que le permitió a Marisabel ordenar sus pensamientos, le respondió:

—Bien... comenzaré por recordarte que nunca hemos tenido desavenencias por cuestiones políticas, aunque reconozco que en ocasiones has tenido buenos motivos para reclamarme, por lo que estoy en deuda contigo. Y en relación a las ideas que has expresado, te diré lo siguiente: pienso que quienes así razonan están profundamente equivocados. No es matando a los dictadores como se acaba con las dictaduras, al contrario, ello conduce a un incremento de la violencia. El mal tiene raíces más profundas, no es un hombre es el sistema. La lucha no es contra un tirano, es contra la tiranía de una clase social que explota y oprime al resto, es la lucha de clases. Nosotros sabemos que es un combate desigual, duro y prolongado, pero es el camino.

Casi sin tomar aliento, emocionada, le argumenta cómo a lo largo de la historia el hombre ha ido conquistando espacios de justicia y libertad y los opresores han tenido que ir haciendo concesiones a los oprimidos. Seguidamente se pregunta:

—¿Acaso el pago de salarios y horarios de trabajo más justos han sido una concesión graciosa de los patronos? No... han sido el producto de largas luchas de los trabajadores, y en muchos casos a costa de vidas humanas.

Y tomando un nuevo aire continuó:

—Las libertades individuales y los sistemas democráticos de gobierno tampoco han sido regalos de las clases privilegiadas. —Y haciendo el tono de su discurso más afectivo— Mi amor, perdóname, pero para mí Pérez Jiménez no es el problema, él es un instrumento de las clases privilegiadas del país y del Imperialismo. Si él desapareciera de la escena política, otro dictador lo suplantaría. Lo que hay que cambiar no es un hombre, es el sistema.

Y dándole un toque magistral a su perorata agregó:

—La única vía para que el hombre viva en libertad, en igualdad, es el socialismo. Nosotros concebimos la sustitución de la dictadura no como el fin de la lucha sino como un paso hacia esa meta superior, el socialismo.

Después de más de dos horas intercambiando puntos de vista sin que al final se pusieran plenamente de acuerdo pero, eso sí, dispuestos a convivir respetándose, la pareja retornó a su hogar, a continuar la vida tratando de olvidar los funestos días vividos durante la prisión de Manuel.

El lunes, muy temprano, como tiene por costumbre, Manuel se presentó en los talleres de los autobuses en la calle 15 de Los Jardines. Al entrar a las oficinas lo recibe uno de los dueños de la línea, y al intentar justificar su ausencia, el empresario groseramente lo interrumpe, no lo deja terminar y le dice, en su portugués españolizado:

—Aquí no queremos comunistas.

Gira media vuelta y se retira, dándole la espalda.

Capítulo X

LA REPRESIÓN SE INTENSIFICA

—¡Camaradas! ¡Camaradas!... Vamos a dar inicio a la reunión. —exclamó Ramiro con voz fuerte, casi autoritaria, reclamando la atención de los miembros del CB-5.

Todos callaron repentinamente y lo miraron sorprendidos. Visiblemente complacido expresó:

—Traigo una información muy importante, por lo que les exijo la mayor concentración.

Luego de una prolongada pausa, que creó un cierto clima de suspense, continuó:

— Se trata de un asunto de la mayor importancia para nuestra organización y para el país.

La rudeza con que Ramiro les había alertado provocó cierto desconcierto en los jóvenes, que permanecieron muy atentos ante el cambio en el trato fraternal que siempre utilizaba para dirigirse a sus camaradas. En muy contadas ocasiones había usado ese tono agrio, por lo que todos sin chistar guardaron un silencio expectante.

De una forma directa, sin preámbulos, y dándole un toque algo sombrío a su discurso exteriorizó:

—Camaradas, la situación política del país, a raíz del asesinato del coronel Delgado Chalbaud, y los cambios cosméticos posteriores realizados por el Gobierno han conducido al Partido y a la Juventud a una especie de amodorramiento, no obstante continuar siendo

la situación de mucha tensión e incertidumbre. La represión contra nosotros y contra otros partidos y grupos de la resistencia, lejos de detenerse o de atenuarse, se ha incrementado. Muestras de ello las tenemos en el reciente allanamiento a la residencia de Marisabel y en la prisión de su esposo y de otros camaradas del Partido y de la Juventud en todo el país. Como recordaremos, en los días subsiguientes al asesinato del coronel Delgado Chalbaud se introdujeron algunos cambios en la composición del Gobierno, que permitieron vislumbrar la posibilidad de una mayor moderación en las políticas de seguridad de la dictadura, como fue el nombramiento de un civil como Presidente, el abogado Germán Suárez Flamerich, y la denominación de Junta de Gobierno en lugar de Junta Militar de Gobierno. Ello asomó la esperanza de que se abriera una rendija para una vuelta a un gobierno civil, pero este movimiento de piezas en el tablero político, al parecer, sólo tenía como finalidad convencer a la opinión nacional de que el asesinato de Delgado Chalbaud no había sido obra de la camarilla de Pérez Jiménez y, de esa manera, tratar de desmentir los intensos rumores sobre su intención de concentrar en sus manos todo el poder político del Estado. Sin embargo, los cambios y las decisiones posteriores confirman que esas suposiciones y rumores estaban bien fundados, ya que su figura se consolida día tras día detrás de bastidores como el hombre fuerte del régimen, aunque sólo figure, aparentemente, como un miembro más de la Junta.

Todos se mantenían callados, muy atentos. Ramiro se tomó unos segundos de descanso antes de continuar, esta vez con un tono más mesurado añadió:

—Bien... La Dirección Nacional de nuestra organización ha estudiado este asunto con bastante profundidad, a objeto de trazar las líneas generales de nuestra actividad en los próximos meses. En tal sentido, ha tomado las siguientes decisiones: por una parte, exhorta a todos los organismos de dirección y de base a reforzar las medidas de seguridad y dar estricto cumplimiento a las normas que todos conocemos y a otras nuevas que se irán implementando en los próxi-

mos días. Igualmente, solicita de toda la militancia hacer el máximo esfuerzo para salir del letargo al que hice referencia al principio, incrementando nuestras actividades de propaganda tanto ilegales como legales. Las recomendaciones hacen hincapié en reforzar las iniciativas que conduzcan a una presencia de nuestra organización en actividades públicas que nos permitan llevar el mensaje de resistencia a la dictadura a los más amplios sectores de la juventud.

Después de una breve interrupción, en la que todos permanecieron en profundo silencio, concluyó.

—Bien... éstas son las dos más importantes directrices emanadas de la Comisión Ejecutiva Local, que debemos poner en práctica a partir de hoy. Queda abierto el debate para aclarar cualquier duda que exista y, sobre todo, para comenzar a planificar las actividades que nos permitan ejecutar esos lineamientos.

Todos callaron y se hizo un incómodo silencio que duró varios segundos, hasta que *El Pintor* levantó la mano y calmadamente comenzó a decir:

—Creo... que está bien reforzar las medidas de seguridad... Lo que se haga en ese sentido no está de más. Este... pero en relación a la segunda parte... la cosa se complica bastante... No lo veo claro... no veo cómo podremos hacer propaganda política de forma legal, pienso que es imposible, al menos bastante difícil.

—Es verdad lo que dice *El Pintor*... perdón, el camarada Iván —afirmó Ali—. Por ejemplo: si uno se pone a hablar pendejadas en uno de los autobuses *chingos*, seguro se lo llevan preso. Muchos de los trabajadores de esa línea son espías de la Seguridad Nacional, al menos eso es lo que dice la gente.

De nuevo se hizo un silencio embarazoso. Ramiro, comprendiendo que la cuestión se le podía escapar de las manos y el debate quedar truncado, observó:

—Desde el principio les dije que la situación era complicada. Yo tampoco tengo claro cómo vamos a implementar los nuevos lineamientos políticos. Creo que lo más sensato es que nos llevemos estas

ideas generales, reflexionemos estos días y, entre todos, busquemos soluciones y las debatamos en la próxima reunión. ¿Qué les parece?

Todos estuvieron de acuerdo y pasaron a los otros puntos de la agenda. La reunión volvió a la rutina con la cual todos estaban familiarizados.

Segundo y Alí, como era su costumbre, salieron juntos de la reunión y caminaron en silencio hasta la parada del autobús. Allí, mientras esperaban, Alí comentó:

—Mira *Aragüita*, tú sabes que yo de política conozco poco, ahora es que estoy medio entendiendo esa vaina, pero dentro de mi ignorancia creo que eso que nos dijo Ramiro de luchar contra el Gobierno con actividades legales no tiene futuro... A mí me parece que pintar letreros es menos peligroso que estar hablando por ahí pendejadas de la dictadura. ¿Qué crees tú?

—Bueno *Flaco*, eso depende —respondió Segundo, moviendo la cabeza de un lado a otro— de con quién te pongas a hablar pendejadas, como dices tú. Mira, si a uno lo agarran con un creyón en la mano, coño, no lo salva ni papá Dios que baje del cielo de una paliza segura en los calabozos de la Seguridad Nacional o en la carretera de El Junquito... Y hasta lo pueden matar a uno, esos coños no pagan muertos.

—Mira *Flaco*, te confieso que a mí, cada vez que hablamos de torturas, se me pega un friíto en la barriga. Debe ser el temor que le tengo a recibir *coñazos* —agregó rápidamente—. Ahora, como te digo eso, también creo que es difícil saber cómo se comportará uno ante la tortura. Eso hay que vivirlo. Fíjate que hay camaradas que se lo echan de arrechos y cuando están frente al torturador, apenas los tocan comienzan a cantar como cardenalitos. En cambio hay otros que, sin dárseles de machos, soportan la tortura y no les sacan ni el nombre. Por eso te digo que hablar de esa vaina es hablar paja. Lo que sí creo es que si a uno le tocara recibir *coñazos* de los esbirros, hay que llenarse de valor y echarle bolas para no delatar a los camaradas.

De pronto los dos se callaron, pero Segundo, con cierto aire de misterio interrumpió el silencio:

—Te voy a contar confidencialmente lo siguiente: hace como dos meses agarraron en una *pinta* a un camarada muy conocido de la dirección de la JC de Santa Rosalía. Dicen que lo torturaron varios días seguidos, hasta que cantó y ahora está en Guasina. Y no es ningún novato, es un veterano de varios años de militancia. Esto me lo contó mi primo, que como tú sabes milita en esa parroquia. Eso sí *Flaco*, no cuentes esta vaina. Él me hizo jurarle que no se lo diría a nadie.

Tranquilo *Aragüita*, por mi boca nada se sabrá, yo soy una tumba. Ahora... te voy a decir algo: si a mí esos coños me caen a palos... te confieso que no sé cuánto podré aguantar. Lo que sí es seguro que no aguanto ni un segundo es que me guinden por los pies, esa vaina sí me caga. —Sin detenerse agregó:— Mi mamá me cuenta que cuando estaba chiquito mi hermano mayor me levantó por lo pies y nos caímos los dos y me di un *rolo e' coñazo* en la cabeza. Desde entonces me da mucho miedo ponerme de cabeza.

—Pero *pa' que* seguimos hablando de esa vaina. Vamos a olvidarnos de eso —replicó Segundo—. Vamos a hablar más bien del campeonato de beisbol que está echando chispas...

—Antes de hablar de beisbol... ¿Tú vas a ir mañana al *arrocito* de la calle 9? —lo interrogó Alí.

—¿En dónde es... en casa de las Rosales?

—¡Nooo caballo!... Recuerda que por razones de seguridad está prohibido visitar la casa de las Rosales. Es en casa de *La Negrita*. Tú sabes, entre las calles 9 y 10. Ella está de cumpleaños.

—Entonces nos veremos allá mañana —afirmó Alí.

Con la llegada del autobús se interrumpió el diálogo de los camaradas, pues quedaron en asientos separados.

El sábado siguiente se encontraron Segundo y Alí, tal como habían convenido, en la casa de Berta, a quienes todos llamaban cariñosamente *La Negrita*. Al cumpleaños concurrieron la casi totalidad de los militantes de la JC de El Valle, y se desarrolló en una ambiente de sana camaradería hasta las primeras horas de la madrugada.

Al final, bajaban por la calle 9 un grupo de camaradas en amena charla, pero haciendo mucho ruido, cuando de repente se detuvo a su lado una jaula de la policía municipal de Caracas, de la que bajaron cuatro agentes con sus armas listas para disparar. De inmediato el jefe del grupo les gritó:

—¡Manos arriba y contra la pared!

La reacción de los jóvenes fue instantánea, todos se alinearon de espaldas y con las manos en alto, confiados en que todo saldría bien, pues ninguno estaba armado. Eso sí, casi todos estaban pasados de tragos y habían hecho mucho ruido, por lo que un vecino llamó a la policía. En síntesis, se trataba de un grupo de jóvenes un tanto escandalosos que salía de una fiesta de fin de semana. La policía, acostumbrada a un trato agresivo, despótico, para con los habitantes de los sectores pobres, actuó según esa rutina. Después de vejarlos con lenguaje ofensivo y soez, los cachearon y finalmente a empujones los hicieron subir a la jaula, para luego trasladarlos directamente a la tenebrosa cárcel de El Obispo. Es éste un vetusto recinto carcelario con un largo y tétrico historial de abusos y crueldades con los prisioneros, por lo que los expertos no dudan en catalogarlo, junto con la cárcel de La Rotunda, entre las peores que ha tenido el país.

La cárcel de El Obispo está ubicada en la parroquia San Juan, cerca de la plaza Capuchinos, y se accede a ella por la avenida San Martín, subiendo desde la iglesia de la Inmaculada Concepción, mejor conocida como iglesia de Los Palos Grandes, hasta llegar a la parte más alta. El recinto se encuentra como coronando el cerro El Guarataro.

Allí pasaron el fin de semana cinco jóvenes comunistas de El Valle por razones que nada tenían que ver con la política. Suceso que conmocionó a la Dirección Parroquial de la organización, ya que se atribuyó la desaparición de los muchachos a una redada de la Seguridad Nacional, obligándolos a tomar medidas especiales de seguridad ese fin de semana. Marisabel durmió esa noche en casa de Aurora, el lunes cuando reaparecieron los *secuestrados*, ella regresó a su hogar.

Capítulo XI

LA CALLE 9

La urbanización Los Jardines de El Valle está situada inmediatamente al sur de la parroquia El Valle, en el lado oeste de la carretera que conduce a la urbanización Coche y a La Mariposa. Al día de hoy tiene una avenida Principal y tres secundarias con orientación norte-sur, y calles cortas que ascienden, algunas suavemente y otras no tanto, hacia el oeste desde la avenida Principal y rematan al pie de un sistema montañoso de escasa elevación que se proyecta de norte a sur. Es un urbanismo relativamente pequeño, desarrollado sobre terrenos de antiguas haciendas cañeras y cafetaleras por audaces empresarios, que abrigaron la ilusión de convertirlo en residencia de los sectores más solventes de la clase media caraqueña. Sin embargo, la ocupación temprana de las serranías aledañas del oeste por miles de habitantes pobres de diferentes regiones del país, especialmente de los Valles del Tuy, que atraídos por los fulgores de la modernidad construyeron allí sus precarias viviendas, hizo que los sueños de los urbanizadores se esfumaran y que hoy los pobladores del desarrollo urbanístico sean mayoritariamente empleados subalternos de instituciones oficiales, empleados de casas comerciales, maestros, profesores y profesionales de bajos sueldos, es decir la llamada clase media baja, y por ello de limitados recursos.

La calle 9, una de las 18 del urbanismo, es bastante fea y con ausencia total de árboles. Son apenas tres cuadras, con pocas y mo-

destas casas-quintas levantadas en las dos primeras cuádras. Hacia el cerro, entre la 2da y 3ra transversales, y sobre todo en la cuadra final, hay muchas parcelas desocupadas que algunos vecinos utilizan como vertederos de basura.

Una curiosidad: entre la 1ra y 2da avenidas hay un enorme espacio, probablemente el equivalente de unas dos parcelas, rodeado de un alto paredón de bloques de concreto y una sola entrada, donde conviven familias italianas, al parecer recién llegadas al país. En su interior hay un conjunto de galerías de construcción ligera, divididas en pequeños espacios, cada uno ocupado por una familia; es como una enorme casa de vecindad con un patio central sin pavimento a manera de espacio común. La entrada es un ancho portón que permanece cerrado y sólo abren cuando entra o sale, ocasionalmente, un vehículo de carga. Hay también una pequeña puerta por donde entran y salen sus moradores que, tal vez por las limitaciones del idioma o quizás por alguna otra razón desconocida, no tienen ningún tipo de comunicación con los vecinos del sector, quienes han dado en llamar a esa ciudadela *El gueto de los italianos*.

Para los venezolanos de todas las regiones del país, la presencia reciente de inmigrantes europeos no es cosa extraña, y para los caraqueños mucho menos. En esta Caracas en intenso crecimiento, son cotidianas las imágenes donde pueden observarse pequeños grupos de españoles, portugueses o italianos, identificados fácilmente por sus vestimentas, caminando por las calles de la ciudad o laborando en las obras de construcción de avenidas o edificios. Los domingos pueden observarse por cientos en las plazas Bolívar, Candelaria y Capuchinos: inmigrantes italianos, españoles y portugueses, respectivamente, que asisten a los obligados reencuentros familiares o amistosos.

Como es bien sabido, después de finalizada la llamada Segunda Guerra Mundial, los países de Europa Occidental quedaron devastados, en ruinas y particularmente además de Alemania, la Europa Mediterránea quedó sumida en una espantosa y prolongada crisis

económica que llevó a millones de sus habitantes a la indigencia y a buscar refugio en otras latitudes, preferentemente en América. Venezuela, generosa como siempre, abrió sus brazos amorosos a estos refugiados y aún en estos años 50 continúa recibiendo inmigrantes mediterráneos que, al día de hoy, se cuentan por cientos de miles, tal vez millones.

En la calle 9, después de la primera cuadra, en las dos siguientes no hay muchas construcciones, a lo sumo cuatro o cinco, por lo que la mayoría de las parcelas están abandonadas, enmontadas y algunas convertidas en basureros y vertederos de escombros. El descuido en que sus propietarios tienen esos espacios ha dado la oportunidad a los vecinos de las inmediaciones, pero sobre todo a los pobladores del cerro adyacente a la calle 9, de aprovecharlos para actividades sociales, deportivas y de todo tipo. Primero nació el Centro Cultural y Deportivo Oscar Pantoja Velázquez, según dicen algunos en el año 1945, fundado por un viejo luchador social de nacionalidad colombiana de apellido Rosales, quien en esos años comenzó a construir su casa al final de la calle pavimentada, al pie del cerro. Desde su fundación, este centro cultural se ha mantenido durante varios años en constante actividad, combinando lo cultural y deportivo con el activismo político.

Después del derrocamiento del presidente Medina Angarita, en los espacios aledaños a la casa de las Rosales se desarrollaban múltiples actividades, tales como actos culturales, eventos deportivos, celebración de cumpleaños y hasta la Quema de Judas los Domingos de Resurrección; siempre conservando su trasfondo político. Luego, en el año 48, los márgenes de libertad alcanzados durante el gobierno democrático de Rómulo Gallegos posibilitaron que estas actividades patrocinadas o dirigidas por militantes de la Juventud y del Partido Comunistas, organizaciones que habían logrado una excelente conexión con los pobladores de la zona, se incrementaran al máximo. Pero todo esto cambió luego del derrocamiento del presidente Gallegos y la consolidación de la actual dictadura militar.

Desde el mismo año 1948, las actividades adelantadas por el Partido Comunista y la JC en el Centro Cultural tomaron un rumbo marcadamente político y, de hecho, lo convirtieron en un núcleo de organización y acción contra la dictadura militar. En consecuencia, la calle 9 se tornó una zona de máxima agitación y propaganda política. Ante esta nueva realidad, los cuerpos represivos de la dictadura arrecian la vigilancia y el control sobre el Centro y, en general, sobre toda la calle 9, donde además vive un alto dirigente comunista. En los dos últimos años, la policía política del régimen ha realizado en esta calle varios allanamientos de moradas y detenido a varios activistas de izquierda.

Estas circunstancias han obligado a los comunistas a suspender todas sus actividades en esta calle y prohibido a sus militantes visitar la casa de las Rosales, desde donde habían operado las actividades políticas del Centro Cultural. Sin embargo, la calle 9, a pesar de las prohibiciones, sigue siendo una referencia obligada para todo aquel militante que necesite hacer un contacto en la parroquia El Valle, transmitir algún mensaje, hacer llegar una orden de los organismos de dirección o cualquier otro tipo de gestión partidista.

La calle 9 de los Jardines de El Valle, a pesar de las prohibiciones y obstáculos impuestos por la dirección de la JC y del Partido Comunista para que los militantes la utilicen como centro de reuniones, entrevistas y eventos, es el espacio preferido por los camaradas para todo tipo de encuentros, sobre todo por parte de los miembros de la Juventud.

No es casual que así ocurra, por cuanto allí viven tres jóvenes militantes entregadas en cuerpo y alma a la causa del socialismo, que con su enorme simpatía se han ganado el cariño y la admiración de todos los jóvenes comunistas. De mayor a menor ellas son: Liliana, Lorena y Nancy. La mayor no pasa de 25 años y la menor tendrá apenas 18. Ellas, junto con otros tres hermanos menores, son hijos de un matrimonio colombiano, mencionado anteriormente y radicado en el país desde hace muchos años. Las jóvenes y sus hermanos son

todos venezolanos. Se trata de una familia con arraigados principios marxistas. Las tres muchachas, verdaderos ejemplos de moral revolucionaria, con entrega y pasión cumplen las tareas que les asignan sus organismos de base y constituyen ejemplos de lealtad a la Juventud Comunista. Esas características las convierten en modelo a seguir por todos los militantes, y sobre ellas se vuelca la admiración y el respeto de los jóvenes comunistas. La casa en construcción donde habitan está situada a tres cuadras de la avenida Principal de Los Jardines, casi al pie de donde se inician los barrios pobres de la zona.

Otra situación peculiar de las actividades de los comunistas en la parroquia El Valle ocurre en la calle 14 de Los Jardines de El Valle, quizás la más bella de toda la urbanización. Es un lugar muy sombreado y lleno de quintas bien construidas y bellas, que armonizan con las edificaciones de la zona comercial construida al comienzo de la misma.

Esta calle, a diferencia de la 9, es muy arbolada y con elegantes construcciones. En síntesis, es la calle más importante del conjunto. Pero además es tal vez su lugar más concurrido, debido a que en su empalme con la avenida Principal funcionan comercios de la más variada índole: desde una panadería, en la que se concentra a toda hora una verdadera muchedumbre, pasando por pequeñas tiendas de ropa y quincallería, hasta una importante ferretería y un restaurante-arepera, siempre muy concurrido, cuyo dueño es un militante comunista que, por esa circunstancia y la eficiencia de su personal, es motivo de atracción para muchos militantes de la Juventud Comunista que después de reuniones, fiestas o cualquier otra actividad rematan allí.

Ascendiendo por la calle 14 hacia el oeste, al pie del cerro, justo donde comienza un territorio sembrado de ranchos, viven varias familias comunistas, inclusive de dos dirigentes del PC. El hecho de que convivan allí un número importante de militantes y simpatizantes de la JC y del PC la convierte en una *zona roja* y, por ello, objeto de máxima vigilancia por parte de los órganos de seguridad de la dictadura. Una de esas familias comunistas que allí viven es la de

un estudiante de la Universidad Central, que a su vez es el máximo dirigente local de la JC, en cuya residencia con mucha frecuencia se celebran *picoteos*, en otras palabras pequeñas fiestas bailables con tocadiscos que congregan a gran cantidad de jóvenes comunistas. Es así como las calles 9 y 14 de los Jardines de El Valle son los dos lugares en donde se hace sentir más la presencia de los comunistas de la parroquia.

Capítulo XII

CONVOCATORIA A ELECCIONES PARA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

La reestructurada Junta de Gobierno, presidida por Germán Suárez Flamerich, luego del asesinato del coronel Carlos Delgado Chalbaud y ante la grave situación de inestabilidad e ilegitimidad políticas que vive el país, resolvió convocar a elecciones para el domingo 30 de noviembre de este año 1952, a fin de elegir representantes a una Asamblea Constituyente. Con ello pretende abrir los cauces hacia una legalidad que le ha sido imposible alcanzar después de más de cuatro años de gobierno militar de facto. En estas elecciones, ha informado el Gobierno, podrán participar la Unión Republicana Democrática (URD) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), únicos partidos con actividades permitidas por la dictadura. También será permitida una organización política creada a última hora por personeros del régimen con el nombre de Frente Electoral Independiente (FEI). En tanto que Acción Democrática y el Partido Comunista de Venezuela están ilegalizados y, por tanto, han quedado oficialmente fuera de la contienda electoral.

En los medios políticos clandestinos se conoció que la Dirección Nacional de AD en el exilio, encabezada por Rómulo Betancourt, al enterarse de la convocatoria de inmediato se pronunció por llamar a los venezolanos a la abstención, decisión que, según esos mismos factores políticos, ha desencadenado una fuerte oposición en cuadros medios y militantes de base de ese partido que, según las mismas ver-

siones, desconocerán esa directriz. En contraposición, se ha podido conocer también extraoficialmente que el PCV ha resuelto participar activamente en los comicios y, al efecto, ha hecho un pacto secreto con URD. Esta alianza ha posibilitado a los comunistas incluir en las listas de esa organización algunos de sus militantes y simpatizantes poco renombrados. Asimismo, URD ha decidido postular como candidatos en sus planchas a figuras independientes y a políticos progresistas sin militancia partidista conocida, como es el caso de Don Mario Briceño Iragorry, quien figura en los primeros lugares de la lista de esa parcialidad política por Caracas.

A medida que transcurren los días, la campaña electoral se hace cada vez más intensa, incrementándose las manifestaciones de apoyo a las candidaturas de todos los partidos, pero especialmente se aprecia un creciente apoyo a URD. La cuestión electoral ha servido para que el proscrito Partido Comunista se asome a la escena política legal, apoyando en las más diversas formas propagandísticas a los candidatos de las planchas de URD y convirtiendo la lucha electoral en el principal objetivo de sus actividades políticas en estos últimos meses.

*

A sólo 40 días para las elecciones de diputados a la Asamblea Constituyente fue asesinado el abogado y periodista tachirenses Leonardo Ruiz Pineda, Secretario General de Acción Democrática en la clandestinidad desde 1949, por agentes de la Seguridad Nacional.

No obstante la fuerte censura existente, este miércoles 22 de octubre se han podido conocer, a través de algunos medios de comunicación, detalles del trágico suceso. Según esas noticias, el hecho ocurrió en la avenida Principal de San Agustín, entre las seis y las siete de la tarde, cuando el vehículo en el que viajaba el dirigente asesinado junto con otros tres miembros de AD, conducido por David Morales Bello, quedó inmovilizado debido a un congestionamiento del

tránsito, lo que posibilitó a los miembros de una patrulla motorizada de la policía política de la dictadura, que los venía siguiendo desde Catia, darles alcance y atacarlos con armas de fuego. Las mismas fuentes informan que en el intercambio de disparos que se produjo, murió en forma instantánea el alto dirigente adeco, como consecuencia de un solo disparo que le penetró por el molar derecho con orificio de salida por el parietal izquierdo.

Este fatal acontecimiento ha activado de forma casi inmediata un gran despliegue policial. Los órganos represivos de la dictadura han incrementado el número de allanamientos a las residencias de opositores conocidos; las detenciones se han multiplicado y las torturas se han hecho rutinarias, incluso se rumora la desaparición de algunos secuestrados políticos.

La misma noche del crimen, Marisabel recibe una llamada telefónica de Ramiro, quien la pone al tanto de algunos pormenores del suceso y la cita para las siete de la mañana de hoy en la iglesia de El Valle, donde le transmitirá las instrucciones emanadas del organismo de Dirección Regional de la Juventud Comunista.

Tal como habían acordado, la joven se encuentra con Ramiro a las puertas de la iglesia. Éste le notifica que, como consecuencia de los acontecimientos donde murió el dirigente adeco, la dictadura ha redoblado la represión y han sido detenidos decenas de camaradas en toda Caracas, de los cuales tres son de la parroquia El Valle. Seguidamente, le notifica que la Dirección Regional ha ordenado la mudanza inmediata de todos los militantes que vivan en residencias con direcciones conocidas por la Seguridad Nacional.

—Marisabel, tienes que mudarte hoy mismo con tu esposo, que también está fichado por la SN —le dice Ramiro con mucha vehemencia—. Estarán unos dos o tres días en una casa en Coche mientras pasa esta emergencia, después podrán regresar a tu vivienda.

Se detiene, observa el rostro de sorpresa de Marisabel y agrega:

—Sé que es una cuestión bien incómoda para ustedes, pero tienes que hacerlo y de inmediato. —Hace otra breve pausa y continúa:—

Desde las ocho de esta mañana te estará esperando una camarada en la casa N° 16 de la vereda 80 en Coche. Ella te entregará las llaves y te pondrá al tanto de todo lo que necesites saber sobre esa residencia; allí estarás segura estos días. La casa es de un militante de toda nuestra confianza que no está en Caracas ni regresará antes de dos semanas. Allí encontrarás alimentos, dormitorio y tendrás todas las comodidades.

Toma aliento y, tratando de ser convincente, agrega:

—Y es necesario que te mudes con tu esposo porque, como tú lo sabes, él también tiene registro en el cuerpo policial. Yo te avisaré cuando pase el peligro y puedan regresar a su casa. La vivienda tiene teléfono, pero utilízalo lo menos posible y no le menciones a nadie la dirección donde te encuentras.

La muchacha se había quedado impávida ante las inesperadas instrucciones que le transmitió Ramiro, y se le agolparon en la mente las innumerables complicaciones que esta nueva situación le ocasionaría. El más grave, tal vez, la pérdida de clases en la escuela de Medicina, justificar su ausencia a las guardias en la farmacia, pero sobre todo lo más difícil de afrontar: convencer a Manuel de la necesidad de mudarse.

Ramiro, tratando de tranquilizarla un poco, al despedirse le dijo:

—Por las clases no te preocupes, recuerda que en esta nueva realidad política el Gobierno ha arremetido contra las fuerzas políticas dentro de la universidad y las autoridades se han visto obligadas a suspender las actividades. Pero además, yo estaré atento y si hace falta le daré alguna justificación a la gente de control de estudios.

Al regresar a su hogar, Marisabel encontró a Manuel esperándola, visiblemente molesto y preocupado, por lo que, sin preámbulos, lo puso al tanto de los precipitados acontecimientos que los involucraban.

—Mi amor, tenemos un gravísimo problema, la Seguridad Nacional está haciendo redadas en Caracas, anoche detuvieron a decenas de camaradas. La Dirección de la Juventud tiene información con-

fidencial de que hoy la policía va a realizar allanamientos en varias residencias de El Valle, por lo que nos recomienda que nos mudemos de inmediato.

Ante las evidentes muestras de desagrado que percibió en Manuel, se apresuró a complementar la información:

—Ellos nos consiguieron una casa de un camarada que está fuera de Caracas. Allí, si aceptamos la sugerencia, podemos pasar dos o tres días y nos avisarán cuando podamos regresar.

Pero viendo que el asombro y el malestar seguían presentes en el rostro de Manuel, quien permanecía enmudecido, insistió, argumentándole:

—Mi amor, yo sé que esto es muy desagradable para ti, y para mí también lo es, pero los dos estamos fichados por la Seguridad Nacional, tienen nuestra dirección y existe una posibilidad muy alta de que nos allanen la casa. Además, serán sólo dos días.

Después de discutirlo durante más de una hora, Manuel convino, a regañadientes, en mudarse. De inmediato Marisabel procedió a meter en dos bolsos lo indispensable para realizar el traslado. Decidieron que el pequeño José Manuel se quedaría con la madre de Marisabel, quien también fue enterada de lo que estaba ocurriendo.

Pasados algunos días, la represión policial se redujo y los camaradas de la JC regresaron a la rutina de sus actividades políticas cotidianas centradas, prioritariamente en los dos últimos meses, en la campaña electoral para las elecciones de diputados a la Asamblea Constituyente, que había convocado la dictadura para el 30 de noviembre.

*

Está oscureciendo y un autobús que hace su aparición por la estrecha y vetusta carretera de El Valle se detiene en su estación de La Bandera; es uno de los *chingos* azules que cubren la ruta El Valle-Plaza España. Al detenerse en la parada, en donde finaliza el primer

tramo de su itinerario, un joven colector desde la puerta delantera grita a todo pulmón:

—Se acabó la locha... Se acabó la locha.

Es jueves 27 de noviembre. Del colectivo, que viene casi lleno, se bajan cuatro pasajeros, que por sus bragas de obreros revelan ser trabajadores de la fábrica de chocolates que opera en la calle Real de El Valle, de regreso a sus hogares. Suben seis personas y seguidamente el empleado de la empresa autobusera, con la vista, cuenta los asientos que continúan ocupados y comienza a halar la cuerda que cuelga del pequeño contador adosado a la entrada. Tin, tin, tin... se oye repetidas veces, en el momento en que el colectivo comienza a moverse. Los pasajeros que permanecen en el bus tendrán que abonar otra locha para cubrir el precio del pasaje del nuevo trayecto, que los conducirá desde La Bandera hasta la plaza España.

Entre los pasajeros que siguen el viaje se encuentran los inseparables camaradas Segundo y Alí. Ellos se dirigen al Nuevo Circo, donde el partido URD realizará el mitin de cierre de su campaña para las elecciones de la Constituyente. La JC y el PC de El Valle han convocado a todos sus militantes a esa concentración, programada para las siete de la noche. Los jóvenes comunistas van entusiasmados, ya que tendrán la oportunidad de escuchar a Jóvito Villalba, de quien oyeron decir en la última reunión del CB-5 que es el mejor orador del país, y también a don Mario Briceño Iragorry, renombrado hombre de letras.

Al acercarse al coso, se dirigen hacia la parte sur de la entrada principal, donde habían acordado reunirse todos los militantes de El Valle. En efecto, ya se encontraban allí unos 10 o 12 jóvenes. Segundo y Alí se encaminaron a integrarse al grupo al momento en que Carmen, siempre alegre y jovial, al verlos desde cierta distancia les grita:

—Bienvenidos camaraditas, incorpórense al sabor. —Todos rieron la ocurrencia.

—¿Y los demás? —preguntó Segundo al llegar.

—Marisabel, su esposo, *El Pintor* y otros camaradas ya entraron, nos esperan hacia el tendido de sol. En las primeras gradas nos están guardando unos asientos —respondió Carmen con presteza y, luego de una pausa, agregó: —Si decidimos entrar, alguno de nosotros tiene que quedarse aquí para informarle a los que vayan llegando el lugar donde estaremos concentrados, porque todavía debe faltar como una hora para empezar.

En los tendidos de sol y de sombra aún se observan algunos claros, pero en la arena ya no cabe un alma. Además, hay una nutrida y entusiasta concurrencia que ya plena, casi en su totalidad, los espacios anexos del coso y también las calles aledañas. Entre algunos asistentes veteranos se oye el comentario de que éste es el mitin más grande que, hasta ahora, se ha realizado en Caracas.

El acto transcurrió en medio de un desbordante entusiasmo que llenó de optimismo a todos sus asistentes. En medio del ensordecedor bullicio de las miles de personas allí concentradas, cada cierto tiempo se oían las consignas de los más entusiastas: *Muera la dictadura; Libertad, libertad, libertad; Abajo Pérez Jiménez*. La concentración concluyó con total normalidad, sin los incidentes que algunos pesimistas habían pronosticado. A la salida, se formaron pequeños grupos que en la retirada hacia sus parroquias formaban pequeñas manifestaciones gritando consignas contra la dictadura.

Segundo y Alí salieron complacidos, habían comprobado la excelencia del discurso del máximo líder de URD.

Alí, al momento de abandonar las gradas, no pudo ocultar su emoción y exclamó:

—A mí lo más que me gustó fue el discurso del viejito Briceño Iragorry.

Casi toda la prensa del lunes 1ro de diciembre recoge la información ofrecida por un vocero de URD, quien afirmó la noche anterior que su partido había arrasado en los comicios con más de un 1.200.000 votos, y aseguró que el partido del Gobierno sólo pudo conseguir un poco más de 400.000 sufragios. Por último, vaticinó que URD tendría mayoría en la Asamblea Constituyente.

Esa misma tarde, la dictadura prohibió toda información sobre los resultados electorales, dando las primeras señales del enorme fraude que ya estaba en ejecución. En horas de la noche de ese mismo día, el órgano ejecutor del proceso electoral al cual renunciaron, según se supo, 11 de sus miembros, dio a conocer unas cifras amañadas donde el FEI obtenía la mayoría de los diputados con 45,64 % de los votos, URD aparecía con 36,96 % y Copei con 17,39 %.

El 15 de abril de 1953, la Asamblea Nacional Constituyente espuria, producto de ese fraude, aprueba la nueva Constitución. Dos días después nombra a Pérez Jiménez Presidente Provisional de la nueva Junta de Gobierno, y el 19 de abril le toma juramento como Presidente Constitucional de Venezuela, con un mandato por cinco años.

Muchos de los diputados electos en las planchas de URD y COPEI fueron encarcelados o expulsados del país. Igual suerte corrieron Jóvito Villalba y otros importantes líderes de esos dos partidos. Don Mario Briceño Iragorri, diputado electo, lanzó un mensaje a la nación denunciando el fraude y se asiló en la Embajada de Brasil.

De esa forma se consumó el descarado fraude que pretendió dar legalidad al gobierno tiránico de Pérez Jiménez y su grupo.

Capítulo XIII

HACIA LAS MASAS

Al iniciarse la reunión semanal del CB-5, Ramiro, después de las formalidades acostumbradas al inicio de las reuniones del Comité, sin perder un minuto más procedió a informar:

—Bien camaradas, tengo noticias bien importantes que transmitirles, por lo que les ruego la mayor atención. —Hubo unos pocos segundos de absoluto silencio y todos permanecieron muy atentos. Ramiro continuó:— La cuestión es la siguiente: como todos sabemos, recientemente se realizó el Congreso Nacional del Partido, al cual asistieron los dirigentes de nuestra organización. En ese evento, nuestros camaradas han realizado un profundo análisis y formulado una sincera autocrítica, lo que propició un largo y fructífero debate que finalmente condujo a nuestra Dirección Nacional a asumir una novedosa política que hemos denominado de *Apertura hacia las masas*.

Hizo una corta pausa y continuó:

—Ahora bien, ¿qué significa apertura hacia las masas? Se trata de llegar con nuestra orientación política a todos los sectores de la juventud. No sólo a la juventud de los barrios, como lo hemos estado haciendo hasta ahora. Esto, por supuesto, no es nada fácil, tendremos que vencer muchos obstáculos. Muchas de esas dificultades son producto de la inexperiencia pero, en definitiva, el asunto es que de ahora en adelante para lograr ese objetivo pondremos un mayor énfasis en el trabajo legal. Pero, atención, esto no significa, de ninguna manera, que

dejaremos la clandestinidad, sino que a partir de hoy ya no seremos más una organización cerrada, limitada sólo a la discusión interna y a la difusión de sus políticas únicamente por medios clandestinos. De ahora en adelante tenemos que acercarnos más a la juventud, al pueblo todo, a través de actividades legales que llevaremos adelante, especialmente, en las áreas de la cultura, el deporte y la recreación.

Luego de un corto silencio, continuó:

—En fin, se trata de dar un viraje en nuestro accionar diario, que nos permita conectarnos a través de organizaciones juveniles que necesariamente tendremos que fundar, en los ámbitos de la cultura, el deporte y la recreación, con jóvenes de todos los sectores de la sociedad. Igualmente, nos proponemos desarrollar esas mismas actividades en los liceos y universidades, con los jóvenes trabajadores de las fábricas y del campo y, de esa manera, lograr una mayor eficacia en nuestro objetivo fundamental, que no es otro que llevar nuestra orientación político-ideológica a todo el pueblo.

Ramiro se detuvo y Carmen, siempre cuestionadora, aprovechó para preguntar:

—¿Eso quiere decir que abandonaremos las *pintas* y las otras tareas clandestinas? No sé... pero me parece... —iba a continuar, pero Ramiro la cortó.

—No Carmen... perdona que te interrumpa... Mientras estemos ilegalizados continuaremos con esas acciones, que son absolutamente necesarias, pero la idea es combinarlas con una actividad legal que nos permita llegar más directamente al pueblo y, particularmente, a los jóvenes. ¿Qué quiere decir esto? —se preguntó— Que seguiremos pintando letreros en las paredes, repartiendo mariposas y pegando afiches, al igual que lo hemos hecho hasta ahora, pero al mismo tiempo organizaremos a sectores juveniles en los barrios, en los urbanismos... en el campo, para ampliar nuestro accionar político a través de las actividades deportivas, culturales y de cualquier otro tipo que se nos ocurra, sin que por ello tengamos que abandonar la lucha clandestina contra la dictadura.

—Pero... ¿cómo haremos eso? Yo lo veo bastante difícil —interrogó Segundo incrédulo— Aquí en El Valle nosotros no tenemos *ñángaras* deportistas, ni camaradas metidos en el teatro o en grupos musicales. Que yo sepa, la única que está metida en la música es Aurora, y es en música clásica.

Mientras Segundo interrogaba, Ramiro, atacado por el tic que le hacía parpadear cuando se agitaba, reordenó rápidamente sus ideas y la respuesta no se hizo esperar.

—Precisamente, por eso fue que al principio les dije que la tarea era complicada, pero eso sí, no imposible. Efectivamente, la inmensa mayoría de nosotros no somos deportistas ni artistas, somos jóvenes actuando políticamente, pero nuestra organización tiene que ingeniárselas para salir adelante.

Ramiro visiblemente emocionado le puso mucho énfasis a su discurso.

—Nuestra voluntad y decisión política tiene que llevarnos a convertirnos en promotores y hasta en actores, de ser necesario, en ejecutantes de esas actividades. Buscaremos el acercamiento, el asesoramiento, el acompañamiento y hasta el compromiso de deportistas, de actores, de músicos, de poetas, de quien sea necesario, pero lo haremos... Seguro que lo haremos. —Concluyó rebosante de optimismo y determinación.

Todos enmudecieron. Estaban visiblemente impactados por la pasión que Ramiro le insufló a sus palabras finales. De repente se oyó la voz chillona, inconfundible, de Alí, que no pudo contenerse:

—¡Yo me anoto en el equipo de voleibol!

Todos rieron ante la salida jocosa del ingenioso camarada, que sirvió para bajar la tensión del momento.

Marisabel había seguido muy atenta las palabras de Ramiro y se veía complacida. Pidió la palabra y todos la miraron. Ella intervenía poco pero, en cada ocasión que lo hacía, todos se mantenían expectantes.

—He seguido con mucha atención las explicaciones de Ramiro sobre la nueva política de nuestra organización. Mi opinión inicial es

que es un gran acierto este viraje que vamos a dar y, por tanto, creo que con la voluntad y el esfuerzo de todos lograremos mucho éxito, sobre todo en la provincia. Mi experiencia en mi pueblo, y perdonen que siempre lo ponga como ejemplo, fue que allí los jóvenes no teníamos una organización que nos orientara y mucho menos que nos diera apoyo. Y, sin embargo, siempre estábamos formando grupos de teatro, equipos deportivos, buscando la manera de organizarnos. Aquí, en las grandes ciudades, parece que es más difícil esa integración, ese deseo de asociación de los jóvenes. Tengo la impresión de que aquí tendemos a aislarnos, a ser más egoístas. Si la JC logra desarrollar con eficacia esta nueva política en todo el país, en pocos años tendremos una organización juvenil nacional muy fuerte. Así que brindémosle todo el apoyo a la Dirección Nacional y avancemos hacia las masas.

Las palabras optimistas de Marisabel reanimaron y le dieron un vuelco positivo a las reflexiones. Luego de un breve silencio, tomó la palabra Segundo.

—Si entendí bien... ¿Entonces podemos incorporar a personas que no militen en la JC? —Preguntó.

—Eso es correcto —confirmó Ramiro.

—Bueno... tengo un amigo con voz de tenor, al que llamamos *Cara e' Cantante*. Estoy seguro de que si lo invito, nos acompañará.

—Magnífico, ya hablaremos de eso y de otras muchas actividades más adelante, cuando planifiquemos las tareas a desarrollar. —Respondió Ramiro— Mientras tanto tengo otra información importante, que complementa las ideas que expresé anteriormente: la Comisión Ejecutiva Local decidió, para comenzar a dar cumplimiento a esta nueva orientación política, crear un Centro Cultural y Deportivo que llevará por nombre Simón Rodríguez, para que nos sirva de base de operaciones donde impulsemos nuestro trabajo de apertura hacia las masas.

Ramiro detuvo su intervención para buscar otros datos que traía en una carpeta y en seguida los leyó:

—El Centro Cultural comenzará a funcionar en la 2da avenida cruce con la calle 4 de Los Jardines. Sus actividades estarán en concordancia con la nueva política a implementar por nuestra organización. —Y cerrando la carpeta, continuó— Funcionará en un local muy pequeño, fue lo que pudimos conseguir, que nos servirá temporalmente hasta que encontremos uno más apropiado. Por último, —prosiguió— los convoqué el sábado de la próxima semana, a partir de las once de la mañana a la dirección que mencioné, para que entre todos hagamos la inauguración y comencemos a darle vida al nuevo centro.

Efectivamente el local era sumamente reducido, se trataba de una habitación que el dueño del inmueble aisló del resto de la quinta y le abrió una puerta hacia el jardín.

Tal como estaba planificado, el sábado 19 de mayo de 1953 abrió sus puertas la novedosa institución cultural. Al momento de la inauguración había más de 20 jóvenes, casi todos militantes o simpatizantes de la Juventud Comunista, que no cabían en el local, por lo que la mayoría se vio forzada a salir a la calle. El acto fue muy sencillo, se limitó al nombramiento de una junta directiva provisoria, que encabezó Manuelita, y se estableció un horario de apertura del local todos los días desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche, y los sábados y domingos desde las diez de la mañana hasta las siete de la noche.

Rápidamente, el Centro Cultural y Deportivo tomó un gran impulso con la asistencia diaria de militantes de guardia y otros muchos de forma voluntaria. Pero también con la incorporación de algunos jóvenes amigos que hicieron del Centro un lugar muy concurrido, sobre todo después de las siete de la noche. Con el trabajo diario de los jóvenes comunistas, al mes el Centro ya tenía conformados dos equipos de voleibol: uno en el barrio San Andrés y otro en la calle 9. Además, está en proceso de organización un grupo de bailes folclóricos que comanda un joven amigo de la JC quien trabaja en la agrupación oficial Danzas Venezuela. Este conjunto folclórico está ensayando para una presentación del *Pájaro Guarandol* en la parroquia La Vega,

por invitación de la Dirección Local de la JC en esa entidad. De igual forma, ya se ha conformado un grupo musical que ha realizado dos presentaciones en la parroquia, teniendo como solista al joven tenor Leonardo Noriega, conocido popularmente como *Cara e'cantante*.

*

La Dirección Nacional de la Juventud decidió, también como parte de la política de apertura hacia las masas, convocar al Primer Festival Nacional de la Juventud Venezolana en el mes de julio de este 1953, en Caracas, e invitó a todos los comités regionales a enviar delegaciones. El festival se realizó en el marco de las actividades desarrolladas por la Federación Mundial de la Juventud Democrática (FMJD), organización internacional a la cual está afiliada la JC.

El festival cumplió a medias un programa de actividades culturales y deportivas, entre las cuales cabe destacar un foro y tres conferencias sobre temas de actualidad política nacional e internacional, y muy pocas competencias deportivas. Hubo también algunos eventos culturales donde actuaron grupos folclóricos, musicales y teatrales de Caracas, así como de algunas regiones del interior, y se realizaron talleres de pintura, poesía y literatura en general. Ese festival se realizó a medias, y con muy bajo perfil comunicacional, porque los organismos policiales de la dictadura detectaron la dirección comunista del evento e hicieron todo lo posible para impedirlo. Algunas delegaciones pudieron llegar a Caracas, pero la mayoría fueron impedidas de viajar o detenidas en las carreteras. Los locales donde se realizarían algunos eventos en Caracas fueron allanados. Algunas pocas de las competencias planificadas en deportes se realizaron en el estadio Brígido Iriarte de El Paraíso, en la ciudad capital.

La actividad más divulgada por los medios de comunicación fue el concurso de poesía, que ganó un joven estudiante de cuarto año de bachillerato de Altagracia de Orituco, con un poemario titulado *La Torre de los Pájaros*.

Capítulo XIV

X CONFERENCIA INTERAMERICANA DE CANCELLERES

—La Dirección Nacional considera que la X Conferencia de Cancilleres, a realizarse en Caracas dentro de unos días, es una oportunidad única para llevar a los pueblos hermanos de Latinoamérica y del resto del mundo nuestro mensaje de solidaridad con el pueblo guatemalteco y su presidente Jacobo Árbenz, y de denuncia de la salvaje dictadura militar que gobierna a Venezuela.

Así comenzó Ramiro la reunión semanal del CB-5, añadiendo seguidamente:

—En ese sentido, se están planificando una serie de movilizaciones y otras acciones de protesta. Además de manifestaciones estudiantiles y de masas, se realizarán tomas de lugares estratégicos en acciones que sean imposible de ignorar por los medios de prensa internacionales. En próximas reuniones daremos los lugares los días y el tipo de acción que vamos a desarrollar.

Una semana más tarde, en la reunión regular del Comité completó la información:

—Mañana domingo, los convoco a todos a la manifestación que haremos a las puertas del teatro Alameda, en San Agustín del Sur. El mitin se iniciará a la salida de la función vespertina, más o menos a las siete de la noche, pero debemos concentrarnos a la entrada del teatro a las seis y treinta.

Por la autopista Caracas-La Guaira, inaugurada el 2 de diciembre del año pasado, están arribando las delegaciones que vienen a participar en la X Conferencia Interamericana de Cancilleres. El evento se llevará a efecto entre el 1ro y el 28 de marzo de este año 1954, bajo los auspicios, presiones y chantajes del gobierno de los Estados Unidos de América, con la intención de forzar un respaldo a sus planes de intervención y derrocamiento del gobierno de Guatemala, que preside el coronel nacionalista Jacobo Árbenz. Para lograr el apoyo de los países renuentes a aprobar una intervención armada, el Secretario de Estado estadounidense John Foster Dulles utiliza la falsa acusación de que Árbenz es un *dictador comunista que se sostiene en el poder apoyado por el régimen totalitario que impera en la Unión Soviética*.

Las organizaciones de izquierda del continente han denunciado que la estrategia de los yanquis es lograr la aprobación, en esta conferencia, de una resolución de condena al comunismo, tachándolo como un sistema incompatible con las democracias del continente y que sólo puede ser sostenido por el apoyo que le brinda una potencia extra-continental. Esta resolución sería la justificación para una futura intervención militar en Guatemala. Paradójicamente, el argumento esgrimido por el gobierno norteamericano de actuar en defensa de la democracia en el continente, encuentra el mayor respaldo en las cancillerías de gobiernos dictatoriales como lo son el de Somoza en Nicaragua, de Rafael Leonidas Trujillo, alias *Chapita*, en República dominicana, de Manuel Odría en el Perú y de Pérez Jiménez en Venezuela. Además, recibe el apoyo de gobiernos lacayos del imperialismo que conducen en estos años la mayoría de las naciones de la América hispana. Pero de la misma manera, tiene el contundente rechazo de las organizaciones populares, de los partidos políticos de izquierda y de la intelectualidad progresista de todo el continente, así como el cuestionamiento de varios gobiernos, como es el caso de Costa Rica que no asistirá al evento.

El Partido Comunista de Venezuela, a propósito de la realización de esta conferencia en Caracas, ha planificado una serie de actividades, tales como reparto de volantes, *pintas* en las paredes y manifestaciones a las puertas de fábricas, cines y parques, denunciando el evento como un descarado proyecto intervencionista del imperialismo norteamericano, que vulneraría la soberanía e independencia de Guatemala. Dentro de las múltiples actividades de protesta planificadas por los comunistas de Caracas, se ha convocado para mañana a un mitin relámpago a las puertas del teatro Alameda en San Agustín del Sur.

*

Son las últimas horas de la tarde del domingo 1ro de marzo. Ya está oscureciendo y faltan pocos minutos para la siete de la noche, la función vespertina no ha terminado y en los alrededores de la entrada del teatro Alameda se aglomera mucho más público del que habitualmente espera para ingresar a la función intermediaria, anunciada para las siete y quince. La sala exhibe *Si yo fuera diputado*, una de las muchas películas exitosas de Cantinflas, y a ello se debe una parte de la extraordinaria concurrencia de hoy. Pero a esto hay que sumarle las decenas de militantes comunistas de El Valle y de otras parroquias caraqueñas concentrados a las puertas del teatro, mezclados con los asistentes al espectáculo, que tienen programada una actividad política a la salida de la función vespertina. Se trata de una protesta a la realización en Caracas de la Conferencia Interamericana iniciada hoy en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela.

De pronto se oye un estrepitoso ruido, es el timbre que anuncia el fin de la vespertina y comienza a salir el numeroso público asistente a esa función, lo que incrementa enormemente la aglomeración. De pronto un joven, a la carrera, se aleja de la entrada y, ágilmente, trepa sobre un destartelado y viejo automóvil arrumbado en una de las esquinas, justo enfrente de la entrada del cine, y desde allí inicia su discurso valiéndose de un megáfono. El orador es Ramiro.

—¡Atención, atención, señores! ¡Atención camaradas! El gobierno norteamericano ha convocado a los gobiernos del continente a la X Conferencia de Cancilleres para tratar de justificar una futura invasión armada a la Guatemala heroica, a la Guatemala de Jacobo Árbenz. Es por ese motivo que los revolucionarios venezolanos estamos levantando nuestra voz de pro...

Ramiro no pudo terminar la oración porque en ese preciso instante se escuchan, muy cerca, tres detonaciones, una detrás de otra; ruidos que son característicos de las bombas lacrimógenas al explotar. Es la policía que avanza desde la avenida Principal de San Agustín del Sur e inicia una violenta arremetida contra los manifestantes.

En medio del barullo que se arma, repentinamente se escucha una voz clara y fuerte que grita:

—¡Camaradas, llegó la policía!... Corramos hacia el cerro. —Era la voz inconfundible de Ezequiel.

De inmediato, en medio de una gran algarabía, asistentes a la película y manifestantes, confundidos en una amorfa masa humana, corren en todas direcciones tratando de ponerse a salvo, con la excepción de algunos pocos que en vez de correr, buscan refugio en la antesala del teatro, que ya se encuentra abarrotada.

—¡Camaradas, corramos hacia el cerro! —Gritó de nuevo Ezequiel a sus compañeros de El Valle.

La mayoría sigue a Ezequiel y corre por las estrechas callejuelas hacia las empinadas escalinatas que conducen a la parte alta de la barriada.

Luego de varios minutos de veloz carrera, por los vericuetos de la empinada cuesta, los jóvenes detienen la marcha y se reagrupan en un pequeño recodo. Ezequiel, siempre activo y preocupado, fungiendo de líder pregunta:

—¿Quiénes faltan?

La respuesta no se hizo esperar.

—Yo vi que a Ramiro lo agarraron dos policías, y a dos o tres más también los detuvieron, pero no pude identificarlos. A mí, también me agarraron, pero logré soltarme —explicó uno de los jóvenes.

—Tenemos que salir rápidamente de acá. Seguro que este barrio lo *peinan* esta noche. ¿Alguien conoce las salidas? —preguntó de nuevo Ezequiel.

—Yo milito en Santa Rosalía, vivo cerca de acá y conozco bien el barrio. Si seguimos por este sendero podemos bajar por El Portachuelo. Hay otras salidas más cercanas, pero son peligrosas, deben estar tomadas por la policía. —Dijo otro de los muchachos.

—Muy bien camarada, ponte al frente y guíanos —ordenó Ezequiel.

Los jóvenes lograron llegar hasta El Portachuelo y allí Ezequiel propuso que salieran en grupos de dos o tres para no llamar la atención y, de esa manera, escapar del acoso policial.

En total, en la actividad propagandística, fueron detenidos Ramiro y otros cinco jóvenes comunistas; dos de la parroquia San Juan.

*

Son las siete y media de la noche del día lunes, de pronto se comienza a oír un ensordecedor ruido de sirenas. Son vehículos de la policía política que avanzan por la calle 4 desde la avenida Principal de Los Jardines de El Valle. Igual ocurría con dos patrullas que vienen por la 2da avenida. De esta forma se está cerrando el cerco sobre el local donde funciona el Centro Cultural y Deportivo Simón Rodríguez. Como secuela de los sucesos de la noche anterior en el teatro Alameda, la policía política del régimen pasó a la ofensiva, allanando el lugar donde la Juventud Comunista realizaba una exitosa política de masas.

Durante todo el día de ese 2 de marzo, se propalaron rumores de un inminente asalto al *Centro*, de tal forma que para los ocho jóvenes que permanecían de guardia en el local, no fue una novedad ese aparatoso despliegue policial. Toda la tarde estuvieron atentos y nerviosos, y no era para menos conociendo los antecedentes tenebrosos de la Seguridad Nacional y, sobre todo, después de los sucesos de la noche anterior en el teatro Alameda.

Desde el domingo pasado, cuando comenzaron a llegar las delegaciones a la X Conferencia Interamericana de Cancilleres, la presencia policial se había incrementado al máximo en toda la ciudad, y ya se contaban por decenas los militantes comunistas presos en todas las parroquias, particularmente en El Valle.

Los jóvenes de guardia en el Centro Cultural, encabezados por Carmen y Ramón, ante el inminente peligro huyeron precipitadamente, pero no pudieron escapar al cerco. En la esquina de la cuadra siguiente, en la calle 5, única vía de escape que tenían, había tres camionetas de la Seguridad Nacional y una decena de sus agentes esperándolos. Todos fueron maltratados al momento de ser aprehendidos y luego trasladados a la sede principal de la policía política en El Paraíso.

El golpe a la Juventud Comunista de El Valle, en esos dos primeros días de marzo, fue demoledor. En total fueron detenidos 12 militantes entre ellos los mejores cuadros, incluyendo a Ramiro y al responsable político de la parroquia. Pero, además, el allanamiento al Centro Cultural significó el fin de una rica experiencia política en la apertura hacia las masas de los jóvenes comunistas de El Valle, y le quitó una posibilidad de desarrollo social, en lo deportivo y cultural, a la juventud de la parroquia.

Luego del asalto al Centro, Manuel y Marisabel tuvieron una prolongada conversación. Manuel era de la opinión de que su esposa se mudara esa misma noche y ella se resistía, aduciendo las incomodidades que eso traería consigo. Luego de hablarlo por más de una hora, Manuel logró convencerla de que debía irse de inmediato, ya que consideraba inminente el asalto a su vivienda, y convino en llamar a Aurora.

—Aurora, camarada, ¿ya te enteraste?

La respuesta fue inmediata.

—Sí, por supuesto. Manuelita y yo hemos estado en contacto permanente, creo que ya lo sabemos todo, o casi todo. ¿Hay algo nuevo?

—No que yo sepa. Aurora, te estoy llamando por lo siguiente: me

temo que esta noche me visite la gente aquella y Manuel me ha convenido de que no debo dormir aquí... Quería pedirte el favor de que me alojes por esta noche una vez más... Habla con tu mamá y me llamas.

—No camarada, no necesito consultárselo, ella estará complacida. Aquí estarás segura... Te espero. A mi madre sólo tengo que informarle que te invité.

—Gracias Aurora, gracias. En un par de horas, o antes, estaré allá.

Cuando Marisabel llegó con Manuel, Aurora la estaba esperando. El viejo Chevrolet se detuvo frente a la vivienda y ella, ágil, se acercó a la puerta del auto y les dijo cariñosa:

—¡Bienvenidos... amigos! Hola Manuel, ¿como estás? —y le tendió la mano.

—Buenas noches Aurora. ¿Gracias, gracias, te lo agradecemos mucho! —respondió.

Marisabel, con un beso en los labios, se despidió de Manuel y le susurró al oído:

—Hasta mañana mi amor. Te llamo temprano.

Al entrar a la casa, Aurora le ratificó:

—Marisabel, camarada, siéntase como en su casa.

—Gracias Aurora. Yo sé que ustedes me reciben con cariño, pero estaba renuente a molestarlos de nuevo. Manuel tuvo que convencerme de lo peligroso que era quedarme esta noche en Punta Brava. Me da mucha vergüenza con tu mamá, incomodarlos de nuevo.

Era la segunda vez que Marisabel se refugiaba en casa de Aurora.

—Noo... no Marisabel, no te avergüences, mamá más bien está complacida de que vengas de nuevo. Desde que te conoció ella siente una gran simpatía por ti y sobretodo una gran admiración. Si tú supieras todas las cosas buenas que dice de ti, siempre te pone de ejemplo. Ella ya viene para acá, está en la cocina terminando una torta para mi hermano que cumple años mañana.

Cuando finalmente las muchachas se refugiaron en la habitación, y luego de hacer un repaso minucioso de los acontecimientos de los últimos dos días, Aurora se atrevió a preguntar a su compañera:

—Marisabel, hay algo que me llama la atención y nunca me he atrevido a preguntarte: ¿cómo es que tú, que siempre reafirmas una profunda fe cristiana, entraste a formar parte de nuestra organización, estando al tanto de que todos, o casi todos sus militantes, somos ateos? —Y, presurosa, agregó:— Perdóname esta intromisión en tu vida personal.

—No... no te preocupes Aurora. Tu pregunta es muy legítima y sé que la formulas con la mejor intención. —Se detuvo unos instantes para tratar de ordenar una respuesta coherente y prosiguió:— Lo primero que tengo que decirte es que tuve la suerte de ingresar a la escuela de Medicina y encontrarme allí con un grupo de compañeros extraordinarios y, especialmente con Ramiro, quien es una excelente persona, es como mi hermano. Desde los primeros momentos encontré en ellos mucho apoyo, mucha solidaridad para enfrentar una realidad dura. Te puedes imaginar... Una ingenua campesina encontrarse de repente en aquel ambiente, que para nada resulta acogedor a primera vista. Pues bien, desde esos primeros días me ofrecieron su apoyo, su amistad, y con el tiempo fui compenetrándome con sus inquietudes sociales y, finalmente, conociendo de su militancia política.

Hizo otra pausa, comprobó que su amiga, con su silencio, la seguía con mucho interés, y continuó:

—Como lo he repetido varias veces en el CB-5, mi formación es profundamente cristiana. Mi madre desde mi infancia me adoctrinó y siempre me he mantenido fiel a esos principios. Por supuesto que no son los mismos que tenía en mis años de adolescencia: las lecturas, las discusiones con los camaradas, que siempre han sido muy respetuosas, han hecho más racionales mis creencias, digamos más filosóficas, menos emotivas. Hoy creo en la existencia de un Ser Supremo totalmente diferente a aquel dios infinito y omnipotente de mi infancia. De todas formas, te confieso que ese es un tema latente en mis pensamientos, en mis inquietudes intelectuales pero, eso sí, puedo asegurarte que no sufro de crisis morales o espirituales y estoy segura de que con el tiempo lograré un mayor equilibrio entre mis ideas religiosas y mis concepciones políticas marxistas.

Se detuvo unos instantes y concluyó:

—Estoy segura de que tendremos oportunidad de hablar de este asunto en otros momentos.

—Gracias Marisabel, por compartir conmigo esas ideas, esos sentimientos tan íntimos.

Y hablando de nuestro problema más inmediato, —interrogó Marisabel— ¿ya se conocen los nombres de los camaradas presos esta noche?

—Sí, ya Manuelita me dio algunos nombres, no todos. La cuestión es que dentro de los presos hay dos que no tienen nada que ver con nosotros, son personas que pasaban por allí en ese momento. Pero estamos seguras de que, por lo menos, los ocho compañeros que estaban de guardia en el local están detenidos, entre ellos dos de los hermanos Manzanilla. Sabemos también que fueron detenidos el compañero que entrena al grupo de danza del Centro, que no es militante, y también un jovencito que tenía dos o tres días que estaba yendo al Centro por las noches. Los demás son todos camaradas, menos dos, como te dije antes, que no sabemos nada de ellos. —Hizo una pausa y agregó:— Ahora, de todo lo ocurrido creo que lo más lamentable es la prisión de Ramiro. En el Comité vamos a extrañar sus orientaciones políticas y, sobre todo, su ejemplo de militante honesto, consecuente; él es un gran camarada, nunca olvidaré sus enseñanzas. La otra pérdida importante es el camarada Ezequiel, quien fue hecho preso, según me informó Manuelita, en el allanamiento al Centro.

—Estoy de acuerdo contigo, —respondió Marisabel— los dos son una gran pérdida para la organización, especialmente en el caso de Ramiro. Puedo decir que la formación política que tengo, en gran parte, se la debo a él y a los otros camaradas de la universidad. Ramiro, tal como tú dices, es un gran camarada.

Y con mucha tristeza agregó:

—Otro joven venezolano que ve frustrados sus sueños, sus esperanzas de aportar con su esfuerzo al desarrollo del país. Siempre me

hablaba de sus deseos de finalizar pronto sus estudios para irse a su tierra, a los llanos de Apure, a trabajar por los más humildes. El está en el último año de la especialización como sanitarista. Recuerdo las tantas veces que me dijo: *Mi vocación es la medicina social*. Es un crítico severo de la medicina privada. Quien sabe cuánto tiempo lo tendrán preso, pero lo que sí te puedo asegurar es que cuando salga seguirá con sus sueños, con sus deseos de ser un servidor social. Además, ya que entramos en este terreno de la confidencialidad, te confieso que Ramiro para mí es más que un camarada, más que un amigo, es el hermano que nunca tuve. Nuestra amistad es tan sólida que, inclusive, me ha ocasionado conflictos con Manuel que es muy celoso. Afortunadamente esa situación ya está superada. Creo que conozco muy bien a Ramiro y te puedo decir que es una persona excepcional: leal, sincero, solidario, fraterno...

Hizo silencio algunos segundos, tratando de recuperar la serenidad, y concluyó:

—Sí... efectivamente, como tú dices, es una gran pérdida para nosotros. Ahora los esbirros del Gobierno deben estar martirizándolo, pero ten la seguridad de que el comportamiento tanto de Ramiro como de Ezequiel frente al aparato represivo de la dictadura será muy digno.

En ese momento se produjo un prolongado silencio, que fue interrumpido por Aurora.

—Amiga, me siento muy confiada contigo y quisiera consultarte algo muy íntimo... Se trata de mi relación con Nelson. Como tú bien sabes, él es mi compañero de estudios en el liceo. Él y yo... —se sonrojó un poco, y continuó— como todos ustedes saben... somos novios, y tengo muchas dudas de contárselo a mi mamá que, con seguridad, se lo dirá a mi papá. Él es sumamente estricto y tengo el temor de que entre los dos me contraríen esa relación. —Se detuvo brevemente y, apreciando el interés que Marisabel demostraba, continuó— ¿Qué opinas tu? ¿Debo contárselo a mi mamá?

La respuesta no se hizo esperar. Marisabel adoptando una actitud muy persuasiva expresó:

—Claro Aurora, debes confiar en tu madre, que con seguridad te comprenderá y hasta puede brindarte su apoyo frente a una supuesta oposición de tu papá. Sí amiga, mi respuesta es rotundamente sí.

Aurora emocionada, abrazó a su camarada al momento de decirle:

—¡Gracias Marisabel!... Gracias amiga.

Aprovechando el silencio que se produjo, Marisabel, viendo su reloj, opinó:

—Como ha sido un día muy agitado, las dos estamos cansadas. Te propongo que continuemos esta charla mañana.

—Así es, estoy de acuerdo —respondió Aurora.

*

A raíz del asalto al Centro Cultural Simón Rodríguez, la Dirección de la Juventud Comunista de la parroquia decidió nombrar responsable político del CB-5 a Marisabel, luego de un prolongado debate donde se evaluó los trastornos que esa decisión podría tener en el desenvolvimiento de su vida familiar y estudiantil. Efectivamente, esta designación provocó fuertes desavenencias entre Marisabel y su esposo, quien argumentaba que esa nueva responsabilidad provocaría en su esposa un mayor abandono de sus obligaciones hogareñas y que repercutirían, sobre todo, en la atención del pequeño José Manuel.

En la primera reunión a la que asiste Marisabel con su nueva responsabilidad al frente del CB-5 ofreció amplia información sobre los sucesos ocurridos durante la celebración en Caracas de la X Conferencia de Cancilleres, y un balance sobre los allanamientos, las detenciones y los abusos cometidos por los agentes de la Seguridad Nacional. En ese recuento mencionó a los camaradas de El Valle detenidos esos días e informó, también, sobre las circunstancias en que fue detenido Ramiro en el acto del teatro Alameda. Sobre él añadió que fue enviado hace dos días al campo de concentración de Guasina. Al llegar a ese punto se detuvo, sacó una hoja de la agenda que siempre llevaba consigo y leyó lentamente:

“Guasina es una isla situada entre el caño Boca Grande y Sacupana del Remanso, al sur de Venezuela, muy cerca de la frontera con Guyana. Fue acondicionada en 1939 y utilizada como prisión de inmigrantes ilegales y delincuentes comunes hasta 1943, luego clausurada y reabierta como campo de concentración de prisioneros políticos hace dos años. Allí han sido depositados centenares de luchadores contrarios a la tiranía, muchos de los cuales todavía se encuentran en esa isla. Se tienen informaciones confidenciales que revelan que debido a las condiciones de insalubridad y las inundaciones que provoca el Orinoco en sus crecientes anuales, la dictadura está construyendo una cárcel para presos políticos en Ciudad Bolívar, a donde serán trasladados los secuestrados políticos que aún permanecen en ese recinto.”

Al terminar de leer el texto tomado de un documento de la resistencia, complementó:

—Éste es uno de los lugares donde la dictadura envía a sus oponentes y allí ha sido trasladado nuestro querido camarada Ramiro. Estamos seguros de que de esta prueba saldrán fortalecidas sus convicciones revolucionarias y templado su carácter para continuar la lucha por un mundo de paz, igualdad y justicia, es decir, una sociedad socialista.

Se detuvo unos instantes y después agregó:

—Además de Ramiro, preso en el teatro Alameda, fueron detenidos también Ramón, Carmen y Ezequiel junto con cuatro camaradas más en el Centro Cultural. En otras acciones represivas la policía política se llevó preso, desde su vivienda, al responsable político de la Juventud de nuestra zona y a varios militantes de *El Viejo*.

Se cayó varios segundos y luego continuó:

—A Carmen la pusieron en libertad hace dos días, por gestiones que hizo su padre, y éste la envió ese mismo día para Barquisimeto.

Todos permanecieron en un respetuoso silencio, mostrando de esta forma la solidaridad con los compañeros secuestrados. Seguidamente Marisabel sobreponiéndose a la tristeza, continuó:

—Pero estos hechos, camaradas, a pesar de que lógicamente nos entristecen, no deben conducirnos al desaliento, mas por el contrario deben servirnos para fortalecer nuestra conciencia y reforzar nuestro espíritu rebelde para seguir luchando contra esta despiadada tiranía.

*

Ya estamos en agosto de 1956, han pasado dos años y está oscureciendo. Faltan pocos minutos para las siete. Segundo y Alí se bajan del *chingo* en la parada de la calle 14 y dirigen sus pasos hacia la vivienda de Aurora, situada a unas tres cuadras, en la calle 13. Allí se reunirán con los otros camaradas del Comité de Base N° 5 de la JC para homenajear a Marisabel, quien ha culminado exitosamente sus estudios de medicina en la Universidad Central. Los inseparables compañeros llegan a la puerta de la vivienda y al momento en que Segundo se disponía a tocar el timbre, Alí lo detiene y le dice:

—Oye, *Aragüita*, antes de entrar quiero decirte algo: hay que quitarse el sombrero ante Marisabel. Coño, tú sabes lo que es venir de ese monte de donde ella dice que salió y meterse en esa carrera, que todo el mundo dice que es bien jodida, y salir *pa'lante* y con buenas notas. ¿No te parece?

—Claro *Flaco*. Hay que tener bastantes ganas y echarle bolas pa-rejo para estudiar medicina. Pero no es sólo eso, hay que tomar en cuenta que ella está casada, tiene un hijo pequeño, hace guardias en una farmacia y además milita en la JC. —Toma un respiro y continúa— Estoy de acuerdo contigo *Flaco*, hay que quitarse el sombrero ante Marisabel. Esa camarada es verdaderamente un cráneo y tiene una voluntad de acero y, además,... es bella y muy simpática.

Al momento de finalizar la reunión del CB-5 el sábado de la semana pasada, Aurora pidió la palabra y expresó:

—Los invito a todos a mi casa el viernes de la semana próxima a las siete de la noche, para celebrar con nuestra querida Marisabel el haber culminado con excelentes notas su carrera de médica. Sólo le falta que le entreguen el título. Al final de la reunión les daré la dirección a los que no la sepan.

Los otros invitados, tanto del CB-5 como de otros comités de la JC, fueron llegando graneaditos y, finalmente, cuando estuvieron todos presentes, Aurora pidió su atención:

—Atención camaradas. Como todos ustedes bien lo saben, estamos reunidos hoy porque nos encontramos muy alegres, felices, y queremos celebrar el exitoso final de sus estudios de medicina de nuestra querida camarada Marisabel... Estamos al tanto de las difíciles condiciones en que Marisabel ha cursado su carrera y, sin embargo, ha sabido sobreponerse a los obstáculos. No sólo ha salido airoso, sino que lo ha hecho con excelentes notas. Así que, Marisabel, estamos muy felices con tu triunfo y te auguramos un exitoso ejercicio de la medicina al servicio de los más humildes y necesitados.

Se detuvo unos instantes y agregó:

—Lo único que lamentamos es que en estos gratos momentos no estén con nosotros los queridos camaradas Ramiro, Carmen Ramón y Ezequiel que, con toda seguridad, estarían igualmente felices celebrando con nosotros. ¡Qué sigan los éxitos Marisabel!

De pronto se oyó la suave y rítmica voz de Manuelita:

—Yo me uno, junto con los camaradas aquí presentes, a las felicitaciones a nuestra querida camarada y amiga Marisabel, quien se ha convertido desde que se unió a la JC en ejemplo de constancia y esfuerzo para todos nosotros. ¡Felicidades y mucho éxito amiga... camarada!

Luego de varias intervenciones, cuando parecía que ya nadie más hablaría, se oyó la inconfundible voz de Alí:

—Yo quiero decir algo y como no sé decir discursos bonitos, sólo diré lo siguiente: ¡Ante Marisabel hay que quitarse el sombrero!

Todos celebraron la feliz ocurrencia del desinhibido camarada.

Al sonar la música varias parejas salieron a bailar, siguiendo el ejemplo de Aurora que sacó a *El Pintor*.

Ya de regreso al hogar, Marisabel le preguntó a su marido:

—Y bien, mi amor, ¿qué te ha parecido la reunión?

—¡Extraordinaria! Te confieso que esta noche he tenido una grata sorpresa. Siempre tuve la idea de que tus relaciones con tus camaradas eran muy formales, muy serias, es decir relaciones exclusivamente políticas. Esta noche he comprendido que entre ustedes se crean fuertes lazos de amistad, de fraternidad, que van más allá de la simple militancia. Verdaderamente estoy impresionado por cómo te quieren y respetan tus camaradas.

Al oír esas palabras Marisabel, emocionada, se arrimó a Manuel y, amorosa, le dijo muy quedamente al oído, al momento de darle un beso en la mejilla.

—Gracias mi amor.

Capítulo XV

RETORNO A SAN MIGUEL

San Miguel es un pequeño y acogedor poblado enclavado en las riberas orientales del río Orituco, situado al noroeste del estado Guárico. Fue fundado en los primeros años del siglo XVIII por las autoridades coloniales de España como pueblo de indios, conocido también como pueblo de doctrina. Con el correr de los años, se produjo un mestizaje inicial con el aporte de los pobladores originarios y los conquistadores, y pocos años más tarde esa mezcla étnica se diversificó con la sangre de los esclavos negros traídos por los primeros encomenderos desde Barlovento para el cuidado de las plantaciones de cacao, cultivo que cubrió casi todo el valle alto del Orituco durante un poco más de una centuria.

A poco de finalizar Marisabel Fernández su bachillerato en el colegio Federal, ocurrió el deceso repentino de su padre. Ello generó una crítica situación económica en el seno de su familia y la obligó a postergar su irrenunciable decisión de estudiar medicina, aceptando el cargo de maestra rural en la hacienda cafetalera Las Marías, ubicada en las escarpadas serranías de las nacientes del río Orituco, en las intrincadas selvas de Guatopo. Luego de ejercer las funciones de maestra en la escuelita unitaria de la hacienda por más de un año, imprevistas y desagradables circunstancias la obligaron a salir precipitadamente de la hacienda en compañía de Manuel Bandres, su novio en aquel entonces, emigrar a Caracas y arribar a la urba-

nización El Silencio el 20 de octubre de 1945, dos días después del derrocamiento del presidente Isaías Medina Angarita.

En la capital, luego de varios años de innumerables privaciones y de sortear muchos obstáculos, logró inscribirse en la facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela y obtener, luego de unos estudios muy exitosos, el título de médica.

En enero de 1957, después de largos años de ausencia, regresa a su querido pueblo con su esposo Manuel y su pequeño hijo José Manuel, con el título de Médica Sanitarista y un cargo en el hospital de la población, pero sobre todo trayendo consigo un cargamento de inquietudes, ilusiones y esperanzas.

Cuando Marisabel salió de San Miguel, a ejercer su cargo en la hacienda Las Marías, tenía apenas 18 años. Era una ingenua joven-cita plétórica de vitalidad y de sueños. Al regresar, ni la maternidad ni los contratiempos, ni tampoco los difíciles años de combate contra la dictadura de Pérez Jiménez, habían disminuido su belleza y mucho menos opacado su sobresaliente personalidad.

Cuando el hacendado José Luis Ramírez, propietario de la hacienda Las Marías, se enteró del inminente regreso de su hermano Manuel y de su cuñada Marisabel a San Miguel, se vino al pueblo desde su finca y organizó en su casa una fiesta de bienvenida para la pareja, a la que asistieron como invitados especiales la familia Bertoni y algunos otros buenos amigos de Marisabel y su esposo.

—¡Qué felicidad tenerte de nuevo entre nosotros, hermano! —le dijo José Luis al momento de darle un fuerte abrazo.

—Yo también siento un enorme placer al abrazarte de nuevo, hermano. ¡Tanto tiempo sin vernos!

Efectivamente, las comunicaciones entre los dos hermanos se habían limitado, aparte del fugaz encuentro en San Miguel seis años antes, a breves contactos telegráficos y algunas esporádicas cartas que habían intercambiado. Para ambos fue muy emocionante haberse reencontrado luego de la separación de tantos años.

En esa reunión, José Luis le propuso a la pareja que se pasaran

unos días en Las Marías, antes de que el torbellino de sus nuevas responsabilidades y compromisos los atrapen y no les dejen tiempo para vivir la vida.

Marisabel, visiblemente complacida por la oferta del hacendado, rápidamente aceptó la invitación:

—Justamente de eso hemos estado hablando en los últimos días Manuel y yo. Si a usted le parece bien, podríamos ir el viernes de la próxima semana, eso sí, tendríamos que regresar el domingo... Ya estamos atrapados, como usted bien dijo, por ese torbellino de compromisos y deberes.

—De acuerdo, Marisabel, yo les enviaré las monturas ese día. Ahora es más fácil llegar hasta Las Marías, la carretera nueva a Caracas por Guatopo nos ahorra bastante tiempo. A la hora que ustedes me digan yo les pongo dos bestias, o las que necesiten, en La Raya. Se pueden ir hasta allí en su carro y lo dejan al cuidado de alguno de los vecinos del caserío. Todos son buenas personas y amigos nuestros.

El hacendado, por sugerencia de Marisabel, convocaría a los campesinos de Las Marías a una consulta médica gratuita especialmente dedicada a los niños, el día sábado en las oficinas de la hacienda. Dentro de sus posibilidades, ella llevaría algunos medicamentos para distribuirlos entre los que resulten enfermos, especialmente remedios para los parásitos y el paludismo.

—Y cambiando de tema, ¿cómo andan las cosas en la hacienda, hermano? —preguntó de sopetón Manuel.

Al hacendado se le borró la alegría del rostro y, moviendo la cara de un lado a otro con un dejo de tristeza, le contestó:

—De mal en peor hermano. Apenas estamos sobreviviendo los pocos que quedamos allá. Los precios del café, como tú bien lo sabes, después de la Segunda Guerra Mundial nunca más se recuperaron y, además, la producción está muy disminuida. Pero el problema fundamental no es el precio bajo sino la falta de peones, sobre todo para la recolección del grano. Algunos de los últimos años hemos tenido buenas cosechas, que nos hubieran permitido recuperarnos un

poco, pero más de la mitad del grano se cayó y se pudrió en el suelo.

Y sin poder ocultar su tristeza:

—Cada día hay menos gente en el campo, todos quieren venirse a la ciudad, sobre todo los jóvenes...y no les falta razón. Pero seguiremos luchando hermano... hasta que Dios quiera.

—¿Y los trabajadores que nos acompañaban en la oficina?

—Aparte de las muertes de Celestina y del viejo Faustino, los demás continúan trabajando conmigo en las oficinas. Aunque en el caso de Remigio lo tengo más bien para protegerlo; ya está muy viejo y un tanto ido de la cabeza.

—Cuando supe de la muerte de Celestina estuve a punto de venir al entierro. Yo la quería mucho, tú lo sabes. Toda mi vida recordaré a esa viejita, fue como mi segunda madre.

En pocos meses la pareja organizó su vida en su nueva residencia: ella hace guardias de tiempo completo en el hospital de la población y Manuel logró hacer realidad parte de sus sueños con la instalación de un pequeño taller mecánico, que en poco tiempo le ha permitido ampliar el radio de sus relaciones y amistades. Asimismo, entabló una sólida amistad con uno de los dirigentes de Acción Democrática, quien finalmente logró afiliarlo a ese partido. Después de los días de su corta prisión en la cárcel Modelo de Caracas, donde convivió con líderes adecos, siempre mostró simpatías hacia AD.

Marisabel, quien venía de una larga y disciplinada militancia en la Juventud Comunista de El Valle, fue transferida de la JC al Partido no bien *El Viejo* se hubo enterado de su retorno a San Miguel. Inmediatamente, el Comité Regional de Caracas le asignó una responsabilidad política en la dirección local de San Miguel y, a tal efecto, envió al jefe del Partido en la localidad una comunicación con esa decisión.

Marisabel buscó a Raúl en el liceo Ramón Buenahora, donde tenía un cargo docente, y lo esperó a la entrada del aula de clases. Los alumnos salieron y Raúl, de último, al abandonar el salón, de pronto sorprendido, se encontró de frente con Marisabel, quien con una amplia sonrisa le tendió la mano.

—Hola Raúl, tanto tiempo sin verte.

—Bienvenida Marisabel, qué gusto verte de nuevo. Efectivamente, teníamos varios años sin vernos... Sí, lo recuerdo bien, desde aquella grata reunión donde fundamos aquel primer comité de la Juventud. Los que estuvimos ese día contigo siempre te recordamos agradecidos por todo lo que nos ayudaste en esa ocasión. Desde que me enteré de tu llegada, estuve buscando la oportunidad de acercarme a ti para saludarte... pero claro, sabía que estaban muy ocupados con la mudanza y, por supuesto, no quise entretenerte. Pero lo primero que debo y quiero hacer es felicitarte por tus triunfos. Todos en el pueblo estamos enterados de tus éxitos.

Marisabel con su habitual espontaneidad y simpatía le respondió:

—Yo también tengo muy gratos recuerdos de esa reunión. Pienso que en algún momento deberíamos reunirnos todos y rememorar aquel feliz acontecimiento. Pero para eso tendremos bastantes oportunidades; por ahora, mi interés en verte es porque tengo una encomienda para ti.

Entonces Marisabel sacó un sobre de su cartera y se lo entregó.

—Es un informe del Comité Regional de nuestro Partido.

Marisabel guardó silencio mientras Raúl leía la misiva, quien al finalizar su lectura no pudo contener una explosión de alegría y, casi gritando, exclamó:

—¡Qué buena noticia Marisabel!

Luego de varios segundos reponiéndose del impacto que le produjo el mensaje, agregó:

—Y atendiendo las instrucciones que acabo de recibir, procedo a convocarte para la próxima semana a la reunión del Comité de Dirección Local del Partido. En los próximos días te daré la dirección.

Al iniciar la reunión del Comité Local, Raúl presenta a Marisabel y, luego de felicitarla a nombre de todos por el título recién obtenido, leyó parte de la misiva del Comité Regional, agregando:

—Como seguramente ya todos estarán enterados, la camarada Marisabel acaba de regresar a San Miguel después de graduarse de médi-

ca en la Universidad Central de Venezuela. Viene a iniciar el ejercicio de su profesión en el hospital José Francisco Torrealba. Por motivos de seguridad, la Dirección Regional nos instruye para que, a partir de este momento, sólo la mencionemos o nos referiramos a ella con el seudónimo de camarada Tania. Ella viene de una larga y destacada militancia en la JC, por lo que ha sido promovida al Partido y, a partir de hoy, por decisión emanada de nuestro órgano superior de dirección, formará parte de este Comité Local. Igualmente, hemos recibido la recomendación de mantener en la más absoluta reserva la militancia de la camarada en nuestro Partido, en razón de su cargo en el hospital. No sólo para que pueda conservar su empleo, sino también porque esa posición es de mucha importancia para nuestra organización.

—Finalmente, a nombre del Partido local, de todos sus militantes, te doy una calurosa bienvenida camarada Tania.

Después de la intervención de Raúl, Marisabel, que sólo había militado en organismos juveniles, se sintió un tanto nerviosa. Varios de los miembros del Comité Local eran personas mayores, pero rápidamente se serenó y con mucho aplomo respondió:

—Gracias Raúl, gracias a todos por este fraternal recibimiento. Quiero decirles que vengo muy ilusionada a mi querido San Miguel, ya que al fin podré cumplir mis deseos de ayudar en algo a mi gente. Pero igualmente les informo que traigo muchas ganas de trabajar junto con ustedes, para seguir consolidando nuestro Partido y seguir dando la batalla contra esta despiadada dictadura. Así que cuenten conmigo en todo lo que pueda ayudar.

Seguidamente Raúl pasó a informarle a Marisabel la situación organizativa del Partido y otros detalles.

—Como tú bien lo sabes, Tania, esta dirección local no depende del regional que opera en San Juan de Los Morros, como sería lo lógico, en razón de lo difícil de las comunicaciones con esa capital estatal. Eso explica nuestros nexos con el regional de Caracas. La estructuración del Partido en Orituco es muy reciente, a lo sumo tendrá unos ocho años. Sin embargo, en los últimos cinco hemos crecido

mucho. Hoy tenemos dos células en el pueblo, una en San Rafael, una en San Francisco y otra en Botalón. Pero quizás lo más importante es que hemos logrado consolidar cierta influencia en buena parte de la opinión pública local. Tal vez nuestra mayor fortaleza la tengamos en la comunidad del liceo Ramón Buenahora, donde hay varios militante en el cuerpo docente y tres entre los obreros, como también un buen número de estudiantes militantes de la Juventud Comunista. Y a propósito de la JC, es bueno que todos sepamos que la camarada Tania participó en la fundación de la JC en San Miguel, hará unos seis años. Con mucho orgullo les informo que tuve el honor de estar en ese grupo fundador y allí conocí a la camarada.

*

Durante los primeros meses del año 57, comenzaron a llegar a San Miguel noticias muy alentadoras sobre la situación nacional. En los medios de comunicación se lograban filtrar informaciones que daban cuenta de pequeñas protestas populares reflejo de cierto estado de descomposición social. Pero, al mismo tiempo, por los órganos internos de los partidos de oposición llegaban noticias sobre las pugnas dentro de la camarilla gobernante, que se expresaba en destitución de altos funcionarios, en renunciaciones de ministros y hasta en expulsiones de algunos connotados militares perezjimenistas. Este clima de contradicciones, y hasta cierto punto de deterioro, alentaba a las fuerzas de oposición y, especialmente, al Partido Comunista a redoblar la lucha en contra de la dictadura.

Desde julio comenzaron a llegar informes al Partido de las conversaciones que se adelantaban entre los partidos de oposición, tendientes a la conformación de un liderazgo único. Contactos estos que finalmente culminaron con el acuerdo de los partidos AD, COPEI, URD y PCV de crear un ente de dirección colectiva que condujera la acción de las masas: la Junta Patriótica.

Capítulo XVI

23 DE ENERO DE 1958: FIN DE LA DICTADURA

—El objeto de esta reunión de emergencia es analizar la información que trajo esta mañana un enviado del Comité Regional, acerca de la coyuntura política que vive el país en estos momentos y resolver en consecuencia.

Así comenzó Raúl la reunión del Comité Local. Luego continuó explicando que el emisario no pudo quedarse porque debió continuar viaje para llevar, hoy mismo, esta información a los Comités Locales de Chaguaramas y Valle de la Pascua.

—El meollo de la cuestión es que el Partido considera la situación extremadamente crítica y, con la urgencia que ello amerita, se está desplegando en todo el país con el llamado a los militantes a estar alertas y movilizados. Según este informe, el momento es crucial y debemos estar listos para contribuir, con todas la formas posibles a nuestro alcance, a darle el golpe final a la dictadura. La huelga y movilización estudiantil convocada para el próximo jueves 21 de noviembre será una prueba de fuego. El Partido tiene información confidencial de que existe un denso sector de los militares que sólo espera una señal clara de unidad de los partidos de la oposición para levantarse contra el régimen. Y esta huelga estudiantil, con todo el apoyo que podamos brindarle, puede ser ese mensaje que los sectores democráticos del estamento militar están esperando. —Hizo una pausa y continuó— Les propongo que analicemos en detalle las

condiciones objetivas que tenemos en San Miguel y de qué manera podemos coadyuvar a la activación del movimiento popular en respaldo a la protesta estudiantil, si es que se presentan las condiciones.

Después de un prolongado debate, por unanimidad concluyeron que durante la huelga estudiantil todos los militantes del Partido, y los amigos que pudiesen incorporar, se mantendrían concentrados en sitios que oportunamente se señalarían. Allí permanecerían atentos a los acontecimientos y, si las circunstancias lo ameritan, llamarían al pueblo a la calle para sumarse a los estudiantes en una huelga general indefinida de carácter insurreccional.

El movimiento estudiantil realizó en San Miguel su actividad de protesta el 21 de noviembre sin mayor trascendencia. No así en Caracas y algunas capitales de estados y otras ciudades, donde el movimiento tuvo una gran convocatoria y se convirtió en una protesta masiva, incluso, con amplia participación de sectores populares. En esas ciudades el movimiento fue reprimido con fuertes contingentes policiales y militares, provocando enfrentamientos con saldos de numerosos heridos y decenas de detenidos.

Después de la huelga estudiantil y las manifestaciones subsiguientes, el clima político del país se recalentó, pero la cercanía de las festividades decembrinas contribuyó a que las protestas populares se atenuaran. Sin embargo, las condiciones políticas estaban dadas: los militares recibieron el mensaje que estaban pidiendo y todos los partidos opositores, al fin, comprendieron la urgencia de la unidad nacional. En los días subsiguientes, la Junta Patriótica nacional intensificó los contactos con los sectores castrenses y se diseñaron las estrategias para que, desde los primeros días de enero de 1958, se iniciara la activación de un vigoroso movimiento popular a fin de asumir la vanguardia en la calle para el derrocamiento del gobierno despótico de Pérez Jiménez. El día escogido fue el 21 de enero y el instrumento la huelga general insurreccional.

Al iniciarse el año 58, los acontecimientos comenzaron a desencadenarse con gran velocidad. En la cúpula perezjimenista se producían

disidencias y enfrentamientos entre los jerarcas del régimen. Se comenzaron a filtrar noticias acerca de la destitución y encarcelamiento de oficiales de alta graduación y, por último, se hicieron públicas sustituciones de ministros y de otros altos cargos en el Gobierno. Pero en las calles igualmente se apreciaba el auge del movimiento popular: diariamente se producían enfrentamientos entre manifestaciones estudiantiles y los cuerpos policiales, así como protestas populares en los barrios. Mientras tanto, en los círculos políticos crecía la ola de rumores que informaban de la descomposición del régimen. Todo este cuadro de informes, noticias y rumores agigantaba, en los diversos sectores políticos del país y en el pueblo todo, la esperanza de que al fin se acercaba el final de la dictadura.

En San Miguel, el Partido Comunista y su Juventud estaban abocados a la preparación de la huelga general que tendría lugar el 21 de enero. La reproducción de impresos llamando a la huelga general y de repudio a la dictadura se hacía en la casa de un camarada en San Rafael, en donde se había instalado, hacía más de un año, un viejo y destartado multígrafo. Por las noches se realizaba el reparto de volantes y *pintas* en las paredes llamando a la insurrección popular. Para la huelga del 21 de enero, se invita al pueblo a concentrarse desde las once de la mañana en la plaza Bolívar. Desde allí, se daría inicio a la huelga con un repique de las campanas de la iglesia a las doce del mediodía e, inmediatamente, saldría la manifestación a recorrer las principales calles de la población.

La marcha se inició en la plaza Bolívar y salió hacia el norte por la calle Chapaiguana, llegó hasta la calle Ilustres Próceres y, por allí, avanzó hasta la calle Gil Pulido para llegar al cementerio. Luego empalmó nuevamente con la calle Chapaiguana, en sentido norte, para entrar de nuevo a la plaza por la esquina de la iglesia.

Cuando la manifestación arrancó desde la plaza, la policía municipal tenía varias horas acuartelada en su comandancia, lo que dejó al pueblo en control de los manifestantes. Pero unas dos horas después de que se inició la protesta, a la comandancia de la policía llegó un

autobús con unos 30 guardias nacionales comandados por un capitán. Había sido enviado desde la capital del estado y de inmediato puso la policía municipal y los poderes municipales bajo sus órdenes.

El edificio donde funciona la Jefatura Civil de San Miguel está ubicado hacia el lado oeste de la plaza Bolívar. Fue construida en las primeras décadas del siglo XX y ocupa más de la mitad de la manzana. Su erección sobre una pequeña elevación del terreno la sitúa unos 10 o 12 metros sobre el nivel de la calle, lo que le confiere una engañosa majestuosidad. Allí funcionan casi todos los poderes municipales: la Jefatura Civil, el Consejo Municipal y la Comandancia de la Policía. Para llegar al corredor en donde se abren, hacia la calle, todas las puertas y ventanas de las dependencias hay que subir 12 escalones.

Cuando la marcha retornó a la plaza, ya la guardia y la policía estaban desplegados en los alrededores por sus cuatro esquinas y arremetieron contra los manifestantes que comenzaban a llegar, atacándolos violentamente con peinillas y rolos.

Ese día resultaron detenidos más de 20 manifestantes en diferentes acciones. En cierto momento de la confrontación, tres jóvenes liceístas son acorraladas en una de las puertas de la iglesia. Marisabel viendo el peligro que corrían de ser agredidas se puso al frente de las jóvenes y enfrentó a los guardias gritándoles:

—¡A estas muchachas ustedes no me las tocan!

Los guardias, sorprendidos por la valiente acción de Marisabel, se paralizaron y optaron por detener a las cuatro.

La concentración es disuelta violentamente por los efectivos militares mientras que los dirigentes de la Junta Patriótica ordenan un repliegue general. Por la tarde, agentes de la Seguridad Nacional acompañados de guardias nacionales detienen a varios dirigentes de Acción Democrática, del PCV y uno de URD.

Mientras esto ocurre en San Miguel, en las altas esferas políticas nacionales se están produciendo reacomodos en el sector militar, que culminan en la madrugada del 23 de enero con la huida de Pérez

Jiménez y su familia hacia República Dominicana. Se conforma una Junta de Gobierno provisional encabezada por Wolfgang Larrazábal, en quien la Junta Patriótica confía plenamente. Pero en la Junta recién creada se cuelan dos connotados perezjimenistas, uno de ellos el coronel Casanova, quien dirigió personalmente las acciones represivas a las manifestaciones del 21 en Valle de la Pascua y otras ciudades del estado Guárico.

El mismo 23 de enero, al conocer la composición de la Junta de Gobierno, la Junta Patriótica llena las calles aledañas al palacio de Miraflores de manifestantes que exigen la expulsión de los coroneles Roberto Casanova y Abel Romero Villate. Las protestas obligan a una reestructuración de la Junta, excluyendo a los dos perezjimenistas y sustituyéndolos por dos civiles.

En San Miguel, la situación continúa el día 24 sin cambios, con más de 20 detenidos en el cuartel de policía. La Guardia Nacional se encuentra desplegada, reprimiendo junto con la policía municipal cualquier movimiento de protesta.

Al día siguiente la situación cambia totalmente, en sintonía con los movimientos ocurridos en Caracas. La Junta de San Miguel llama al pueblo a concentrarse frente a la Jefatura Civil el día 25. El pueblo responde y desde las primeras horas la plaza se llena de manifestantes y la Guardia se atrinchera en la comandancia de la policía. A medida que pasan las horas, el número de manifestantes aumenta y también se incrementan los gritos pidiendo la libertad de los detenidos.

A media tarde, se abre la puerta principal del cuartel de la policía y, de pronto, salen dos oficiales: el capitán comandante del destacamento acompañado de un teniente. Al bajar los escalones, automáticamente los manifestantes enmudecen.

Desde la plaza salen cuatro hombres, entre los cuales está Raúl. Son los integrantes de la Junta Patriótica del pueblo. Los dos grupos se encuentran en el centro de la calle y el capitán es el primero en hablar:

—He recibido la orden de abandonar San Miguel. Para cumplirla necesito la garantía de seguridad para mis hombres. Les propongo que los manifestantes desocupen la calle para que el autobús donde nos iremos pueda ingresar.

—Capitán, nosotros le garantizamos la seguridad a ustedes y a sus hombres —respondió sin dilación el abogado Samuel Vázquez, vocero de la Junta Patriótica.— Ahora bien, para cumplir con su pedido nosotros le ponemos dos condiciones: primero que los agentes de la policía sean desarmados y encerrados en un calabozo; —y de inmediato aclaró— queremos garantizar su integridad física, su seguridad. Y segundo, que liberen a todos los manifestantes presos.

El capitán retomó la palabra:

—En relación a los 10 policías municipales, ya están desarmados y el armamento resguardado en las oficinas del Jefe Civil. Procederemos a encerrarlos en un calabozo y les entregaremos la llave. En relación a los presos son 27: cuatro mujeres y 23 hombres, entre ellos unas tres adolescentes. Si estamos de acuerdo, al regresar al comando de inmediato ordenaré ponerlos en libertad.

Los militares regresaron y, pasados unos 30 minutos, se abrió la puerta principal, apareciendo tres jovencitas todas con sus uniformes del liceo Ramón Buenahora, seguidas por Marisabel. Cuando las prisioneras liberadas comenzaron el descenso de la escalinata, se armó una enorme algarabía y, desde las primeras filas, comenzaron a gritar:

—¡Marisabel! ¡Marisabel!

Y casi de inmediato cientos de voces más se unieron al coro. En el medio de la calle Manuel recibió a su esposa con un cálido beso, en medio de un ensordecedor bullicio.

Cuando empezaron a salir los otros prisioneros, el pueblo reunido en la plaza se puso a contarlos en voz alta. Cada vez que salía uno gritaba:

—Cinco, seis, siete... —hasta completar los 27.

Inmediatamente, los miembros de la Junta pidieron a todos que

desocuparan la calle para que entrara el autobús y los militares se retiraran. Cuando los guardias estaban abordando el vehículo, el pueblo mantuvo un silencio absoluto. Pero cuando comenzó a moverse, los manifestantes de las primeras filas comenzaron a pitar y todos los demás los imitaron, produciéndose una descomunal pita que copó todos los espacios de la plaza y sus alrededores.

Una vez que el autobús se pierde de vista, la gente comienza a pedir:

—¡Qué hable Marisabel! ¡Qué hable! ¡Qué hable!

Ante la insistencia de los manifestantes, al presidente de la Junta no le queda otra opción que pasarle el megáfono a Marisabel, quien con su habitual sonrisa en el rostro de inmediato comenzó su discurso:

—Camaradas, compañeros, queridos paisanos: hoy es un día histórico para nuestro querido pueblo y para toda Venezuela. En acción conjunta de todo el pueblo, y de sectores democráticos de las Fuerzas Armadas, hemos derrocado al gobierno despótico de Pérez Jiménez. A partir de hoy, se le abren al país auspiciosos caminos de esperanza para la construcción, entre todos, de una Venezuela libre, soberana, independiente, donde impere la justicia y la igualdad, y al final podamos alcanzar todos el bien supremo de la felicidad...



Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela 1010

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Índice

Capítulo I	9
Marisabel y Manuel en Caracas	
Capítulo II	15
De las intrincadas selvas de Guatopo a la esquina de Punta Brava	
Capítulo III	25
La muerte de Miguel Ángel	
Capítulo IV	31
Agitación en los medios estudiantiles	
Capítulo V	43
El Comité de Base No 5 actúa	
Capítulo VI	59
El cumpleaños de Margarita	
Capítulo VII	75
Recogiendo firmas por un mundo donde reine la paz	
Capítulo VIII	91
Marisabel y Manuel en viaje relámpago visitan San Miguel	
Capítulo IX	99
El asesinato de Delgado Chalbaud	
Capítulo X	117
La represión se intensifica	
Capítulo XI	123
La calle 9	
Capítulo XII	129
Convocatoria a elecciones para Asamblea Constituyente	
Capítulo XIII	137
Hacia las masas	
Capítulo XIV	143
X Conferencia Interamericana de Cancilleres	
Capítulo XV	159
Retorno a San Miguel	
Capítulo XVI	167
23 de enero de 1958: fin de la dictadura	

Edición digital
Enero de 2020
Caracas, Venezuela

La historia que palpita en las páginas de *La calle 9* transcurre entre el golpe de Estado cometido en contra del presidente Medina Angarita el 18 de octubre de 1945 y aquel 23 de enero de 1958, cuando el pueblo venezolano derroca la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. En esos años, Venezuela, bajo el dinámico influjo de la explotación petrolera, se transforma de manera acelerada en los ámbitos económico, social y político. El país de entonces, mayoritariamente rural, troca aceleradamente en otro urbano con nuevas realidades y nuevos actores.

En este contexto ubica el escritor Pedro Calzadilla Álvarez la historia de Marisabel: joven oriunda de uno de los tantos pueblos de la Venezuela de los años cuarenta del siglo xx. Al llegar a Caracas, la protagonista deja atrás los sueños de una niñez en el campo para enfrentar una nueva vida, donde se incorpora en las filas de la Juventud Comunista. Marisabel vive un despertar que, en un momento estelar de la historia del país, es también el despertar político de todo un pueblo.

La calle 9, con su prosa inteligente, poética y amena, es un homenaje a una generación que un día decidió desprenderse de una vida rutinaria para luchar contra la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez en la Juventud Comunista de Venezuela, con la esperanza de construir un futuro lleno de equidad social.

Pedro Calzadilla Álvarez (Altagracia de Orituco, 1933). Licenciado en Periodismo (UCV, 1964) y Licenciado en Historia (UCV, 1973), ejerció el magisterio en la Escuela de Administración de la Universidad Central de Venezuela y en el Colegio Universitario Francisco de Miranda, Caracas. También ha publicado *El valle de Orituco, trescientos años de historia* (Editorial Tierra Firme, Caracas, 1999); *De lo que vi y oí en Orituco* (Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 2000); *Natividad Solórzano, el último caudillo* (Editorial Tierra Firme, Caracas, 2002); *El pabellón de los rojos. Memorias de la cárcel* (Editorial El perro y la rana, Caracas, 2006) y *Cerrero... sin azúcar* (Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 2010).

